



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO**

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

*Locas, maricones, mayates, hombres,
homosexuales, gays: apuntes históricos de la
identidad y relaciones de género en varones con
sexualidad del mismo sexo en el México moderno.*

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:

LICENCIADO EN SOCIOLOGÍA

P R E S E N T A :

ADRIÁN PALMA PATRICIO



DIRECTOR DE TESIS: DR. NELSON JORGE MINELLO MARTINI

MÉXICO, D.F.

OCTUBRE DE 2007



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimientos

Al Dr. Nelson Minello por la transmisión de sus conocimientos, su conducción y asesoría crítica, amable atención, y paciencia en las distintas etapas de escritura de esta tesis.

Al Dr. Juan Guillermo Figueroa Perea, por aceptar la lectura crítica de esta tesis, así como por sus respectivas observaciones.

Al Dr. Daniel Hernández Rosete, por su apoyo como docente y como persona desde las clases en la FCPyS.

A la Dra. Dolores Muñoz Cano por sus atinados comentarios.

Al Mtro. Saúl Gutiérrez Lozano, por su lectura enriquecedoramente sociológica.

A la doctora Marinella Miano, y su afable atención y su recepción en las clases del Seminario “Las masculinidades y la construcción del sujeto”.

Gracias especiales al Dr. Rafael Jacob de la Dehesa, por esos *cafés* y diálogos magníficos, por ese banco de apoyo en las correcciones finales de tesis.

Al Dr. Daniel Cazés por haber aceptado, en un principio, leer la presente tesis, así como por sus sugerencias y comentarios.

A la Dra. Marisa Belausteguigoitia también por acoger, en un primer momento, la lectura de este trabajo.

A los compañeros del III Seminario de Investigación en Diversidad Sexual del PUEG-UNAM, bajo la coordinación de Gloria Careaga, que me permitió ampliar mis horizontes de discusión, conocer, profundizar sobre el tema.

Esta tesis es fruto de un largo proceso de mi vida, un sexenio y un poco más, el sexenio perdido de Fox. Aquí entrego un trabajo académico, pero también los procesos, creo, que me han hecho crecer como persona, alumno, amigo, ciudadano, novio, sujeto deseante de erotismo.

A mi padre Rufino Palma Rojas, mi madre Cecilia Patricio Patricio: etnia, amor, alegría, libertad, sacrificio, gracias por todo, por esta rica mezcla cultural. Estoy en deuda con el zapatismo (uso poco la expresión neozapatismo) que me ayudó a reivindicar esta preciosa diferencia étnica.

Serapio, Martha y Omar, mis hermanos, nuestras historias cruzadas y nuestro mutuo impacto, por su apoyo en todo momento. Oli, Rocío, Omar, Ale, Nadia y Caro

mis sobrin@s y sus despiertas inquietudes, en quien espero haya una ruptura de aprendizaje en términos de un mundo mejor, *otro mundo es posible*.

Esta tesis está hecha y acompañada de sueños, borracheras, y amor, un profundo amor por Miguel Gutiérrez Ladrón de Guevara, muchas gracias por tu enorme apoyo, cariño, libertad, acompañamiento en las bajas y altas; como suele suceder en estos casos hay tantas imágenes, momentos y experiencias compartidas que salen de mi mente, si pudieramos verlo en pantalla visualmente sería como de esos videos musicales con imágenes vertiginosas y difíciles de asir en palabras. Muchas gracias.

Al GUDS (Grupo Universitario por la Diversidad Sexual- UNAM), gracias la su cercanía a todos los grupos que formaron parte de él: *históricas, paristas, fashion, nuevas, etc.*

Javier Gutiérrez Marmolejo, el humor imprescindible de nuestras vidas; tu amplia y contagiante alegría, el activismo, las fiestas, la academia, los nutritivos diálogos con temática social, a tu familia tan agradable –Jorge, Silvia, Mariana, Jorge-, amorosa, en mi opinión ejemplo necesario de la clase media mexicana.

A la banda de *Donatello*, y su linda amistad, ojalá que por muchos años: Nayeli Ceceña (la Nay) y su esposo Arturo Fernández (el Arturín), para quienes va mi admiración por su apertura mental y social; Sandrilú, mujer diva, mujer jotísima, deliberadamente femenina, amorosamente lesbica, *Dian* y las tardes de café y las vacaciones. Al *carnalito* Paquito, Francisco González, *chido* por encontrarnos en este camino, sigamos caminando *man*. Al Óscar -Óscar González- y su siempre heterodoxa y seductora charla relacionada a mi tesis y de cultura general (ahora cada vez más de América Latina). *Arilú* (Ariadna González Godoy), Fermín Pontón (güerever), Mónica Álvarez (*mower*) y Rocio Cadena (Chío) son infaltables.

A mis compañeros de generación: a la flaquita preciosa, Abril Acosta que me alienta, compartimos inquietudes intelectuales y musicales; nos ayudamos a crecer, *el Federal*, Federico Vera y su apoyo durante y después de la carrera. Iliana Ortega y su Londres compartido. A Laura Ortiz, María de Jesús López e Itzel Hernández con quien acompaño cuestionamientos, lecturas placenteras y buenos ratos.

A esta colectividad preciosa que hemos ido construyendo en el camino y después de la *huelga* 1999, UNAM. A la banda del *CCU*, especialmente a Irene Ramos, mujer entrañable y fuerte. Amor Ortega, Lidia Barajas, Elía Zárraga, Edgar Tafoya, Yoni Hernández, Libertad, Olimpia Romero, Orlando Camarillo, Jesús Adalid son también parte afectiva de este proceso.

A *banda de biólogos, nuevamente al Miguelón*, Nayeli González Mateos, a Judith Zamudio, a César Rodríguez, me ayudan a descentrar mi perspectiva de lo humano, por esas vacaciones, cafés, vida, crecimiento humano.

A María Silvia Emanuelli y sus *non solo* gratos ratos, sino maravillosos intercambios de miradas globales y locales.

A las *rockeras gays*, Morbius, Dragan, Pulkes, Memón, Álvaro, Drako, Calendulablue, Nowie, Zónico, Shine, Dover, especialmente a Omar *el Rocso* Márquez por el disfrute de las *chelas* y la complicidad de la indisciplina,

Carlos Díaz, *Carlounge*, hermano nuevos horizontes de visibilidad se encuentran en este viaje, y a Eufemio Franco Pimentel, *bro' buen trip* este ultimo tramo de la tesis.

A mis profesores de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, por su formación especialmente a Mónica Guitián, Arturo Chávez, Carlos Imaz (teoría imprescindible), Carlos Lozano, Raquel Soza (historia mundial y de América Latina, lectura de procesos críticos), Amparo Ruiz (importancia de los temas educativos), Jorge Rodríguez† (para quien va dedicado con todo respeto este trabajo) y Susana Ralsky (encantadora clases de sociología norteamericana).

A los protagonistas del Movimiento Lésbico – Gay que he tenido la suerte de conocer y platicar con ellos: Juan Jacobo Hernández, Rafael Manrique, Juan Carlos Bautista, Norma Mogrovejo, Roberto González Villarreal, Claudia Hinojosa, Patria Jiménez, Gloria Careaga, Yan María Castro, José María Covarruvías‡, Cecilia Riquelme, Eugenia Olson, Arturo Brito, Arturo Díaz, Rafael Cruz, David Sánchez Camacho y muchos más.

A los bibliotecarios del Colegio de México, en el cual desarrollé buena parte de mi tesis. También para algunos compañeros de esa institución como Mónica Martínez de la Peña, buen *chuntaro style*, *Erica*, *Paty*, *Tomás*, *Axel*; *Selene Verdiguél*, *Nadia Nehls*.

Y bueno ya no voy a decir que gracias a la vida... que me ha dado tanto, porque Violeta Parra, la que cantaba esa canción terminó suicidándose. Así que mejor ahí le paro.

Índice

Introducción, 8

Capítulo 1. Lentes conceptuales para el análisis de la identidad, 18

- 1.1 La identidad entre el uso, abuso y desuso, 18
 - 1.1.1 Una aproximación semántica, 18
 - 1.1.2 El término identidad, 19
- 1.2 Usos conceptuales de la identidad, 20
 - 1.2.1 Erikson: la identidad individual, 20
 - 1.2.2 Identidad como objeto de estudio sociológico, 20
 - 1.2.3 Ervin Goffman, 21
- 1.3. La identidad: una construcción social, 22
 - 1.3.1 Identidad colectiva y acción colectiva, 22
 - 1.3.2 La política de la identidad, 23
 - 1.3.3 Identidades posmodernas, 24
 - 1.3.4 Desechando la identidad, 24
- 1.4 La identidad: apuntes para su fundamentación, 26
- 1.5 Identidades sexuales en México, 27

Capítulo 2. La relación del género y la masculinidad con la sexualidad, 29

- 2.1 Surge la categoría género, 29
- 2.2 Género, una categoría muy amplia, 30
- 2.3 Connell: el género como estructura y práctica social, 31
- 2.4. Cuerpo, 34
 - 2.4.1 El cuerpo en la reproducción y las sexualidades, 34
- 2.5 Género y sexualidad: dos categorías sociales imbricadas, 36
 - 2.5.1 Categorías complementarias, 36
- 2.6 La masculinidad desde el género, 37
- 2.7 Para estudiar históricamente a la masculinidad, 38
- 2.8 Relaciones de poder de la masculinidad y la SMS, 39
- 2.9 La masculinidad dominante y la SMS, 40

Capítulo 3. Sexualidad: *crónica de una categoría anunciada*, 43

3.1 3.1 Orígenes de las categorías sexuales occidentales, 43

3.1.1 La empresa moderna de la ‘*Scienza sexualis*’, 44

3.1.2 El psicoanálisis, 45

3.1.3 La sexualidad en las ciencias sociales en el s. XIX y principios del XX, 46

3.1.4 El freudo-marxismo, 47

3.1.5 La sociología de la posguerra, 49

3.1.6 Kinsey, 49

3.1.7 Interaccionismo simbólico, 50

3.1.8 La aparición de la *Historia de la Sexualidad* de Foucault, 50

3.1.9 Debate esencialismo versus construccionismo, 53

3.2 Sexualidad del mismo sexo, 54

3.2.1 Del pecador a la especie, 55

3.2.2 Los griegos contra los psiquiatras, 57

3.2.3 Global Gays, 61

3.2.4 Los varones gay, 63

3.2.5 Modelos de análisis de lo gay, 64

3.2.6 Los “lesbian and gay studies”, 65

3.2.7 Lo queer o el intento por desconstruir las categorías homo-heterosexualidad,

66

3.3 El panorama de investigación de la sexualidad del mismo sexo (SMS) en América Latina, 66

3.4 Rasgos de la SMS en México: más allá de las identidades sexuales, relectura de la sexualidad, 67

Capítulo 4. Apuntes históricos de la sexualidad del mismo sexo en México, 71

4.1 Sexualidad del mismo sexo en México, 71

4.2 Deidades, Cuillonis, Teculontiani y sacerdotes. Sexualidad del mismo sexo en la etapa precolombina, 72

4.3 Los catorce de la Colonia, 76

4.4	Notas homoeróticas del siglo XIX,	77
4.5	Positivismo y medicina: primera mitad del siglo XX,	81
4.5.1	Los 41 maricones,	85
4.6	Deseo y prohibición en la Revolución Mexicana,	87
4.7	Primeros trazos modernos de la identidad con base a la SMS,	88
4.7.1	“Amar con hombres”,	90
4.7.2	Los Contemporáneos,	92
4.7.3	El Estado “masculino” de los treinta nacionalistas: aparece en el escenario mexicano “el homosexual”,	96
4.7.4	“El ambiente” de los cuarenta: fin de la primera generación,	100
4.7.5	La segunda generación de varones con SMS: los cincuenta,	106
4.8	Contracultura y rock and roll: los sesenta,	111
4.8.1	El 68: año de ruptura y de cambios culturales,	113
4.8.2	El movimiento mexicano de liberación homosexual en los setenta,	114
4.8.3	Surge ‘el gay’ mexicano: finales de los setenta y principios de los ochenta,	115
4.9	Los ochenta desmenuzados de la cultura gay,	117
4.9.1	El vih-sida,	121
	Conclusiones,	124
	Bibliografía,	134

Introducción

Planteamiento del problema.

Esta investigación intenta una periodización de la *sexualidad del mismo sexo* (SMS, en adelante) en varones de la ciudad de México. Se concentra en el México moderno, y con un esbozo del período precolonial, hacemos¹ un recorrido de finales del XIX a la irrupción del VIH en la década de 1980. El énfasis está en el México moderno, porque nos interesa observar cómo se van construyendo las identidades que preceden a la introducción del modelo identitario de la homosexualidad y las que emergen a la par de ésta.

Objetivos

- Ubicar las identidades sociales que se han construido en el México moderno en términos de la SMS y de género.
- Explorar los cambios o continuidades en términos del *orden de género*, a partir de éstas identidades.

Marco teórico

Esta tesis emplea principalmente las siguientes categorías de análisis: a) identidad, b) sexualidad y sexualidad del mismo sexo, c) masculinidad y orden de género y relaciones de género. Éstas provienen de distintas tradiciones teóricas, sin duda habría que hacer un ejercicio epistemológico mucho más amplio sobre los puntos de encuentro de las categorías usadas, sin embargo un hilo conductor teórico presente es la conjugación de la *agencia* y *estructura*. Es decir, la noción de que las estructuras construyen identidades, sexualidades, masculinidades, pero también los actores o agentes sociales intervienen en la construcción de estructuras mencionadas.

Es necesario empezar por aclarar que empleo el término SMS por oposición a la debatida categoría *homosexualidad*, para evitar al binarismo reductivo *homo-heterosexual*, modelos identitarios emergidos de la medicina, propios del capitalista siglo XIX, que han generado efectos normativamente restrictivos sobre las sexualidades. La categoría SMS la

¹ En la presente redacción de la tesis utilizo la primera persona del plural. Con ello recojo la opinión de varios autores, que van desde profesores, compañeros de clase y por ello no quiero arrogarme la primera persona del singular, aunque sí debo señalar que soy el único responsable de lo que aquí se escribe.

retomo de la historiadora Leila Rupp (2001), que pone énfasis en la idea de la construcción social e histórica de las sexualidades y deja abierta la posibilidad de conjugar su propuesta con otros perfiles teóricos, aquí empleados, como los de masculinidad e identidad.

Optamos por el enfoque construccionista de la sexualidad y seguimos principalmente las ideas de Michel Foucault, Jeffrey Weeks, Antony Giddens, salvando las debidas distancias teóricas. En el mismo sentido teórico consultamos algunos otros autores, entre los que destacan Carole Vance y Ken Plummer. Para llegar a la elección de la SMS como categoría de análisis, revisamos previamente estas lecturas. Hicimos paralelamente otras que se relacionaban con la temática SMS, y en ellos entraban artículos de homosexualidad en la sociología, reflexiones sobre la cuestión gay.

Nos proponemos entender cómo identidad, sexualidad y género se relacionan con la SMS, por ello no hablo de *los homosexuales* o *los gays*. Me interesa enfatizar la dimensión histórica de estas identidades en México; y observar cómo se insertan con otros ejes sociales como las relaciones de género, de masculinidad particularmente.

Nos pareció oportuno observar este proceso de construcción identitaria a través de las relaciones de género y de las definiciones sociales de la sexualidad y masculinidad, vía la categoría SMS, ya que hablar de *homosexualidad* o *gays* en un periodo anterior al uso de estos términos presenta un sesgo histórico, y no nos permite observar las definiciones sociales propias de nuestro país.

Proponemos estudiar la emergencia de estas identidades en el marco de un *orden de género*, un término de Connell (1987) que tiene un enfoque estructural, y en donde la historia y los actores sociales ocupan un lugar muy importante en la construcción y habilitación de las estructuras de género, y que además considera a éstas como patrones de poder en el juego de las definiciones sociales sobre masculinidad y feminidad.

Partimos de que en materia de las identidades, sexualidad y relaciones de género hay algunos cambios importantes, pero también una serie de continuidades que reproducen la dominación masculina. En ese sentido, esta categoría nos permite ubicar la continuidad, pero también coyunturas que lo han desafiado y que han incidido en los cambios que vive la sociedad mexicana.

Hipótesis

- Hay algunos cambios en términos de presentación pública de las identidades, pero también cierta continuidad en el *orden de género*.
- La visión dominante de la homosexualidad tuvo un peso importante en la creación de estigmas pero de igual forma lo tuvo las identidades creadas antes a la aparición del discurso médico y criminológico.
- Coexisten diversas identidades; las creadas por la *medicina de sexo* y las emanadas de nuestra cultura de género.

Métodos y técnicas de investigación

En primera instancia aclaramos que esta tesis no es un trabajo historiográfico, sino una exploración sociológica en términos de identidad, cuerpo, masculinidad y relaciones de género en varones con SMS. Es decir ocupa la historiografía como una herramienta en el análisis sociológico.

En el presente, utilizamos métodos cualitativos, es decir me remito a una investigación basada principalmente en observaciones sobre la palabra o desde el punto de vista del actor, aunque no sólo empíricamente de él (Tarrés, 2001). Nos orientó mucho en la selección de la metodología conocer que el enfoque cualitativo es uno de los más privilegiados en la investigación sobre cuerpo y sexualidad, (Lerner, 1999; Szasz; Amuchástegui, 1999).

Las fuentes a partir de las cuales hago esta reconstrucción histórica son escritas. Se trata fundamentalmente de trabajos académicos sobre homosexualidad e identidad gay en México principalmente producidos en los últimos 20 años en México y otros países como EE.UU. Las disciplinas de los textos son varias y diversas: historia, sociología, estudios culturales (*cross cultural studies*), antropología social, periodismo, crónica y también tesis de grados académicos.

Desde el trabajo cualitativo, el tema de la SMS se ha abordado principalmente, por lo menos, con dos formas o técnicas de investigación: 1) las distintas modalidades de entrevistas (a profundidad, historias de vida), y 2) a partir de fuentes escritas. En esta tesis empleamos las segundas, ya que al tratarse de períodos históricos de largo alcance es evidente que las entrevistas no cubrirían esos lapsos mencionados.

En algunos casos incorporamos ciencias sociales con literatura. Cada vez es más frecuente la incorporación de la literatura al análisis social como una fuente sumamente útil en el estudio de la sociedad (Mckee Irwin, 2003; Minello, 2002). Literatura y ciencias sociales comparten el carácter testimonial del discurso societal.

La selección bibliográfica se llevó a cabo al menos por algunas vertientes, por mi asesoría, vía una búsqueda en biblioteca, y también por bases de datos en línea que me permitieron acceder a algunas publicaciones principalmente en inglés. Consultamos algunos que no tienen aun traducción al español y los incluí como parte del estado del arte. Indico con las siglas T.P. (traducción propia) en donde así lo requiere.

Otros textos llegaron a mis manos por medio del *III seminario de Investigación en Diversidad Sexual 2002-2003* del Programa Universitario de Estudios de Género de la UNAM. En este mismo tenor la discusión bibliográfica y temática del *Seminario sobre Masculinidad* impartido en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) me fue de gran utilidad, me ayudó a clarificar mi objeto de estudio y a ver otras aristas conceptuales.

En tanto, me enteré de otros materiales o referencias por las conferencias de la Semana Cultural Lésbica Gay a cargo de *la Pepa*, José María Covarruvias† en el Museo Universitario del Chopo. Las pláticas con mis amigos, cuyos temas de tesis de grado, giran alrededor de la homosexualidad, fueron sumamente fructíferas y seductoras no solo para la selección bibliográfica sino para la formulación del proyecto y la escritura de la tesis.

Interrogamos a esos textos, en términos de las categorías, líneas arriba mencionadas. ¿Qué nos dice la construcción de las identidades en términos de género, masculinidad? ¿De qué nos hablan las prácticas sexuales con relación a la dominación masculina?, éstas fueron algunas preguntas frecuentes en los cortes históricos señalados.

Para éstos, nos inspiró mucho el trabajo de Rotundo (1993) que al darle una dimensión histórica a la masculinidad sugiere periodizar el estudio de las masculinidades. Los cortes históricos en esta tesis son apenas una entrada al estudio socio histórico de la SMS y la masculinidad en México. Pensamos que los trabajos, en este sentido, implican más trabajos históricos e investigaciones en ciencias sociales, que solamente el de esta tesis. En la periodización tuvo mucho que ver el resultado de lo hallado en la búsqueda bibliográfica,

pero se elaboró teniendo en cuenta los patrones históricos mundiales en el orden de género y períodos clásicos de la historia mexicana.

Justificación

Elaboramos esta periodización porque nos permite dimensionar, en una primera instancia de manera empírica la construcción social de la SMS en México, las identidades emanadas de ella, así como su relación con la masculinidad. Insistimos, es una aproximación.

En términos de discusión académica, el debate de las identidades sexuales y de género, como han señalado Foucault (2000) y Weeks (1993, 1998) ejemplifica cómo se ha configurado el campo sexual en sociedades occidentales y por lo tanto la manera en que nuestras sociedades han dado una importancia fundamental a la reglamentación y control de las sexualidades.

Indagar sobre este tema contribuye a la discusión misma de lo social, por lo que es necesario contar con enfoques teóricos – metodológicos y empíricos, que den cuenta de la complejidad de la sociedad misma, de sus actores y sus instituciones, de sus estructuras y sistemas.

Hay una amplia producción bibliográfica sobre estudios lésbicos y gays, sobre prácticas sexuales, homosexualidad, identidades sexuales, etcétera; *sexualidad del mismo sexo* que en su mayoría están elaborados para y por países anglófonos (Plummer, 1992), de manera que consideramos urgente una reflexión sobre nuestros entornos, sobre nuestras realidades socio - culturales.

Capitulado

Identidad es el tema del primer capítulo, y en él hacemos un recorrido por esta categoría, desde su formulación en la psicología social hasta los enfoques construccionistas, pasando por el interaccionismo simbólico, todo ello a manera de exploración. Rescatamos fundamentalmente dos ideas de este capítulo: 1) la noción de que es un asunto primordialmente social, aún la formación de la identidad personal tiene fuertes enclaves en la colectiva; y 2) el acento que se pone en el *actor social*, como generador de cambio en las estructuras de género y sexualidad; y de sus respectivas identidades derivadas de éstas.

Gilberto Giménez (2002) y Alberto Melucci (1995), proporcionan ejes teóricos que nos permiten atenderlas desde un punto de vista crítico. Algunas características sobresalientes de éstas, tal cual la enfocamos en esta tesis son: que al ser sociales están situadas en marcos que posibilitan su desarrollo o límite; que se construyan de manera relacional, es decir es necesario uno o varios interlocutores. Y por último la noción de que tienden por un lado a estabilizarse o por otro a desconstruirse y a desaparecer.

Lo anterior nos permite explicar la emergencia de la identidad homosexual², en la década de los treinta en México, cómo perdura y cómo surgen otras por ejemplo, la gay a finales de los setenta que tratan de negarla. Nos ayuda a comprender por qué se produce el discurso de lo gay o por qué los actores no se definen en esos términos; y también explica por qué pese a que algunos varones tienen *prácticas sexuales del mismo sexo* no generan una identidad en relación a su erotismo, pero si engendran otras relacionadas al “ser hombre”.

El género y la masculinidad relacionados con la sexualidad son el motivo del segundo capítulo. Particularmente nos detenemos en las relaciones de género que se establecen entre varones son SMS. En este sentido seguimos muy de cerca los planteamientos teóricos de Robert Connell, del cual empleamos conceptos como *género, masculinidad, orden de género, régimen de género, cuerpo*, todos ellos fundamentales para entender nuestro objeto de estudio.

Género es una categoría que da cuenta de varios fenómenos, que van desde la reproducción humana a la división social del trabajo, pasando por el fenómeno de la sexualidad, por lo que es necesario ser claros cuando hablamos del término. Partimos de la idea de considerar al género como una *estructura* y una *práctica social*, que *ordena* una serie de fenómenos a partir de las diferencias corporales y anatómicas, pero cuya práctica también puede *reordenar* la estructura.

El estudio que aquí nos interesa es la SMS vista *desde las relaciones de género*, y para ello recurrimos al enfoque *connelliano* de *masculinidad*, que la ubica como un producto histórico, como una serie de definiciones sociales elaboradas por las sociedades.

² Mi uso de identidad homosexual e identidad gay parte de una perspectiva construccionista, como exploro en el capítulo 3. Esta perspectiva parte de las identidades como socialmente construidas y culturalmente contingentes.

Otra de las dimensiones imprescindibles en el análisis de la masculinidad es la de *cuerpo*, por lo que retomamos esta propuesta para leer también las identidades sexuales y la sexualidad misma. Hablar de cuerpo implica no sólo remitirlo al individuo sino también a las relaciones sociales, a la acción colectiva y desde luego también a las identidades. Aquí consideramos al cuerpo como un concepto sociológico que puede dar cuenta de las definiciones sociales sobre el *ser hombre*.

El tercer capítulo concentra su interés analítico en la sexualidad. Aquí examinamos, en la misma tónica de *estado de la cuestión*, la decimonónica categoría de sexualidad. El sociólogo Jeffrey Weeks (1998) ha dicho que antes de poder decir qué es y que debería ser la sexualidad, tenemos que saber qué ha sido, y de eso trata este capítulo que hace un recorrido por los distintos estudios sobre sexualidad, antes de abordar directamente la SMS.

En los últimos treinta años miradas como las de las ciencias sociales han tratado de insistir en que la sexualidad es tan artificial como la sociedad misma, es decir que es un invento cultural y como tal susceptible de ser moldeada. No hay una sola definición de lo que es ésta, porque se trata de un fenómeno social con significados culturales y específicamente históricos. Podemos decir que es un complejo que puede referirse a posibilidades biológicas³ y mentales y sociales como la identidad genérica, diferencias corporales, erotismo, capacidades reproductivas, deseos y fantasías que tienen una significación un ejercicio cultural distinto, aun en el contexto de la *mundialización* de los modelos occidentales.

Diversas perspectivas sociológicas han entendido la sexualidad como un conjunto de *actos, prácticas, conductas, deseos y placeres*, tomando en cuenta las estructuras complejas que les dan significado. La sexualidad se *hace*, se construye entre los *actores sociales*, expresándose de manera diferenciada conforme cruza líneas de clase, género y etnia.

El estudio científico de la sexualidad tiene una historia no mayor a los 200 años, en él hay varios modelos analíticos que van desde los médico-psiquiátricos a los de las

³ Estamos de acuerdo con Jeffrey Weeks (1998: 55) de no minimizar las capacidades o posibilidades biológicas en el ejercicio de la sexualidad en el sentido de que fijan los límites de una serie de actividades como la cópula, la reproducción, la alimentación, la muerte. Éstas tienen un límite claramente biológico. Lo que si señalamos es que esas manifestaciones producto de la biología sólo adquieren significación en la sociedad. Así, pese a tener un sustrato biológico, los significados de la felación, la penetración o la defecación son atribuidos socialmente.

ciencias sociales. En esta tesis nos inclinamos a pensarla sociológicamente, y esto implica romper con el *sentido común*, con las nociones que dan por hecho y natural lo que implica la sexualidad. Ésta para el *actor* puede ser una cuestión relativa al erotismo, amor, reproducción, a una raíz biológica, pero no podemos reducir nuestra investigación solo a éste, y en este sentido los perfiles construccionistas de la sexualidad nos son de gran utilidad.

No podemos afirmar que existen tantos modos de vivir la SMS como individuos hay, porque eso significaría que la sexualidad es una cuestión individual, y como hemos revisado, tiene muy poco de ello. Lo que conocemos como sexualidad obedece a estructuras sociales que constriñen a los actores sociales, y que éstos han tratado de modificar, se han rebelado y han tratado de imponer nuevos códigos, han apelado a otra organización social, a nuevas éticas sexuales, a distintas formas de relaciones interpersonales.

Dentro de la sociología misma no hay un modelo único para estudiar la SMS, aquí creemos pertinente tomar elementos de varias tradiciones teóricas. Básicamente partimos de un enfoque construccionista que nos permite situar históricamente nuestro objeto de estudio; al mismo tiempo retomaremos el análisis del poder que propone Foucault, porque permite observar cómo ante los modelos de sexualidad dominante puede haber una respuesta de resistencia, de reivindicación.

El capítulo tres cierra con una exploración al panorama de investigación sobre SMS en América Latina y de los rasgos culturales de nuestras sexualidades. En México, como en otras partes de América Latina, la sexualidad se ha construido dentro de un *orden de género* dominante, en el que la penetración es un componente central de la producción de género; de la actividad y pasividad, de la masculinidad o feminidad (Parker, 1999; Prieur, 1996, Almaguer, 1995). La penetración, como práctica sexual, se significa socialmente.

Hemos dicho cómo analíticamente es difícil separar las prácticas sexuales del género y del cuerpo mismo, tanto que podemos señalar que las prácticas y discursos sexuales se formulan en relación al género, al menos este enfoque en América Latina tiene mucho más peso (Parker, 2000, Prieur, 1998; 1996).

Finalmente, en el cuarto capítulo, exponemos la construcción socio-histórica de las identidades producidas por la SMS, cristalizamos las reflexiones teóricas vertidas en los

capítulos anteriores. En él indagamos las identidades sociales que han surgido principalmente en México, de manera que, en suma, tenemos un corte de periodización histórica que va de la etapa prehispánica a la irrupción del VIH a mediados de la década de 1980.

Hemos encontrado en el cuarto capítulo un mosaico de identidades que coexisten en la sociedad mexicana, a través de distintos períodos históricos, todas ellas si bien han sido creadas en relación a las prácticas sexuales, se han significado en términos de género, lo que nos hace pensar en que se trata de identidades no solamente sexuales, sino también de género.

Es en este sentido que nos parece pertinente hacer una relectura de la sexualidad en términos de género, es decir, concretamente interpretar todo ese complejo social que es la sexualidad en términos del orden de género en turno. Se ha venido reforzando a través de siglos un orden de género dominante, binario, que ha fincado el rechazo social a la SMS, a sus prácticas sexuales, rechazo a la idea de otro tipo de relaciones sexuales, de pareja.

Las identidades construidas en México a partir de las prácticas, deseos, erotismo, relaciones afectivas del mismo sexo son complejas. Hay que enfatizar que surgen fundamentalmente en contextos urbanos, e interactúan en un marco global. La sociedad mexicana y los varones con SMS han construido sus identidades desde múltiples referentes: como delincuentes, como enfermos, como pecadores; han interiorizado *la identidad deteriorada*, pero también han generado resistencias. En este sentido observamos cómo se expresan éstas en la vida cotidiana, en el juego del lenguaje popular para con las identidades derivadas de la SMS.

A manera de conclusión, observamos que la sociedad mexicana ha encontrado distintas formas de nombrar las prácticas sexuales, las relaciones de género de los varones con SMS. En el lenguaje conviven distintas identidades sociales; jotos, locas, mayates, homosexuales, maricones, gays. Los actores sociales coexisten con estas identidades, algunos las hacen suyas, las reivindican o las desechan, en algunos *actores* produce un sentido de pertenencia, en otros se niegan, y en ese juego de construcción identitaria operan las relaciones de género, las nociones sociales de lo que consideramos masculino y femenino.

Por otro lado, reconstruir una historia de alguna SMS ha sido un esfuerzo reciente. Hay trozos de indicios históricos, y esto tiene efectos en la constitución de los actores, ya que son agentes sin historia, o digamos que con una historia públicamente reciente. La tarea es reconstruir un pasado, darle rostro a un presente, y creo que ese trabajo es también labor de la academia.

Capítulo 1

Lentes conceptuales para el análisis de la identidad.

Sostenemos que hablar de identidad implica necesariamente, por definición, remitirse a lo social, antes que a atributos personales o individuales. En esta tesis, trabajar en el análisis de identidades implica debatir y dialogar con categorías, como las de sexualidad y género.

¿Qué queremos decir cuando hablamos de identidades?, ¿qué uso le damos al término identidad?, ¿debemos hablar de identidad gay?, ¿o de un mosaico policromo de identidades donde caben todas las posibilidades que los actores definan?, ¿cómo explicar el fenómeno de que en algunos varones con SMS se produzca la identidad gay y en otros no? En una pregunta: ¿qué marcos conceptuales tenemos para analizarlas en México?

1.1 La identidad entre el uso, abuso y desuso

El uso indiscriminado del término identidad está afectando seriamente su empleo científico, es frecuentemente usado por los actores sociales y el lenguaje académico. Como categoría de *sentido común* los actores la usan para dar significado a sus acciones, además es utilizada por los políticos y activistas para organizar y justificar la *acción colectiva* en ciertos rumbos. En términos académicos la identidad cuenta con una gran heterogeneidad de posiciones teóricas que incluso llegan a ser opuestas.

En esta tesis ubicamos al menos cinco posturas generales de la identidad: 1) las del interaccionismo simbólico, 2) identidad colectiva, 3) las políticas de identidad, 4) las posmodernas; 5) la que aboga por eliminarla del terreno conceptual por impreciso y problemático; y 6) y desde luego la que hacemos nuestra. A continuación las exponemos cada una de ellas.

1.1.1 Una aproximación semántica

El diccionario de la Real Academia Española de 1734 señala que el término identidad proviene del latín *identitas*, - *ātis* y la define como “razón; en virtud de la cual

con una misma cosa en la realidad, las que parecen distintas”¹⁸ En ese mismo diccionario, líneas adelante aparece la expresión “identidad de razón”, muy vinculada a la definición antes señalada, y que significa: “*aprehensión del entendimiento con que tiene por una misma cosa las que son realmente distintas*”¹⁹. Encontramos aquí la objetivación de lo similar de las cosas, incluyendo personas, que como elemento definitorio, está ya presente desde principios del siglo XVIII, por lo menos en el español.

En el Diccionario de la Lengua Española de la Real Academia de 2001 la palabra identidad tiene cinco acepciones²⁰.

identidad. (Del b. lat. *identitas*, -*ātis*). f. Cualidad de idéntico. || 2. *Conjunto de rasgos propios de un individuo o de una colectividad que los caracterizan frente a los demás*. || 3. Conciencia que una persona tiene de ser ella misma y distinta a las demás. || 4. Hecho de ser alguien o algo el mismo que se supone o se busca. || 5. Mat. Igualdad algebraica que se verifica siempre, cualquiera que sea el valor de sus variables. - V. carné de ~, cédula de ~, tarjeta de ~.

El diccionario destaca dos perspectivas de concebir el tema, por un lado la colectiva y por el otro la individual. Esto es particularmente elocuente porque si uno revisa el diccionario de la Real Academia Española de 1992 (vigésima primera edición) nos damos cuenta de la ausencia de estas acepciones, lo que nos podría hablar de la incorporación de estos nuevos significados como producto de su uso, general o científico, en la última mitad del siglo XX. Empero, antes de exponer una semblanza conceptual del término, veamos los orígenes de los cuales emergió su popularización.

1.1.2 El término identidad

Si bien la palabra identidad no es nueva, como señalamos líneas arriba, podemos ubicar básicamente dos factores que contribuyeron a colocarlo en el dominio público y académico: por un lado el contexto histórico y social y, por el otro, su génesis, discusión y difusión científica, fenómenos que parecen ir paralelos.

¹⁸ Real Academia Española. Imprenta de la Real Academia Española, por los herederos de Francisco del Hierro, 1734. Pag: 203,2. Reproducido a partir del ejemplar de la Biblioteca de la Real Academia Española. Consulta en internet: <http://buscon.rae.es/ntlle/SrvltGUIMenuNtllle?cmd=Lema&sec=1.0.0.0.0>.

Para el historiador Philip Gleason la palabra identidad proviene de la raíz latina *idem*, lo mismo, y ha sido usada en el inglés desde el siglo XVII, (1983:911).

¹⁹ *Ídem*.

²⁰ Diccionario de La Lengua Española. Vigésima segunda edición, 2001, cursivas mías. Consulta en internet <http://www.rae.es/>

En el lado del contexto histórico social, los temas de la “sociedad de masas”, en los sesenta, las rebeliones generacionales a finales de los sesenta, el surgimiento del Movimiento Negro Norteamericano (*Black Power*) y los conflictos étnicos y nacionalistas, contribuyeron a ponerlo en boga.

En la esfera científica varios autores coinciden en señalar que fue el psicoanalista Eric H. Erikson quien puso en circulación el término en la década de los cincuenta, pues acuñó la expresión “crisis de identidad” (Brubaker y Cooper, 2000; Dubet, 1989; Gleason, 1983; Weeks, 1998). Gilberto Giménez anota:

la idea de identidad cultural ha sido conceptualizada inicialmente en los EE.UU. como una herramienta para afrontar los problemas de integración de los inmigrantes y los de las relaciones interraciales. En los países europeos y particularmente en Francia, surge como dispositivo de análisis de los nuevos movimientos sociales, de los particularismos regionales y de los etnonacionalismos (Giménez, 2002: 38).

1.2 Usos conceptuales de la identidad

1.2.1 Erikson: la identidad individual

A finales de los cincuenta y principios de 1960 se desarrollaron varios trabajos paralelos al de Erikson, igualmente importantes (Gleason, 1983), pero la influencia de éste en otras disciplinas como la filosofía, la psicología y la sociología fue mayor.

Para Erikson, la identidad significaba algo definitivo e inevitable, “un proceso localizado en *el núcleo del individuo* y también en *el centro de su cultura comunal*”. La definía como “el sentido de individualidad desarrollado por participar en la sociedad, internalizando sus normas culturales, adquiriendo diferentes estatutos, y jugando diferentes roles” (citado en Gleason, 1983: 914, traducción propia.)²¹.

Erikson comenzó a usar el término identidad como reacción a la difusión de los estudios del carácter nacional que, con cierto aire chovinista, emergieron en los años de la pos segunda guerra mundial principalmente en Estados Unidos, y que ensalzaban un carácter homogéneo y dominante del ciudadano norteamericano.

1.2.2 Identidad como objeto de estudio sociológico

²¹ La responsabilidad de la traducción es completamente mía. En adelante usaré T.P. para referir en los textos que traducí.

Para algunos, en los clásicos de la sociología -Durkheim, Weber y Marx- la identidad está ausente estrictamente como tal (Dubet, 1989). Otros académicos afirman que el tema se encuentra implícito en los *fundadores de la sociología*, bajo la noción de *colectividad* (Cerulo, 1997: 386; Eisenstadt y Giesen, 1995: 73). Pero fue sólo con ciertas corrientes teóricas de la sociología norteamericana, entre las que están el interaccionismo simbólico de George Mead con su elaboración del concepto del *sí mismo* (self); la dramaturgia sociológica de Erving Goffman con nociones también como el *self* y la *identidad deteriorada* y la fenomenología de Peter Berger, que el tema llegó a consolidarse como un objeto de estudio. Para la mitad de los sesenta el término era ampliamente usado en la sociología y la academia en general.

1.2.3 Ervin Goffman

Estigma de Erving Goffman, publicado en 1963, representó uno de los trabajos más reconocidos del estudio de la identidad en la sociología. Los intereses analíticos de Goffman en este libro, reposan en el estudio de la identidad deteriorada, tal cual apunta en el subtítulo de su libro. Este autor anota: “el manejo del estigma es un rasgo general de la sociedad, un proceso que se produce dondequiera que existan normas de identidad” (1995: 152).

Identidad y estigma aparecen aquí como inseparables, y a lo largo de su libro es posible ver recurrentemente la dicotomía: “normales” – “estigmatizados”. Es un hecho que la sociología empieza a pensar los procesos identitarios a través de los grupos estigmatizados: alcohólicos, homosexuales, minorías étnicas, etc.

El fenómeno de la identidad, para Goffman, es construido gracias a un proceso social de las interacciones de *coopresencia* (cara a cara) en la vida cotidiana. Los individuos o grupos sociales la elaboran siempre en referencia a otro(as), a un antagónico o un igual, esto es, se elabora de manera relacional²².

Goffman propone la desconstrucción del estigma, o lo que podríamos llamar la creación de nuevas identidades, como un proceso colectivo, pero en esta perspectiva da la impresión de que el actor social aparece sobredimensionado, como si únicamente

²² El planteamiento interaccionista de Goffman es complejo, nosotros aquí nos limitamos a reconocer el lugar que ocupa este clásico de la sociología.

dependiera de él este proceso. En otro sentido hemos hallado mucho más esclarecedora la propuesta de la identidad colectiva, que líneas abajo referimos

1.3. La identidad: una construcción social

Desde el punto de vista de la sociología contemporánea es una construcción social, un producto de significados negociados e impugnados de manera colectiva (Goffman, 1995, Giménez, 2002, Melucci, 1995; Eisenstadt y Giesen, 1995). En otras palabras, y como ya señalaron los interaccionistas simbólicos la identidad individual necesariamente tiene sus referentes en lo colectivo (Giménez, 2002).

1.3.1 Identidad colectiva y acción colectiva.

En las últimas tres décadas las *teorías de los movimientos sociales* contemporáneos²³, han desarrollado y empleado la categoría *identidad* como un eje de análisis importante en la *acción colectiva*.²⁴ Ésta encuentra sus orígenes conceptuales en Europa a principios de los setenta con el sociólogo francés Alain Touraine, uno de los exponentes más sobresalientes y sistemáticos del tema. En un mismo sentido el trabajo de Melucci sobre acción e identidad colectiva hace una fuerte crítica a la literatura de los movimientos sociales, principalmente a dos tradiciones teóricas, a la sociología estadounidense, incluyendo a la de corte funcionalista, y al marxismo, a los cuales les critica su perspectiva de sistema y estructuras *sin actores*.

²³ Éstos también han sido llamados “nuevos movimientos sociales”, y el calificativo de “nuevo” ha sido ampliamente cuestionado y debatido teóricamente, por lo que en esta tesis preferimos siguiendo al sociólogo Alberto Melucci, llamarlos *contemporáneos* (1995: 13). Sugerimos consultar a Clauss Offe para una discusión de la presunta novedad de éstos, “[...] lo *menos* ‘nuevo’ de los movimientos sociales de hoy son sus valores. Ciertamente no contienen nada de “nuevo” [...] todos estos valores y normas propugnados por los mantenedores del nuevo paradigma político están firmemente enraizados en las filosofías políticas (así como en las teorías estéticas) modernas de los últimos dos siglos y han sido heredados en los movimientos progresistas tanto de la burguesía como de la clase obrera. Esta continuidad sugeriría que los nuevos movimientos sociales en lo que respecta a sus orientaciones normativas básicas, no son ni ‘posmodernos’ en el sentido de que enfatizan nuevos valores que (aún) no han sido asumidos por la sociedad amplia, ni tampoco ‘premodernos’ en el sentido de hacer propios los residuos de un pasado romantizado preracional. Teniendo en cuenta su filosofía moral implícita, son más bien los *contemporáneos* de las sociedades en que viven [...]” (Offe, 1982: 213).

²⁴ Actualmente las teorías de los movimientos sociales es amplia, de acuerdo a Ramírez (1996) son ocho los principales enfoques teóricos: el funcionalismo, la movilización de recursos, la elección racional, el accionalismo, el enfoque de la frustración-agresión, el sistémico, el marxista y el organizacional. Junto con el de Ramírez, el artículo de Tarrés (1989) ofrece una visión general y crítica del tema.

Propone retomar el análisis del *actor* y en ello la identidad juega un papel muy importante como categoría analítica y herramienta heurística. Es un proceso que implica que si bien los actores son constituidos por categorías sociales, hay maneras de resistir estas categorías a través de la acción colectiva. La identidad es el resultado de la elaboración simbólica, por lo tanto cultural y social; es una invención, un proceso abstraído social y colectivamente. Melucci señala:

La identidad colectiva es una definición compartida e interactiva producida por muchos individuos (o grupos a un nivel más complejo) e interesada con las orientaciones de la acción y el campo de oportunidades y constricciones ofrecidas en la cual la acción toma lugar (Melucci, 1995:44, T.P.).

Es necesario aclarar que por *interactiva* y *compartida* Melucci quiere decir que es “una definición que debe ser entendida como un proceso, porque es construido y negociado a través de la activación repetida de las relaciones que vinculan a los individuos (o grupos)” (Melucci, 1995: 44, T.P.). Dicho en otras palabras: para que haya nuevas identidades debe haber grupos sociales y acción colectiva. Ésta se construye socialmente porque son precisamente los actores quienes al producir la acción colectiva, pueden definirse a sí mismos y definir las relaciones con el ambiente.

Melucci (1995) y Gilberto Giménez (2002) caracterizan la identidad como:

- a) emergente, ya que es un producto histórico que los actores producen de manera colectiva, aunque no sin el peso de las estructuras políticas, económicas y culturales;
- b) situacional, porque se realiza dentro de las estructuras que limitan o posibilitan sus posiciones como actores,
- c) relacional; se elabora dentro de un sistema de relaciones e intercambios sociales, se construye entre la autodefinición y la definición social de los otros hacia los actores en cuestión. No hay identidad social solo a capricho del actor.

1.3.2 La política de la identidad

El término “la política de la identidad” (*identity politics*) es acuñado en EE.UU. a principio de los setenta, refiriéndose a ciertos movimientos sociales que impugnan ciertas identidades impuestas por la sociedad y reivindican algunas elaboradas por estos (Zaretsky, 1994: 198). Craig Calhoun dice al respecto: “[...] la política de identidad es colectiva [...]

involucra la búsqueda del reconocimiento, la legitimidad (y a veces el poder) no solamente la expresión o la autonomía.” (Calhoun, 1994: 21)²⁵.

Sin embargo, la política de identidad muchas veces implica la construcción de identidades esenciales, aunque a veces sea solo por cuestiones político-estratégicas (Bernstein, 1997). Esta dependencia en la esencialización será un punto criticado por análisis inspirados en teorías posmodernas, como en la teoría *queer*, que veremos en el tercer capítulo.

1.3.3 Identidades posmodernas

En términos generales, esta perspectiva los actores sociales se hallan con las identidades fragmentadas, múltiples, inestables, y en permanente flujo. Si antes lo que las caracterizaba era la estabilidad de éstas, la posmodernidad promueve su dispersión (Maffesoli, 2002). Aquí son el producto de distintos discursos que compiten entre sí.

Es notable que esta discusión, se centre demasiado en el discurso y sobresalte sus características evanescentes o efímeras, y esto causa polémica porque al hablar de las transformaciones sociales tienden a reducirlas al nivel de las variaciones en el lenguaje. En relación a la discusión de género y sexualidad es frecuente que las disciplinas que adoptan este perfil teórico sean los llamados estudios culturales y literarios y la filosofía.

1.3.4 Desechando la identidad

Brubaker y Cooper (2001) encuentran al término sobrecargado conceptualmente, polisémico y poco útil en el análisis social. Estos autores hacen una fuerte e imprescindible crítica hacia los usos conceptuales de la categoría, y, a su manera, agrupan en dos posiciones este crisol de posiciones teóricas. Por un lado se encuentra la que analiza los grupos que reafirman fuertemente su grado de pertenencia, diferenciando tajantemente los límites del adentro y el afuera; el nosotros y el ellos; la literatura de los movimientos sociales se encuentra contenida en esta perspectiva.

²⁵ No nos interesa profundizar sobre el tema de las “políticas de identidad”. Las llamadas “políticas de identidad” encuentran un lugar muy similar en las propuestas de la acción colectiva, sería sin duda interesante hacer un análisis al respecto, aquí solo nos limitamos a mencionarlos como parte del universo de estudio sobre identidad.

Por el otro están las que apelan a una pluralidad, ubican a la identidad como diversa, atomizada, etc., en este bloque se hallan algunos ensayistas de la posmodernidad. Concluyen, no sin cierto dejo de ironía: que ambas “[...] cualidades han llegado a ser tan familiares -incluso obligatorias- en los años recientes que uno las lee (y las escribe) virtual y automáticamente” (2000: 10, T.P.).

Se cuestionan sobre si “¿realmente necesitamos este término pesadamente agobiante, profundamente ambiguo?” (2000: 9) y proponen usar el siguiente lenguaje científico alternativo: 1) *identificación y categorización*, 2) *autocomprensión y ubicación social*; 3) *comunalidad, vínculo o conectividad, y sentido de pertenencia a un grupo*²⁶.

1) La primera nos invita a la especificación de agentes que hacen la identificación²⁷, y no presupone que tal resultará necesariamente en la similaridad, destinada colectividad. Para la *categorización* los autores distinguen dos planos: a) aquella en la que la gente identifica y categoriza a otros, de la misma forma en que ellos se identifican y categorizan; y b) los sistemas de categorización, formalizadas, codificadas, objetivadas, desarrolladas por instituciones como el Estado, la familia, la escuela o por movimientos sociales.

2) Se refiere al proceso social a través del cual las personas entienden y se localizan a sí mismas, sin que ello implique una perspectiva occidental del "yo" moderno. Brubaker y Cooper argumentan que “[...] un sentido de quién es uno puede tomar muchas formas” (2001:20), que puede ir del desván del psicoanalista a la participación en cultos de posesión espiritual.

3) La primera denota el compartimiento de algunos atributos comunes, la segunda los lazos relacionales que vinculan a la gente. Ninguno de los dos generan solos *el sentido de pertenencia a un grupo*, pero juntos pueden efectivamente hacerlo.

Los planteamientos de los autores son una necesaria vigilancia epistémica al término identidad, ya que llaman a precisar los complejos procesos que engloba ésta, sin embargo por razones de delimitación conceptual expusimos brevemente su propuesta y a continuación explicamos por qué no empleamos su planteamiento en aras de los fines analíticos de la presente tesis.

²⁶ Nota de la traducción (N.T). 1) Identification and categorization, 2) Self-understanding and social location, 3) Commonality, connectedness, groupness, en el texto original (2000: 20).

²⁷ De acuerdo a los autores, éstos pueden ser narrativas o discursos.

1.4 La identidad: apuntes para su fundamentación

Hacemos nuestros los planteamientos de Giménez y Melucci teniendo presente que el término no está libre de contradicciones. Concordamos con Brubaker y Cooper en que el *construccionismo* puede llegar a ser un cliché, sin embargo consideramos que este enfoque teórico nos puede dar elementos para pensar, indagar y documentar cómo se ha construido la identidad que emergen de la SMS, trabajo que por lo demás, es de muy reciente pesquisa en México.

Retomamos esta propuesta porque nos proporciona elementos críticos para analizar y comprender los procesos identitarios que provoca la SMS. Consideramos que es una categoría imprescindible para estudiar cómo los actores van redefiniendo sus sexualidades, y porque permite una visión histórica, social, y no aislada, fija e inmutable.

El construccionismo social ofrece un marco donde el actor o los sujetos sociales ocupan un lugar activo frente a las estructuras discursivas (Dubet 2001). Al poner el acento no solo en la manera en que los significados sociales constituyen sujetos, sino en cómo estos sujetos resisten las identidades impuestas este paradigma también nos permite el cambio social, lo que lo diferencia de modelos más rígidos estructuralistas.

Este concepto resulta muy útil para nuestro análisis, en tanto es un paradigma, no la “realidad misma”, es una definición temporal de un problema conceptual y puede ser cambiada si otros conceptos prueban ser más adecuados, en este sentido Melucci advierte:

El concepto de identidad colectiva puede funcionar como una herramienta analítica útil, “solamente si ayuda a analizar fenómenos, o dimensiones de ellos, que no puedan ser explicados a través de otros conceptos o modelos y si contribuye a nuevo conocimiento y perspectivas de este fenómeno” (Melucci, 1995: 51, T.P.).

Para sociólogos como Melucci y Giménez el término es útil en tanto herramienta analítica sin la cual no podría explicarse una serie de acciones e interacciones sociales “sin elaborar enunciados implícitos o explícitos de la identidad” (Giménez, 2002: 37). En el mundo occidental contemporáneo la etnia, la clase social, el género, las identidades sexuales aparecen como las principales. Los procesos identitarios están en toda la acción social.

La identidad antes que nada es un *proceso* interactivo y a veces contradictorio que tiende a estabilizarse, a permanecer en el tiempo, para decirlo en términos de Giménez “[tiene] capacidad de perdurar como idéntico –aunque sea imaginariamente- en el tiempo y

en el espacio” (2002: 42). La idea de estabilidad podría contradecirse con la de proceso, pero Melucci nos invita a ver que esta paradoja radica en que lo que aparece como estable es siempre el resultado de un proceso y una acción histórica específica.

Para Giménez (2002) las identidades tienen un proceso dinámico y cíclico, más que un proceso lineal y evolutivo. A diferencia de algunos posmodernos, que ven un cambio social fluido y rápido en identidades fragmentarias y efímeras, Giménez ve el cambio en identidades operando de manera más lenta, impedida por estructuras sociales que pesan más fuertemente en los individuos.

La construcción de la identidad en la SMS en México parece indicarnos que la presunta maleabilidad no se presenta tan fácilmente. Los *gays* han logrado reivindicar la imagen *deteriorada*, pero habría que preguntarse qué tanto han transformado las identidades que la sociedad mexicana ha construido para ellos, en qué orden de género se insertan, qué tanto modifican los *regímenes* y *orden de género*. La transformación de las identidades no es tan efímera como se pretende en el discurso que apela a su fragmentación, pero tampoco es inmutable como parecería indicar su tendencia a estabilizarse.

1.5 Identidades sexuales en México

Ciertas identidades como la del homosexual o la del gay en México son relativamente recientes. La primera categoría se introduce a México a principios del siglo XX, pero no es sino hasta la década de 1930 en que tiene mayor auge. En cambio gay es un vocablo mucho más nuevo, que hace su irrupción con mayor notoriedad a principios de los ochenta (Monsiváis, 2001; 1998, Nesvig, 2001).

Hemos dicho que la *acción* y la *identidad colectiva* son fenómenos fuertemente vinculados (Melucci, 1995; Eisenstadt y Giesen, 1995). Ello se puede observar claramente en el Movimiento Lésbico Gay, Mary Bernstein ha señalado como este Movimiento es considerado por varios teóricos de los movimientos sociales como “la *quintaesencia* de los movimientos de identidad” (1997: 532, T.P.).

El Movimiento Lésbico-Gay en México vino a reivindicar y a fundar definiciones sociales sobre los propios actores y su entorno (Mogrovejo, 2000; Lumsden, 1991), se reservaron el derecho de nombrarse, de burlarse y divertirse de sí mismos, construyeron para decirlo en términos sociológicos, *identidades colectivas*.

La identidad gay²⁸ al emanar de él tiene necesariamente su construcción y negociación en las posibilidades y límites de su acción colectiva (Bernstein, 1997; Plummer, 1992, Melucci, 1995).

La llamada ‘identidad gay’ es *colectiva*, siguiendo a Melucci (1995), por compartirse, y esto quiere decir que es construida y negociada mediante procesos continuos de relaciones sociales que conectan los actores. Éstos empiezan a producir y cuestionar, a reivindicar sus identidades a finales de la década de los setenta del siglo XX.

En otro sentido los varones que tienen SMS en México, no necesariamente desarrollan o construyen para sí estas identidades como bien lo ha argumentado Núñez (2001; 2000), lo que no elude que éstas permanezcan en las representaciones o categorizaciones sociales.

Consideramos que la discusión de las identidades sexuales y de género en varones con SMS carga con problemáticas teóricas, y que siendo muy complejo el fenómeno nos hemos dado a la tarea de discutir las en términos de género y masculinidad. En el siguiente capítulo discutimos éstas nociones teóricas.

²⁸ La identidad gay surge del movimiento lésbico gay. Es un fenómeno contradictorio, no homogéneo que en algunos actores con sexualidad del mismo sexo se produce y en otros no. Sobre identidad gay, en términos de reflexión teórica son muy útiles los análisis de Eribon (2001); Foucault (2000) es un clásico en avalizar el tema. Hablar de identidad gay escapa a esta tesis, no obstante brevemente podríamos decir que ésta implica una reivindicación y una reelaboración de las definiciones sociales de la sexualidad de quienes practican, desean entre el mismo sexo. Se habla de la identidad gay como una elección del actor social frente al estigma, en palabras de Eribon, 2001: “la identidad gay puesto que es escogida y no ya sufrida, no es nunca un hecho dado... Pero para construirse se refiere necesariamente a modelos ya establecidos, ya visibles (en su multiplicidad), y puede decirse, en consecuencia, que se trata de ‘hacerse gay’ no solo en el sentido de crearse como tal, sino también haciéndolo inspirándose en ejemplos ya disponibles en la sociedad y la historia. Si hay ‘identidad’ es una identidad personal que se crea en la relación con una identidad colectiva. Se inventa en y por medio de los ‘personajes sociales’, los ‘roles’ que se ‘interpretan’ y que cobran existencia en un horizonte de recreación colectiva de la subjetividad homosexual” (Eribon, 2001: 158). En México han analizado y documentado la construcción de este proceso, entre otros, Carrillo, 1999, González (2001), Lumsden, 1991, Miano, 2002, Monsiváis, 2004; 2002. De igual forma varias tesis de grado han abordado el tema: González, 2000; Hernández, 2001, Laguarda, 2001, List, 2000.

Capítulo 2

La relación del género y la masculinidad con la sexualidad

En la presente tesis nos sumamos a la propuesta teórica que lee a la sexualidad y las identidades sexuales desde el *género*, más explícitamente de las relaciones de género en varones con SMS. Particularmente hemos seleccionado esta postura siguiendo el diagnóstico que han hecho algunos estudiosos sociales del tema en América Latina (Parker, 2000; 1999, Murray, 1995).

El sentido de pertenencia a las identidades sexuales como homosexual o gay en México y en América Latina tiene otras aristas distintas a las generadas en países europeos o de América del Norte, de manera que en términos críticos y propios de nuestras realidades culturales consideramos más fructífero analizar nuestro objeto de estudio desde las relaciones de género entre varones con sexualidad del mismo sexo.

Iremos desglosando poco a poco el concepto del género y la masculinidad, para después abordar en el siguiente capítulo la discusión teórica de la sexualidad, que consideramos necesario releer en términos de género, en tanto iniciemos por ésta categoría.

2.1 Surge la categoría género

Género es una categoría muy joven en las ciencias sociales comparándola con la de sexualidad o clase social. Surge en los años setenta del siglo XX con la aportación de los *movimientos feministas*¹⁵ norteamericanos en oposición al empiricismo y poco nivel teórico en el que habían caído muchos de los *estudios de la mujer* de la época y también rechazando la categoría *patriarcado*, a la cual acusaban de negar la historicidad de los fenómenos sociales.

Etimológicamente deriva del latín *genus*, que a través del francés antiguo *gendre*, es traducido aproximadamente como clase o especie (Hawkesworth, 1999:13), y fue originalmente una categoría lingüística, que designaba una clase o especie gramatical.

¹⁵ El feminismo o mejor dicho los feminismos (liberal, radical, socialista, de la diferencia, etc.) que se desarrollan a partir de los setenta forman parte de una historia larga de *acción colectiva* de mujeres en el siglo XIX y comienzos del XX. Feminismo no necesariamente significa *movimientos de mujeres*. Éste se refiere a las movilizaciones cuya base es mayoritariamente de mujeres, con independencia de sus demandas (De Barbieri, 1986: 13). El feminismo de los sesenta se inscribe en un contexto de los llamados ‘nuevos’ *sujetos*

Esto es, en términos gramaticales se basa en una amplia gama de ‘clases’, incluidos ‘insectos, alimentos que no son carne, líquidos, etc.

En algunas lenguas marca la distinción masculino/femenino/no sexuado; pero en otras lenguas las divisiones animado/inanimado, humano/no humano, racional/no racional, humano hombre/otro, fuerte/débil, aumentativo/diminutivo, masculino/otro, femenino/otro, funcionan exactamente como lo hace la división hombre/mujer [...] (Hawkesworth, 1999: 14).

Nuestra cultura occidental¹⁶ ha organizado, estructurado socialmente en dos géneros (masculino-femenino) las diferencias corporales¹⁷. Las estudiosas y los estudiosos feministas adoptaron el concepto de género para distinguir características culturalmente específicas, asociadas a la masculinidad y a la feminidad.

En la academia, la primera en emplear el término género fue Gayle Rubin en 1975, quien hablaba de un *sistema de sexo/género*, y lo definía como “[...] el conjunto de disposiciones por el que una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana (1996: 37).

Rubin desarrollo un análisis comparativo de los sistemas de parentesco en el que las mujeres aparecían subordinadas a los hombres. La autora denunció el determinismo biológico implícito en términos tales como “sexo” o “diferencia sexual”, y que conminaba los genitales o la anatomía corporal humana a un destino irrevocable; *el ser* hombre o mujer. Buscaba también entender las desigualdades entre varones y mujeres, y enfatizar que esas diferencias no son cosas *dadas* o “*naturales*”, sino que son elaboradas por las sociedades¹⁸.

2.2 Género, una categoría muy amplia

Actualmente hablar de género es hablar de una gran producción académica, pero también de una enorme polisemia en cuanto al término. De acuerdo con Mary

sociales, e implicaría concretamente un cuestionamiento y replanteamiento del *orden de género* por parte de los distintos géneros frente a la dominación masculina.

¹⁶ México, por razones históricas, tiene un fuerte componente cultural occidental, lo pensamos con Canclini (2005) como *híbrido*.

¹⁷ Como veremos en el capítulo 4, en México, los aztecas organizaron socialmente los géneros de manera dicotómica (Austin, 1982; 1984).

¹⁸ Connell ha mencionado que en el análisis estructural de Rubin no se sabe qué es exactamente un sistema. Además señala que no puede ser sostenido en todas las sociedades, dado que hay lugares y tiempos donde los vínculos de parentesco son más extensos o estrechos (1987: 62 y 140).

Hawkesworth (1999), el término se ha empleado en una amplia cantidad de sentidos, que hace difícil distinguir a qué fenómenos sociales se refiere el concepto.¹⁹

Abarca una multiplicidad de fenómenos ya que es una dimensión de la sociedad y como tal *está en todas las relaciones sociales*²⁰, en el Estado, en los símbolos, las instituciones educativas, en la ciencia, en el marco jurídico, en las políticas públicas, en la identidad individual y colectiva. De manera que como herramienta analítica puede clarificar varias relaciones sociales o de vida cotidiana.

De Barbieri (1996) ha señalado el uso indiscriminado de la categoría que ha sido reducida como sinónimo de *mujeres*, o que se ha empleado en estadísticas u ordenamientos burocráticos por la otrora variable sexo; despojándola de su corpus teórico y valor heurístico. Es una categoría relacional, que habla de las relaciones sociales entre los géneros de una sociedad.

2.3 Connell: el género como estructura y práctica social

¹⁹ Entre los usos analíticos del género están, siguiendo a Hawkesworth:

- analizar la organización social de las relaciones entre hombres y mujeres, investigar la reificación de las diferencias humanas, conceptualizar la semiótica del cuerpo, el sexo y la sexualidad, explicar la distribución de cargas y beneficios en la sociedad, ilustrar las microtécnicas del poder, iluminar la estructura de la psique, explicar la identidad y la aspiración individuales.

Ha sido analizado como:

- un atributo de los individuos, una relación interpersonal, un modo de organización social.

Definido en términos de:

- un status social, papeles sexuales, estereotipos sexuales.

Concebido como:

- una estructura de la conciencia, una psique triangulada, una ideología internalizada.

Discutido como producto:

- de la atribución, de la socialización, de prácticas disciplinarias.

Ha sido descrito como:

- un efecto del lenguaje, una cuestión de conformismo conductual, una característica estructural del trabajo, el poder y la catexis, un modo de percepción.

Ha sido descrito en términos de:

- una oposición binaria, continuos variables y variantes, capas de la personalidad.

Caracterizado como:

- diferencia, relaciones de poder manifestadas como dominación y subordinación,

Ha sido construido

- en el modo pasivo de la serialidad, en el modo activo, como un proceso que crea interdependencia, como un instrumento de segregación y exclusión.

También ha sido denunciado como una cárcel y aceptado como esencialmente liberador. Identificado como un fenómeno universal y como una consecuencia históricamente específica de la sexualización cada vez mayor de las mujeres en la modernidad (Hawkesworth, 1999: 5-6).

²⁰ Esta idea proviene y es elaborada en el influyente artículo de Joan Scott (1997 [1986]: 289) que considera al género como elemento *constitutivo de las relaciones sociales* y como una *forma primaria de poder*. En esta

El género, como sostenemos en esta tesis, es un fenómeno social antes que de individuos, es una *estructura social*²¹ que, valga la redundancia, *estructura* u *ordena* una serie de fenómenos a partir de las diferencias corporales y anatómicas. Planteado en términos de Robert W. Connell es *una estructura de la práctica social*. Es una *estructura* y una *práctica social*, la primera porque ordena las prácticas sociales de los cuerpos, y la segunda porque éstas mismas han estructurado, y por lo tanto modificado a esa estructura.

El género es un componente fundamental de la estructura social como un todo, “es una forma de estructurar la práctica social en general, y no un tipo especial de dicha práctica, por lo que se relaciona o interactúa con otras estructuras sociales” (Connell, 2003: 114), y “puede no ser la más importante estructura en un caso particular, pero ciertamente es una estructura mayor de muchas” (Connell, 1987: 120, T.P.). En el fondo del debate, este autor, apela a la modificación del término *estructura social*, y al igual que algunos teóricos de la identidad como Mellucci o Giménez está debatiendo con el estructural funcionalismo y con el marxismo.

El sociólogo propone también clarificar el concepto género y sugiere dos categorías fundamentales de su análisis sobre el término, y que en esta tesis usamos como categorías principales: *orden de género* y *régimen de género*. Consideramos pertinente, antes de definirlos, dilucidar la perspectiva teórica en la cual están insertos éstos. Es a través de ellos que Connell propone un análisis que él llama “inventarios estructurales”²², y señala:

Es necesario distinguir entre el tipo de análisis estructural que produce conceptos como “división sexual del trabajo” (que llamaré modelos estructurales) y los del tipo que producen conceptos como “orden de género” (a los cuales nombraré inventarios estructurales) (Connell, 1987: 91).

perspectiva el género no solo es una cuestión de individuos sino una cuestión social. Scott además “introduce la corporeidad en la acción social” (De Barbieri, 1996: 66).

²¹ Connell apela a una reelaboración del concepto estructura de la teoría social, intenta vincularla con la noción de *práctica social*, esto es *grosso modo*, un intento por vincular individuo-sociedad con la particularidad de que considera a la historia y a su producción como un eje importante de su idea de estructura social. No es lugar aquí para desarrollar la compleja teoría de Connell, así como sus críticas, pero baste señalar que su propuesta se distancia tanto de las teorías clásicas de estructura como de las contemporáneas tales como las de *la dualidad de la estructura* seguidas por el sociólogo británico Anthony Giddens y el francés Pierre Bourdieu, cuyas posturas teóricas tratan de vincular sujeto-estructura, tomando en cuenta la noción de que las estructuras pueden ser cambiadas por los sujetos mismos, dándoles un doble carácter la de estructurados y la estructurantes, pero para Connell las *teorías dualistas* “consideran a la historia, pero no su producción” (1987: 94, T.P.).

²² “Structural inventories” en el original.

En su libro *Gender and Power*²³ (1987) propone un análisis del género que tome en cuenta las estructuras y prácticas sociales. En caminos paralelos a los de Giddens y Bourdieu²⁴, Connell apela a una teoría del género en la que las prácticas humanas son centrales en la formación y transformación de las estructuras. De manera que en esta propuesta el punto clave es la *historicidad* de las estructuras y prácticas para entender al género.

Orden de género lo define como el “patrón histórico de las relaciones de poder entre hombres y mujeres y entre las definiciones de feminidad o masculinidad” (Connell, 1987: 99, T.P.). Y siguiendo a Jill Mathews, nos aclara que lo empleará para “el inventario estructural de una sociedad entera”.

Régimen de género lo retoma de su trabajo sobre educación y “describe el estado de juego en la política sexual en la que una escuela involucra el mismo tipo de lógica en un estadio más pequeño”. Y aclara que emplea el término en el sentido de “inventario estructural de una institución en particular” (1987: 99, T.P.), como el Estado, la familia, la escuela o la calle (el espacio público).

El *orden de género* como herramienta de análisis puede permitir observar los cambios o continuidades de los patrones históricos de género. A nivel analítico Connell observa que un orden de género puede o no romper del todo con el que le precede, tiene modificaciones en los *regímenes de género* sin que esto signifique un cambio en el todo del *orden*.

En el *orden* y el *régimen de género* existe un modelo tridimensional de la estructura de género que incluye:²⁵: el trabajo²⁶, el poder²⁷ y la *catexis*²⁸ o sexualidad. Esto no quiere decir que sean las únicas estructuras a descubrir en la investigación, pero si las más sobresalientes empíricamente. Más aún, ninguna de éstas puede ser independiente de las

²³ Sin traducción al español.

²⁴ No es el lugar adecuado para exponer sus teorías, nos remitimos solo a señalar que Connell no se adhiere a estas teorías, sino que formula la propia.

²⁵ O subestructuras como también las nombra.

²⁶ La división del trabajo es de las categorías más discutidas, mucha literatura feminista ha discurrido sobre ello. Connell les critica que debe dejar de ser vista como una estructura en si misma y apela que se vea como la parte de un amplio patrón, de sistema de género estructurado de producción, consumo y distribución.

²⁷ Este autor concibe al *poder* como una estructura y un objeto de la práctica. Es un lugar de relaciones sociales con alcances y permanencias. Llama a diferenciar entre las relaciones macrosociales o globales del poder y las locales o micro situaciones.

²⁸ Un término que toma de Freud. Se refiere a la sexualidad como social, a los patrones del deseo y a las relaciones emocionales.

otras, como Connell (2003) resalta posteriormente en su trabajo, en todas ellas, a su vez, está presente otra categoría importante: el *cuerpo*.

2.4. *Cuerpo*

El cuerpo en esta postura teórica es un referente inmediato que estructura las relaciones de género, pero que también es estructurado por esas mismas prácticas, por sus transformaciones o permanencias. El cuerpo construye identidades de género. El sentido físico-corporal de ‘ser hombre o mujer’ es central en la significación social del género.

El cuerpo no es algo fijo, se inserta en los procesos sociales, y al hacerlo se vuelve parte de la historia (personal y colectiva), y en esta dinámica se va haciendo tanto un *objeto* como un *agente* de las prácticas de género. Al ser un *agente* el cuerpo también puede producir otro tipo de prácticas con distintas consecuencias sociales y personales. Y a este proceso le llama: *prácticas que se reflejan en el cuerpo y se derivan del mismo* (2003: 95), éstas tienen una historia, un devenir. Connell no le atribuye un determinismo social a los cuerpos.

Ahora bien, cuando hablamos de éstos no solo nos referimos al de los individuos mismos, sino también a las instituciones sociales como el Estado, la escuela o la familia, que involucran representaciones y prácticas corporales.

2.4.1 *El cuerpo en la reproducción y las sexualidades*

Entre los elementos reales que tienen los cuerpos sexuados está la reproducción humana, porque a través de ésta se cristaliza una de las diferencias corporales entre varones y mujeres. Para decirlo con De Barbieri:

[...] en los cuerpos hay elementos reales que serán elaborados para determinar heterogeneidades entre los varones y entre las mujeres. No menstruar, hacerlo o haber dejado de menstruar; estar embarazada o no; haber parido o no, son elementos corporales que distinguen a las mujeres entre ellas y las pueden constituir en categorías aparte (1996: 75).

Dicho de otra manera, el género ordena los significados de la actividad reproductiva, y ello es porque de entre los cuerpos de varones y mujeres, *el único que puede generar otro cuerpo, es el femenino*. Biológicamente solo el cuerpo de la mujer tiene la capacidad para generar otro cuerpo, y esto hace revestir a la reproducción de una

actividad de significados y control sociales sobre el cuerpo de la mujer²⁹, de su actividad e incluso de la sexualidad misma.

En su *Historia de la sexualidad* Foucault ya advierte que ésta se construyó sobre la base de diferencias corporales, a las que asignaron, un *orden de género*. De esta manera aparecieron una serie de *personajes* como el homosexual, la mujer histérica, el niño masturbador, la pareja maltusiana y el adulto perverso.

La irrupción en nuestra realidad occidental de los personajes *homosexual* y *heterosexual* en el s. XIX se elaboró sobre el confuso vínculo de la sexualidad con la reproducción y esto hizo suponer o pretendía suponer que la sexualidad por lo tanto apuntaba a la noción dominante de complementariedad de diferentes cuerpos sexuados; *la mujer y el hombre*. En el s. XIX se construyó un nuevo orden de género, basado en la ciencia³⁰.

Aunque en los textos de Foucault no se menciona explícitamente al cuerpo como categoría básica de análisis, algunas de sus relecturas (Connell, 2003) han señalado que el autor de *Vigilar y Castigar* hace de éste un lugar central donde se inscriben los discursos médicos, psiquiátricos, demográficos, etc. Nos atreveríamos a decir que sus propuestas teóricas sobre los mecanismos de poder, así como las respectivas resistencias y el *dispositivo de la sexualidad* se acercaban mucho a leer la sexualidad desde lo que hoy llamamos género.

La categoría género permitió, como lo trató de hacer su creadora Rubin, historizar las relaciones sociales de las diferencias corporales, entre ellas la sexualidad. Pierre Bourdieu³¹ (2000) ha señalado que el género como herramienta analítica ha permitido

²⁹ Simbólicamente, la reproducción representa la posibilidad de trascender la muerte individual y colectivamente, y esta significación no solo está en la mujer sino también en el varón.

³⁰ En el capítulo de sexualidad veremos con más detenimiento esto. No queremos reducir en extremo el proceso histórico de la sexualidad como fenómeno social, y seguimos a Foucault cuando señala que por ejemplo en la Edad Media “había organizado alrededor del tema de la carne y de la práctica de la penitencia un discurso no poco unitario” (2000: 45), pero que en contraste con el período que va de XVII a nuestros días lo que encontramos es una multiplicidad de las discursividades de la sexualidad: demografía, biología, medicina, psiquiatría, psicología, moral, pedagogía, crítica política. De ahí que este pensador francés apunte a que la sociedad moderna lejos de ocultar al sexo y de reprimirlo, lo incita a hablar a producir discursos de él como el psiquiátrico, el médico, el judicial.

³¹ Si bien Bourdieu estudia las estructuras de la división sexual, no habla literalmente de la categoría género. Este autor sugiere historizar esas estructuras entre varones y mujeres. Parte de la idea de que hay estructuras de división sexual que se imponen históricamente como “eternas” y para ello advierte: “recordar que lo que en la historia, parece como eterno sólo es producto de un trabajo de eternización que incumbe a unas

analizar críticamente la historia de la *dominación masculina*, fenómeno que, entre otras cuestiones, ha estructurado las relaciones de género y regulado las subordinaciones de la sexualidad y de la SMS.

2.5 Género y sexualidad: dos categorías sociales imbricadas

Las definiciones de sexualidad surgieron sobre la base de una idea dominante de género en el s. XIX. Éstas conectaban, o mejor dicho *confundían*, características biológicas como cromosomas, hormonas, órganos sexuales y reproductivos con un conjunto de expectativas prescriptivas y específicas de la cultura sobre lo que se considera apropiado en hombres y mujeres.

En este contexto nació el personaje del *homosexual*, no cómo una persona que se definiera tanto por sus prácticas sexuales sino como personajes cuyas características consistían en invertir lo socialmente masculino y femenino³². La sexología se encargaría de codificar ese debate en figuras como los del *tercer sexo*, los *invertidos*, los *uranistas*³³.

La sexualidad y en particular la del *mismo sexo* son categorías, en cierta medida, autónomas. La producción sociológica de los estudios de sexualidad ha tomado en cuenta al género como un elemento importante en su estudio, pero pareciera que de una manera adyacente o secundaria, se habla de una historia de la sexualidad como un fenómeno que toma en cuenta a varones y mujeres, pero pareciera que aquí género aparece como un atributo de los individuos, que indica una división básica, la de dos cuerpos sexuados, no se toma en cuenta que la categoría género va mucho más allá de señalar esa diferencia, como hemos venido observando.

2.5.1 Categorías complementarias

Sexualidad y género son categorías distintas, pero no son irreconciliables, tienen una fuerte relación, ya que ambas analizan, desarrollan y dan algunas explicaciones por su

instituciones (interconectadas) tales como la Familia, la Iglesia, el Estado, la Escuela, así como, en otro orden, el deporte y el periodismo [...]” (2000: 8). Invita a reconstruir la historia escrita por la *dominación masculina*.

³² Foucault señala que la caracterización médica del homosexual se hizo, “no tanto por un tipo de relaciones sexuales como por cierta cualidad de la sensibilidad sexual, determinada manera de invertir en sí mismo lo masculino y lo femenino” (2000 [1977]: 57).

³³ Cabe decir, siguiendo a Eribon (2001), que la figura de las locas, personajes masculinos con características consideradas socialmente femeninas se puede rastrear ya en la literatura del siglo XIX (en Michel Proust, André Gide), mucho antes de la aparición del homosexual.

cuenta de fenómenos tales como las prácticas sexuales, los deseos, las fantasías, los discursos sexuales, las relaciones emocionales, etc. Sin embargo no siempre han ido juntas en el análisis social.

Tim Edwards ha señalado la falta de conexión entre ambas categorías: “hay una vasta literatura en sexualidad que ‘más o menos’ ignora la construcción de la identidad de género y de igual forma una vasta literatura en identidad de género la cual omite el estudio de la sexualidad” (1990: 110, T.P.).

Pese a sus coqueteos y cercanías entre sexualidad-género y/o género-sexualidad hace falta una mayor conexión entre ambas categorías, lo que en nuestra perspectiva, nos conduce a la necesidad de hacer un análisis de la sexualidad desde las relaciones de género. De manera que fenómenos como las prácticas sexuales, los deseos, las fantasías y las conductas sexuales, las identidades colectivas sexuales pueden ser interpretados a la luz del *orden de género*. Como nuestro objeto de estudio son los varones con SMS, nos centramos en las relaciones de género que se establecen entre ellos, y aquí sobresale un tema no menos complejo: el de la *masculinidad*.

2.6 La masculinidad desde el género

La masculinidad como problema intelectual, pese a una larga producción teórica, que Connell (2003) rastrea desde el psicoanálisis, es muy reciente. Scott Coltrane ha afirmado que, *la investigación sobre los hombres es tan antigua como los estudios mismos* (1998: 19), sin embargo el estudio especializado de los hombres (*Men's studies*) surge en la década de 1970 como respuesta a los estudios de mujeres³⁴, y es solo en los noventa que se les incorpora un enfoque de género.

³⁴ Los *Men's studies* llegaron a ser políticamente reaccionarios frente a la creciente ola del feminismo, y los estudios de gays y lesbianas, que cuestionaban su subordinación. Minello agrupa en tres subcorrientes este perfil de estudio sobre los hombres “la que niega la existencia de los privilegios masculinos y sostiene que tanto hombres como mujeres sufren igualmente los papeles de género; una segunda que postula la existencia de un poder erótico femenino que sojuzga a los varones; por último la que sostiene que las mujeres usurparon el legítimo mayor poder masculino y es tarea de los hombres recuperarlo” (2002: 15). Estas posiciones claramente no tienen un enfoque de género crítico que permita ver estas diferencias como una estructura, cuyas prácticas sociales colocaron históricamente las relaciones de poder de manera desigual.

La *masculinidad* no es una categoría acabada, una revisión de cómo surge y su desarrollo nos da cuenta de cómo los fenómenos que intenta analizar e interpretar no son homogéneos y necesariamente críticos. La clasificación de estos estudios no es única³⁵.

Connell define a la *masculinidad* de una manera relacional, como “un lugar en las relaciones de género,” abarcando múltiples “prácticas a través de las cuales los hombres y las mujeres ocupan ese espacio en el género” (2003: 109). Los efectos de dichas prácticas sobre el cuerpo, el individuo y la cultura también vendrían a componer parte de la masculinidad. En adelante adoptamos esta definición.

Está constituida por formas específicas de prácticas y relaciones de género. El autor de *Masculinidades* considera al género, como hemos señalado, un ordenador de las prácticas sociales, que todas las sociedades ofrecen, pero en las cuales no siempre aparecen las nociones de masculinidad. De manera que cada sociedad construye históricamente sus modelos.

2.7 Para estudiar históricamente a la masculinidad

Connell, aunque advierte que la historia de la masculinidad no es lineal (2003: 267), señala que en los siglos fundamentalmente capitalistas, se formó un orden de género global. Advierte que el orden de género mundial no es una simple extensión de los órdenes de género Euro-Americanos, ya que los mismos procesos históricos que van de los colonialismos a la época contemporánea han aportado elementos culturales de la masculinidad que han redefinido sus concepciones, y que hoy circulan globalmente.

Se tienen que analizar las masculinidades de cada sociedad en la interacción con el orden mundial de género. Propone una definición de él: “las estructuras de relaciones que interconectan los regímenes de género de las instituciones, y los órdenes de género de las sociedades locales en un escala mundial” (1998: 7, T.P.).

La masculinidad no es algo fijo, es una forma histórica específica del orden género, occidental y moderna, que no siempre existió tal cual la conocemos hoy y no tiene porque estar condenada a permanecer. Señala que a lo mucho tiene unos cuantos cientos de años (Connell, 2003: 104) y por tanto es susceptible de ser transformada.

³⁵ Connell distingue cuatro tipos de definiciones de la masculinidad: 1) las esencialistas, 2) las normativas, 3) las semióticas, y 4) con enfoque de género. Aquí solo señalamos, por cuestiones de elección teórica a las de género, que es la de su propio planteo.

Al hablar de ésta como una construcción histórica este autor observa que se han producido distintas masculinidades, e invita no solo a reconocer esa pluralidad sino a observar las relaciones de poder muy concretas en las que se elabora.

2.8 Relaciones de poder de la masculinidad y la SMS

La forma que Connell encuentra para teorizar las relaciones de poder del orden de género es a través de los conceptos: *hegemonía*, *subordinación*, *complicidad* y *marginación*, que nos permitan entender las relaciones internas del género.

Retomando el concepto del italiano Antonio Gramsci, Connell señala que el concepto de hegemonía, en este sentido, implica la imposición de un grupo sobre otro, y define *la masculinidad hegemónica* como una práctica de género impuesta en un momento histórico específico, “[...] lo que garantiza (o se considera que garantiza) la posición dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres” (Connell, 2003: 117).

Este autor (2003 [1995]) sostiene que la *masculinidad hegemónica* no se refleja concretamente en algún grupo de varones específicos, como los actores de películas, sino que depende de factores históricos muy concretos, así como de la clase o etnia. En otro artículo (1998), establece con mucho más detenimiento una hipótesis sobre los que vendrían a ser actualmente los portadores institucionales de, lo que denomina, *masculinidad hegemónica*, éstos serían: *los ejecutivos de negocios*³⁶.

Para el sociólogo la hegemonía se relaciona con un todo social y cultural, en la cual se establecen relaciones de dominación y *subordinación* específicas, y concretamente entre los grupos de hombres. Ejemplifica estas relaciones de *subordinación* con la que considera una las más comunes en el mundo Euro-Americano contemporáneo: la que se establece entre varones heterosexuales y las de varones con SMS. Estas relaciones entre varones, que se estructuran con base en el género, establecerían *masculinidades heterosexuales* y *masculinidades homosexuales*, o dicho de otra forma y por extensión; masculinidades hegemónicas y *subordinadas*³⁷.

³⁶ No hay que olvidar que Connell formula a la masculinidad hegemónica como una cuestión histórica. Para él los grandes hitos históricos sociales como el Renacimiento, la Reforma, la Revolución Industrial, la Urbanización, el Capitalismo conformaron órdenes y regímenes de género específicos. A finales del siglo XX estaríamos presenciando esta masculinidad en un grupo de varones ejecutivos de negocios.

³⁷ Hay que aclarar que lo que el autor de *Masculinidades* llama masculinidad homosexual, no es la única de las subordinadas, en estas se encuentran otros hombres y niños heterosexuales.

Además de las anteriores reconoce otras dos relaciones internas de género, que son la complicidad, y la marginación. Las masculinidades cómplices serían aquellas que comparten los beneficios del orden de género dominante, un proceso del cual los varones que forman parte de él no necesariamente están conscientes. Las marginadas las asocia con la etnia.

De manera que habría masculinidades hegemónicas, cómplices, subordinadas, marginadas, y advierte que no se tratan de tipos de carácter fijo, sino “[...] configuraciones de la práctica generadas en situaciones particulares y en una estructura de relaciones mutable” (Connell, 2003: 122). Finalmente mediante estos términos quiere explicar el proceso dinámico e histórico de la masculinidad.

El concepto de masculinidad hegemónica ha sido criticado por Minello (2001), quien señala la imprecisión del término hegemonía, en su lugar prefiere utilizar el término *masculinidad dominante*, y aclara:

Esta dominación puede ser (es) el fin último, pero la hegemonía se ejerce sobre las otras modalidades de masculinidad. Considero que en términos teóricos y mirando a la sociedad como un todo complejo y contradictorio, habrá una masculinidad hegemónica, y relaciones jerárquicas con otras masculinidades, por definición subordinadas. En el análisis político se ha hablado de sub-hegemonías, un término que podría quizás emplearse (Minello, 2001: 173).

Para los fines de esta tesis, siguiendo a Minello, preferimos hablar de *masculinidad dominante* (2001), porque nos permite reconocer las subordinaciones de las que habla Connell pero también de las resistencias contra-hegemónicas que se tejen alrededor de ellas. Así también porque nos posibilita reconocer un fenómeno en el que las llamadas *masculinidades subordinadas* puede reproducir nociones dominantes de la sexualidad; el dominado aprende el lenguaje del dominador para hablar de un proverbio conocido. Veamos esto con más calma.

2.9 La masculinidad dominante y la SMS

El nuevo orden de género que surgió del capitalismo centró la distinción más importante entre masculinidades por cuanto a la sexualidad (2000: 102). Desde Foucault a la llamada *teoría queer*, la distinción homo-heterosexual ha sido denunciada como una dicotomía que encierra relaciones de poder, relaciones desiguales entre los géneros, una

obtusa y reducida forma de pensar las relaciones, las prácticas sexuales, los deseos, el erotismo.

La SMS como práctica sexual y las relaciones de género que ahí se establecen están históricamente subordinadas y estigmatizadas. “Ser hombre” en la concepción de *masculinidad dominante* significa ser heterosexual, por lo que en esta lógica los varones con SMS “no lo son”.

El “ser hombre” hoy día tiene más incertidumbres que certezas; “ser hombre” se ha convertido en una gran pregunta, si antes se daba por sentado o por “natural” lo que era ser “hombre” ahora se cuestiona, debido a una cantidad de procesos sociales entre los que se encuentran los movimientos sociales como los feministas y el lésbico gay. Los varones se han interrogado por su masculinidad, por su significación, por cómo la ejercen, por qué tipo de relaciones de género establecen. El hecho de que en los ochenta, por ejemplo, los varones gay reivindicaran una masculinización³⁸ vino a poner en duda una serie de nociones de la masculinidad dominante.

La irrupción del movimiento lésbico gay a nivel global y local (pensando en México), en los setenta y ochenta, vendría a desafiar y cuestionar las representaciones sobre los varones con SMS, mismos que colocaban al “homosexual” en el imaginario colectivo como “afeminado”. En los ochenta el movimiento lésbico-gay no solo reivindicó el derecho a ejercer sin subordinación, ni violencia una sexualidad distinta a la establecida, se reivindicó un tipo de orden de género distinto, un ejemplo de ello es la irrupción de varones con SMS *hipermasculinizados*, esto es, varones que exaltaban una versión exagerada de la masculinidad hegemónica.

Hemos señalado en el párrafo anterior cómo los varones gays, en tanto identidad colectiva, surgen a finales de los ochenta del siglo XX y utilizan la hipermasculinización como un mecanismo de defensa y resistencia ante la descalificación de la masculinidad dominante. Es decir utilizan ciertos cánones en términos corporales de lo que socialmente se concibe como masculino.

Esto ha traído algunos cambios en el ejercicio de la masculinidad, pero al mismo tiempo ha manifestado permanencias en otros aspectos. Algunos varones con SMS, de

³⁸ Entendida esta como una defensa de las representaciones públicas dominantes de la masculinidad, más adelante veremos como entre ellas, la noción del cuerpo es fundamental para definir las.

acuerdo a nuestras dudas, estarían reproduciendo y reforzando un modelo de *masculinidad dominante* más que rompiendo con él. Ahora bien, hay ciertas rupturas con el orden de género, que ubicaremos en el último capítulo.

Hasta aquí hemos ido trazando algunas conexiones entre la identidad, relaciones de género, masculinidad y la sexualidad del mismo sexo. El siguiente capítulo explora algunas discusiones teóricas de la sexualidad que pueden ser releídas en los términos expuestos en el presente capítulo.

Capítulo 3

Sexualidad: crónica de una categoría anunciada

3.1 Orígenes de las categorías sexuales occidentales

Hoy en día, en nuestras realidades occidentales, es posible hacer referencia a conceptos y prácticas tales como: encuentros sexuales, preferencias sexuales, juguetes sexuales, sexo seguro, SMS, sexo protegido, orientación sexual, sexo premarital, iniciación sexual, primera relación sexual, enfermedades de transmisión sexual, etc. Semejante desfile de palabras no siempre pudieron pronunciarse ni pensarse, debido a una cantidad de factores históricos; muchas de ellas ni siquiera existían.

Jeffrey Weeks nos recuerda la genealogía de la palabra 'sexo', cuyo significado ha ido cambiando:

El primer uso del término 'sexo' en el siglo XVI se refería precisamente a la división de la humanidad en el sector masculino y el sector femenino (es decir, diferencias de género). Sin embargo, hoy en día el significado dominante y usual desde principios del siglo XIX se refiere a las relaciones físicas entre los sexos, a 'tener sexo'. La extensión de los significados de estas palabras indica un cambio en la manera como se entiende a la 'sexualidad' (el sustantivo abstracto que se refiere a la calidad de ser 'sexual') en nuestra cultura (1998: 17).

Hija de la biología, la palabra "sexualidad" existía en la jerga técnica de la biología y zoología, en 1800, pero sólo hacia el final del siglo fue usada con el significado que le otorga el Oxford English Dictionary: "la cualidad de ser sexuado o tener sexo".

En el diccionario de la Real Academia Española (RAE) podemos observar que el término es empleado hasta principios del siglo XX como "conjunto de condiciones anatómicas y fisiológicas que caracterizan a cada sexo"³⁹. Esta definición sigue muy de cerca la acepción biológica, pero es a principios de los ochenta de siglo XX que la RAE acuña una nueva; el de "*apetito sexual, propensión al placer carnal*"⁴⁰.

³⁹ Diccionario de la lengua castellana por la Real Academia Española. Decimocuarta edición. Madrid. Imprenta de los sucesores de Hernando. 1914, p. 938. Reproducido a partir del ejemplar de la Biblioteca de la Real Academia Española en internet Nuevo Tesoro Lexicográfico de la lengua Española, <http://buscon.rae.es/ntlle/SrvltGUIMenuNtllle?cmd=Lema&sec=1.0.0.0.0>.

⁴⁰ Diccionario de la Real Academia Española, Vigésima edición. Madrid. Espasa-Calpe. 1984, p. 1241. Reproducido a partir del ejemplar de la Biblioteca de la Real Academia Española en internet. Nuevo Tesoro

En suma, por lo que a la semántica se refiere, es elocuente que, como nos lo recuerda Nelson Minello (1998), el vocablo sexualidad solo aparece en algunos diccionarios durante el siglo XIX. Y solo desde mediados de ese siglo, emergió la idea obsesiva de la sexualidad que, como veremos más adelante, se convirtió ineluctablemente en un *objeto de estudio científico*, en una *ciencia del sexo*.

3.1.1 La empresa moderna de la ‘*Scientia sexualis*’

Definir y tener una idea de lo que es la sexualidad humana es parte de una empresa que comienza en la modernidad. La sexualidad es un invento relativamente reciente, occidental y “moderno” (Foucault, 2000, Giddens, 2000); nace en la cuna del capitalista siglo XIX, y desde finales de aquél disciplinas como la medicina, la antropología, el psicoanálisis y la psiquiatría la han estudiado bajo una lupa escudriñadora, de la cual no siempre fue objeto.

La sexualidad nace en la incubadora de la ciencia, lo marcadamente novedoso en su estudio y conocimiento es su perspectiva “clínica”, lo que Foucault bautiza como “*Scientia sexualis*”. Ésta se contrapone con la construcción social de otros imaginarios de placer, como la *ars erótica*, que se cultivó principalmente en Oriente, y del cual hay muy pocos registros escritos.

La *ars erótica* en Oriente es tan antigua como el Kamasutra o “*Aforismos sobre el amor*”⁴¹, sin embargo este saber debe permanecer en secreto, “ya que según la tradición perdería su eficacia y su virtud si fuera divulgado” (Foucault, 2000: 72). De ahí la escasez de fuentes.

Los “estudios científicos” sobre la sexualidad de finales del siglo XIX y principios del XX produjeron conocimiento que nunca estuvo fuera del poder⁴². Para este autor el

Lexicográfico de la lengua Española,
<http://buscon.rae.es/ntlle/SrvltGUIMenuNtllle?cmd=Lema&sec=1.0.0.0.0>.

Sería interesante ver por qué tanto tiempo la definición de sexualidad de la RAE solo reconocía una diferencia de tipo biológico, y cómo no es sino hasta vigésima edición donde introduce una nueva acepción; la de placer. En esta tesis nos limitamos a señalar lo indicativo que representa, en términos históricos, que el vocablo sexualidad haya aparecido a finales del siglo XIX.

⁴¹ Cuyo origen puede ubicarse entre los siglos I y VI.D.C.

⁴² Es verdaderamente interesante y revelador que Foucault ubique a la producción del conocimiento enmarcada en relaciones de poder, que deseche la idea de una neutralidad valorativa, una ‘historia política de la verdad’, afirma, debería mostrar “[...] que la verdad no es libre por naturaleza, ni siervo por error, sino que su producción está toda entera atravesada por relaciones de poder. La confesión es un ejemplo” (2000 [1976]: 76)

conocimiento “científico” de la sexualidad, que va del siglo XIX hasta Freud (principios del siglo XX), es “sospechoso” de ser científico⁴³.

3.1.2 El psicoanálisis

En esta revisión de la teorización de la sexualidad, es imposible ignorar al psicoanálisis durante el siglo XX. La obra de su fundador, Sigmund Freud, ha tenido y tiene una amplia interpretación, por lo que, como señala Jeffrey Weeks, “es extremadamente riesgoso tratar de describir al ‘verdadero Freud’ (1998: 64)⁴⁴.

Si bien el padre del psicoanálisis, y la sexología del siglo XIX, de la cual es heredero, “construyeron un modelo unitario de sexualidad del cual ha sido difícil escapar...” (Weeks, 1998: 76), también posibilitó uno de los cuestionamientos más profundos e importantes del siglo, muchas teorías sociológicas sobre la sexualidad tienen en el psicoanálisis una referencia obligatoria, para criticarlo, debatirlo o rescatarlo.

Las relecturas del psicoanálisis señalan que este autor consideraba a la sexualidad como un fenómeno de orden social antes que personal, pero en los propios escritos de él hay una ambigüedad entre la sexualidad vista como impulsos biológicos y como un fenómeno social. Esta tensión conceptual es rescatada por las relecturas, pero no por el propio Freud. En su enfoque la sexualidad comienza desde la infancia, etapa que considera central, , en ella se dirimen cuestiones fundamentales de la sexualidad en la vida adulta.

Esta perspectiva corre el riesgo de tomar como universales categorías, que posiblemente no tengan la misma validez en otros contextos sociales. En su tiempo los antropólogos Bronislaw Malinowski y Margaret Mead, como mucha literatura influida por estos autores, interpellaron al psicoanálisis, le criticaron que soslayara las diferencias culturales y las significaciones históricas concretas sobre la sexualidad, señalando que sus categorías era transhistóricas y transculturales, es decir que iban más allá de la historia y de una cultura identificable. Los estudios de Freud sobre la sexualidad dejaron de lado el análisis de la sexualidad femenina, y si bien se llegó a interesarse en *ese mar profundo y desconocido* -tal cual llamaba-, sus modelos analíticos resultaron ser androcéntricos.

⁴³ Aclara: “al menos hasta Freud, el discurso sobre el sexo –el discurso de científicos y teóricos- no habría cesado de ocultar aquello de lo que hablaba” (2000: 67).

3.1.3 La sexualidad en las ciencias sociales en el s. XIX y principios del XX

Los estudios y análisis desde las ciencias sociales son muy recientes. Los clásicos de la sociología Weber, Durkheim, Marx no tomaron en cuenta la sexualidad, a pesar de que en el siglo XVIII al XIX hay luchas públicas centradas en la esfera del cuerpo, el deseo, el placer y no obstante la existencia de una gran cantidad de publicaciones sobre el tema. Seidman⁴⁵ afirma que “es difícilmente sorprendente que los clásicos nunca examinaran la formación social de los regímenes de cuerpo y las sexualidades” (2002, 229, T.P.).

En otro sentido la feminista Rosalind Coward (citada por Weeks, 1993: 165) ha señalado que estudiosos sociales, como Herbert Spencer, Karl Marx, Friedrich Engels y Emile Durkheim, vieron en las relaciones sexuales un campo crucial para la comprensión de la sociedad; sin embargo no hay indicios claros que a estos autores les haya interesado la sexualidad o el género como objeto de estudio, cuestión que si ocurrió con la antropología.

Podemos señalar que son dos los antropólogos fuertemente influyentes en el tema: Bronislaw Malinowski y Margaret Mead. El primero con sus estudios en las tribus de las islas Trobriand, archipiélago de coral situado al noroeste de Nueva Guinea afirmaba que la sexualidad era una cuestión más cultural que personal, y pese a que su trabajo ha sido fuertemente criticado por su etnocentrismo y androcentrismo, a la fecha es una de las obras paradigmáticas (Dávalos y Rojas, 2000).

El otro ejemplo es el de Mead que en su texto *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa* (1928), estudio comparativo de las jóvenes de Samoa y de Estados Unidos, llegaba a conclusiones que desafiaban la presunta universalidad de la categoría occidental de la sexualidad.

Ambos antropólogos estaban discutiendo las nociones occidentales de la sexualidad desarrolladas desde las teorías médicas y concretamente estaban debatiendo con el, ya para entonces, prominente psicoanálisis.

⁴⁴ Discutir la obra de Freud por lo que a sexualidad se refiere, implicaría un estudio amplio, que nos desvía del propósito original de esta tesis. Por razones de delimitación conceptual, solo nos limitamos a señalar la importancia que tiene al cuestionamiento de la sexología.

⁴⁵ Este autor refiere que George Simmel escribió muchos ensayos de sexualidad humana, él argumentaba que los hombres y las mujeres eran diferentes en forma básicas. Hablaba de “bases transitorias de la diferencia sexual” (2002: 228, T.P.).

3.1.4 El freudo-marxismo

El freudo-marxismo es una tendencia intelectual que, como su nombre lo indica rescata dos enfoques teóricos considerados antagónicos: el marxismo y el psicoanálisis; estructura y sujeto intentan unirse en esta formación teórica. Surge desde principios de los años veinte del siglo XX, pero empieza a consolidarse hacia los cuarenta; entre sus principales teóricos se encuentran Herbert Marcuse, vinculado con la llamada Escuela de Frankfort y Wilhelm Reich.

Reich rescataba del marxismo la importancia que representaba para la toma de conciencia de la economía y la explotación capitalista, y del psicoanálisis la idea de represión social del sexo. Para este autor la combinación de ambos modelos teóricos tenían que encontrar un punto medio, que él ubicaba en la familia. Ésta era una institución sobre la que se apoyaba el orden político y económico de la sociedad en turno. La familia era un producto de las fuerzas económicas y sociales, que promovía un esquema dominante en el que se alentaba la autoridad del padre y se desaprobaba la sexualidad.

El tema central del trabajo de Reich era *la teoría del orgasmo*, según la cual la libido sexual tendría que descargarse para lograr una liberación individual y social. Si se destruía a las instituciones sociales represoras de la sexualidad, que Reich consideraba *natural y espontánea*, se sentarían las bases para una sociedad mejor.

Marcuse siguió a Reich en muchos de sus planteamientos pero se distanció de él en otros sentidos. Mientras que en la teoría del segundo “había una mujer y un hombre ‘normal’ cuyos impulsos sexuales eran básicamente heterosexuales y genitales y esencialmente complementarios” (Weeks, 1993: 263). El primero sostenía que la libre expresión de la sexualidad era un requisito para la civilización, y en ella contemplaba una diversidad de sexualidad que no se limitaba a la heterosexual (Weeks, 1993: 268).

Una de las tesis básicas de Marcuse era que las sociedades capitalistas inducían la represión sexual porque en sus mecanismos de producción y modelos laborales la sexualidad era postergada en aras de la gratificación laboral. El trabajo no constituía un placer, sino una rutina.

La liberación sexual en ambos autores tenía que ver consecuentemente con su lucha contra el modelo capitalista y la consecución del socialismo, donde la represión sexual tendería a desaparecer. Ambos autores expusieron visiones diferentes de lo que es la

sexualidad, pero la concebían como un impulso biológico, algo que los individuos *traen consigo* y que la sociedad capitalista se encarga de reprimir. Ésta para ellos, sostiene Weeks, “no se configura dentro de la historia, sino fuera y más allá de ella, independientemente de sus formas contingentes” (1993: 271 y 272).

Ninguno de los *freudo-marxistas* está particularmente preocupado por el debate de la sexualidad femenina, y el riesgo que se corre con ello es caer en la suposición de que ésta se significa y experimenta de la misma forma social e individualmente tanto en mujeres como en varones.

Ubican causalmente la represión de la sexualidad en una estructura social de tipo “macro”, estableciendo una visión un poco maniquea y sesgada. En este sentido Weeks señala:

En su búsqueda de una teoría totalizante, en la que lo social y lo sexual son vistos como manifestaciones diferenciadas de un proceso único de represión, se pierden de forma irreparable las especificidades que presenta la regulación del sexo. En este discurso, Freud y Marx son incómodos compañeros de cama y en detrimento de ambos (Weeks, 1993: 274).

Para Foucault, el psicoanálisis y sus herederos como Reich, no aportan nuevo conocimiento a su estudio e indica que “[...] el sexo y sus efectos quizá no sean fáciles de descifrar; su represión, en cambio, así restituida, es fácilmente analizable” (2000: 12).

El autor de *Microfísica del poder* cuestiona que la represión de la sexualidad sea exclusiva de la burguesía y del desarrollo del capitalismo⁴⁶, y más aún pone en tela de juicio la idea de que sea reprimida. No puede haber una sexualidad reprimida porque eso supondría considerar que ésta preexiste al discurso que se apoderaba de ella para prohibirla. Lo que este autor cuestiona es la presunta *transhistoricidad* en el análisis de los modelos freudomarxistas, y para ello antepone su noción de relaciones de poder⁴⁷.

El freudomarxismo tuvo un impacto en los llamados *movimientos de liberación sexual* durante los sesenta, e influyó notablemente en los colectivos de lesbianas y gays en

⁴⁶ En este mismo sentido se inscribe el historiador Jeffrey Weeks que en su libro *Sex, politics, and society: the regulation of sexuality since 1800* (1981, sin traducción al español) concluía que *la historia del capitalismo no es la historia de la sexualidad*. Esto particularmente lo señala en la introducción a su libro *El malestar de la sexualidad* (1993 [1985]).

⁴⁷ Con lo que nos aclara que el poder no es algo esencial, ahistórico, único que siempre este ahí presente, sin cambio. Es justamente esto lo que critica de la perspectiva de represión; su inmovilidad histórica. El poder es tanto un producto histórico, que Foucault critica las perspectivas teóricas para pensarlo.

Europa y Estados Unidos, así como en teóricos-militantes de la homosexualidad como el italiano Mario Mieli y el francés Guy Hocquenghem⁴⁸.

De esta perspectiva teórica podemos rescatar la importancia que le otorga a la sexualidad como un elemento susceptible de ser transformado y cambiado, mediante una transformación social más amplia, en otras palabras, la politización que hacen de la sexualidad como un tema de la arena política, de los movimientos sociales.

3.1.5 La sociología de la posguerra

La incipiente sociología norteamericana (Park, Cooley, Thomas) tuvo muy poco que decir acerca de la sexualidad (Seidman, 2002, Stein, 1989). Una *sociología de la sexualidad* surgió en los EE.UU. en la segunda guerra mundial. Los primeros enfoques estudiaron cuestiones como sexo premarital, marital y extramarital, mucha de esta literatura estaba preocupada por lo que etiquetaba como sexualidades “desviadas”, como la prostitución, la pornografía y de manera más abundante la homosexualidad.

El estructural funcionalismo de Talcott Parsons otorgó una fuerte importancia a las estructuras, concretamente a las instituciones sociales - especialmente la familia y la religión-, como generadoras de normas específicas sobre la sexualidad, la enfocaba como una cuestión interpersonal, que no trascendía el ámbito del individuo.

3.1.6 Kinsey

Guasch sostiene que los trabajos de Alfred Kinsey “permiten reivindicar para la Ciencias Sociales investigaciones que en, principio, quedarían al margen de la misma” (2003: 14), en tanto utiliza técnicas de investigación cualitativas y cuantitativas. Este autor de formación biólogo publicó en 1948 *La conducta sexual en el hombre*, un elocuente informe sobre la sexualidad humana donde mostraba una amplia diversidad de prácticas sexuales de varones estadounidenses.

La pesquisa abarcó población en general en un momento en que la *sociología de la desviación* era frecuente. Entre sus conclusiones cabe destacar la masturbación como práctica generalizada de los varones, y el establecimiento de un *continuum*, es decir de una escala de 0 a 6 que en sus extremos se hallaban personas exclusivamente heterosexuales y

⁴⁸ Autores que influyeron en el movimiento Lésbico Homosexual en México.

homosexuales respectivamente. Kinsey, al afirmar, que 37 % de los varones de ese país tuvieron una relación homosexual que concluía en orgasmo, mostró que la SMS era una práctica generalizada, más allá de las identidades derivadas de ésta⁴⁹.

3.1.7 Interaccionismo simbólico

El llamado interaccionismo simbólico⁵⁰ puso mayor interés y amplitud al tema de sexualidad, pues describió y teorizó el proceso por el cual los significados sexuales son negociados a través de la interacción. Para ellos la sexualidad es un producto de las fuerzas sociales, “formadas a través de las influencias públicas cotidianamente, es parte de un largo aprendizaje de vida” (Stein, 1989: 6, T.P.).

Cuando se piensa en esta línea de investigación, en cuanto a sexualidad se refiere, sobresale el trabajo de John H. Gagnon y William Simon, dos antiguos colaboradores cercanos del Instituto Kinsey. Estos autores después de haber estado asociados e inspirados en el trabajo de éste, cambiaron a las posturas interaccionistas de los estudios de sexualidad (Stein, 1989: 6, T.P.).

En términos generales se le ha criticado al interaccionismo simbólico limitarse a los fenómenos de inmediatez interpersonal, y que ignore las cuestiones relativas al poder y a la dominación y en ese mismo sentido se han manifestado críticas aplicables en términos de sexualidad (Stein, 1989, T.P.), aunque también hay sociólogos que señalan que son críticas infundadas (Joas, 1990).

3.1.8 La aparición de la Historia de la Sexualidad de Foucault

Sin duda uno de los mejores análisis de la sexualidad, desde una perspectiva social y sociológica sigue siendo el de Michel Foucault, y aunque le preceden sobresalientes trabajos en las ciencias sociales del tema de la sexualidad, como los ya mencionados Mead y Malinowski en la década de 1920, o los análisis sociológicos estadounidenses de Mary

⁴⁹ En 1953 publicó *La conducta sexual de la mujer*. Continuó con el trabajo de éste Master y Johnson (1966) cuyo trabajo tuvo una perspectiva clínica. Estos autores prosiguieron en la investigación de la sexualidad femenina.

⁵⁰ Se conoce como interaccionismo simbólico a la línea de investigación sociológica, cuyo “principal objeto de estudio son los procesos de interacción –acción social que se caracteriza por una orientación inmediatamente recíproca-, y las investigaciones de estos procesos se basan en un particular concepto de interacción que subraya el carácter simbólico de la acción social” (Joas, 1990: 114-115). El interaccionismo

MacIntosh (1968) y de Gagnon y Simon (1973), es hoy por hoy, uno de los trabajos de más peso en el tema.

Éste es un trabajo histórico de grandes alcances cronológicos, hay que recordar que presenta *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*, al final de los setenta como un proyecto ambicioso de “Historia” -así en mayúsculas- que intentaba reconstruir el pasado occidental de la sexualidad.

Investigó en los orígenes históricos más profundos de la sexualidad, en su gestación; la del siglo XVII. Señaló acertadamente que la sexualidad se fue construyendo a partir de una serie de discursos que tienen sus orígenes en la vieja técnica disciplinaria de la confesión católica (práctica que solo se aplicaba a una reducida élite hasta la Contrarreforma, que promovió su extensión y difusión).

Es concretamente la confesión, como forma de producción de los discursos, como práctica histórica de producción de conocimiento sobre el sexo, lo que habilita a la “*sciencia sexualis*”, con la ayuda de un gran aparato o “dispositivo”, a producir otro discurso; el de la sexualidad. En *La voluntad de saber*, publicado en 1976, señala que:

[...] desde hace casi ciento cincuenta años, está montado un dispositivo complejo para producir sobre el sexo discursos verdaderos: un dispositivo que atraviesa ampliamente la historia puesto que conecta la vieja orden de confesar con los métodos de la escucha clínica, y fue a través de ese dispositivo como, a modo de verdad del sexo y sus placeres, pudo aparecer algo como la ‘sexualidad’ (2000 [1977]: 85-86).

En resumen, el fenómeno que conocemos como sexualidad no tiene más de 200 años en nuestras sociedades occidentales. El siglo XIX da cuenta del nacimiento de ese nuevo fenómeno llamado sexualidad, que a la par de ser estudiada va creando nuevos discursos y “verdades” sobre el sexo.

El primer tomo de *Historia de la sexualidad* vino a proporcionar un marco teórico conceptual para pensar la sexualidad como un fenómeno social. Colocó la discusión en el terreno de la historia y los mecanismos de poder, y acusó a la medicina de ser un dispositivo (de poder), que controla y norma, y en cierta medida reprime⁵¹ la sexualidad.

no es homogéneo, ya que hay una cantidad de trabajos empíricos disímiles, pero si se ha intentado agruparlo como un conjunto de obra teórica (ver Joas, 1990).

⁵¹ La cuestión de la represión en la *Historia de la sexualidad* es un problema central, tanto que la descarta como un eje de análisis para explicar a la sexualidad como fenómeno social. No niega la represión de la

Es una gran reflexión teórica sobre el poder, las hipótesis que el autor se plantea en torno a la sexualidad lo son respecto al poder⁵², de sus mecanismos, de sus funciones, operatividad, y sus dimensiones⁵³.

En esta perspectiva los *sujetos*⁵⁴ recrean relaciones de poder y éste no solo está en las instituciones, como el Estado. Foucault hablaba en suma de una *microfísica del poder*, que era capaz de generar un discurso de resistencia. “Donde hay poder hay resistencia” llega a decir (2000: 116).

Para este autor el poder está en todos lados, y en el deseo también. El poder no es una institución, ni una estructura, y se ejerce desde varios puntos, entonces más que represión al deseo o sexualidad –sostiene- hay relaciones de poder y de dominio.

A este escritor se le ha criticado su idea omnipresente de poder, de centrarse excesivamente en el discurso y desdeñar las prácticas o agencia humanas⁵⁵, sin embargo sentó las bases para un estudio crítico de la sexualidad, donde pudiera emplearse críticamente la historicidad del término y por ende su distinta significación en otros contextos culturales y sociales. Aporta, como señalamos líneas arriba, un modelo teórico, hoy por hoy, imprescindible en el análisis sociológico de la sexualidad, pero tal cual señala

sexualidad en el siglo XVIII, en la época victoriana, señala que tras esa hipótesis que llama “represiva”, sostenida entre otros por los marxistas Herbert Marcuse y Wilhelm Reich se encuentra un dispositivo más amplio que elaboró una gran cantidad de discursos sobre sexualidad y de esta manera pudo regularla. Estos autores atribuían al capitalismo una de las fuentes de la represión de la sexualidad. El filósofo cuestiona seriamente la idea de que la represión de la sexualidad sea algo exclusivo de la burguesía y del desarrollo del capitalismo, le apuesta a la historicidad de la represión sexual, mucho más allá del capitalismo y se formula “¿por qué, durante tanto tiempo, se ha asociado sexo y pecado (pero habría que ver cómo se realizó esa asociación y cuidarse de decir global y apresuradamente que el sexo estaba ‘condenado’)” (Foucault, 2000: 16) y se inclina a pensar que más represión en la sexualidad, hay relaciones de poder y de dominio.

⁵² Define lo que es poder como un juego de relaciones de fuerzas con un campo casi autónomo, cuya interacción, enfrentamiento o lucha hace que se modifique o transforme. El poder, se podría decir es un sistema de relaciones de fuerza en constante interacción, enfrentamiento o lucha. Invita a no confundir el poder con su materialización concreta.

⁵³ Foucault señala: “reconozco gustosamente que el proyecto de esta historia de la sexualidad, o más bien de esta serie de estudios concernientes a las relaciones históricas entre el poder y el discurso sobre el sexo, es circular, en el sentido de que se trata de dos tentativas, cada una de las cuales remite a la otra” (2000: 110) Sin embargo hay que tener cuidado con esta interpretación porque más adelante refiriéndose a la definición de discurso señala: “Lo que se dice sobre el sexo no puede ser analizado como simple superficie de proyección de los mecanismos de poder” (2000: 122)

⁵⁴ La palabra ‘sujeto’ nos señala Eribon tiene dos sentidos en el francés: indica una “‘subjetividad libre, un centro de iniciativas, autor y responsable de sus actos’ y ‘un ser sujeto, sometido a una autoridad superior y, por ello, desprovisto de toda libertad, salvo de la de aceptar libremente su sumisión’” (2001: 87). En este sentido Eribon plantea la diferencia entre “sojuzgamiento” (subjetividad producida como sujeción) y subjetivación (la reinención de la subjetividad como conciencia autónoma) (2001: 199). La identidad gay se produjo en este proceso, en ese juego.

⁵⁵ Ver entre las críticas a Foucault: Dean, Carolyn, 1994, Stein, 1989.

David Halperin, para establecer la historicidad de la sexualidad es necesario más “que el mero peso de la autoridad de Foucault” (Halperin, 1989: 258, T.P.).

Si bien los trabajos teóricos y empíricos empeñados en historizar la sexualidad, hechos por antropólogos, historiadores, sociólogos han crecido, hace falta todavía más trabajo en las ciencias sociales para conocer su complejidad. El gran aporte teórico de él fue poner a la sexualidad dentro de la historia, de señalar que no es algo natural e invariable a lo largo de ella, sino resultado de lo que más tarde se debatirá como *construcción social*.

3.1.9 Debate esencialismo versus construccionismo

Si se revisa la literatura sobre sexualidad en ciencias sociales de los últimos 30 años encontrará casi inevitablemente dos tipos de paradigmas en el que se ha agrupado este debate: esencialismo versus construccionismo⁵⁶

El brillante artículo de la antropóloga Carole Vance, “Teoría de la Construcción social: problemas en la historia de la sexualidad”⁵⁷ aparecido a finales de los ochenta del siglo XX, hace un ejercicio de reflexión epistemológica de las investigaciones teóricas de la sexualidad y señala la necesidad de utilizar con “pinzas” este debate.

El esencialismo, anota Vance, toma distintas formas en estos estudios “como creencia de que la conducta sexual humana es ‘natural’, predeterminada genética, biológica, o por mecanismos psicológicos que no cambian [...]” (1998:160, T.P.), es decir, este es un modelo que presenta a la sexualidad como un fenómeno perenne e invariable a lo largo de la historia. Vance reconoce que el esencialismo fue la primera forma de pensarla y sigue siendo un paradigma vigente y dominante tanto a nivel de las ciencias, sociales o no, como de la cultura popular.

⁵⁶ Podemos observar un rasgo que comparte una buena parte de la literatura sobre género y masculinidad, y me atrevería a señalar en general que a las ciencias sociales: esencialismo versus construccionismo. La idea de construcción social es *fundante* de la sociología misma apunta De Barbieri, (1996: 67).

⁵⁷ “Social Construction Theory: Problems in the history of sexuality” (1998 [1987],T.P.). Este trabajo de Vance es parte de una ponencia que dicta en la *Internacional Scientific Conference on Gay and Lesbian Studies* en Amsterdam de 1987, la publicación que aquí tenemos aparece compilada en una antología de 1998, cuya primera edición fue en 1989, ambas publicaciones no tienen traducción al español. Hasta donde sabemos el único artículo de Vance traducido al español ha sido “La antropología redescubre la sexualidad” a finales de los noventa, en el que hace una revisión bibliográfica del tema y señala el modelo de construccionismo social como un enfoque alternativo. En él también señala las peripecias personales que tuvo que pasar para estudiar a la sexualidad, como aquella en un coloquio un grupo de feministas trataron de boicotearla por su participación incluía temas como la pornografía, de lo que concluía que incluso entre feministas el tema de la sexualidad seguía siendo un tabú.

En contraste, la perspectiva construccionista admite variaciones en el tiempo y en el espacio; por ello enfatiza la noción de que la realidad social se “construye” de una manera distinta de acuerdo a las latitudes geográficas y culturales.

El “construccionismo” en este sentido no es homogéneo, pero su popularización lo ha hecho aparecer como una perspectiva unívoca, Vance ubica distintos niveles de él, y destaca los primeros enfoques en los sesenta, esto es, los análisis culturales comparativos (*cross-cultural*), que analizaban como ciertos ritos o tabúes variaban en determinadas culturas, pero les critica que tomaran como universales las categorías de heterosexualidad y homosexualidad. A estos análisis pioneros “construccionistas” no duda de englobar como “esencialistas”.

Para Vance la categoría sexualidad es inestable porque no se puede aplicar a distintos períodos históricos y culturales. Y advierte que esta cuestión de lo que es o no sexual depende de una dimensión muy importante, la del *cuerpo*.

La perspectiva construccionista tiene sus más remotos orígenes en las investigaciones antropológicas de Malinowski y Mead. No es un modelo teórico acabado, y con frecuencia puede ser reducido a un cliché sin necesariamente saber qué estamos entendiendo por ello.

Vance ya a finales de los ochenta reflexionaba sobre el poco impacto que había tenido la perspectiva construccionista en la investigación académica, y apuntaba que no bastaba con autoetiquetarse como tal, sino que era necesario apuntar a un modelo teórico de la sexualidad lejos del “esencialismo”, y eso incluía señalar perfiles y dimensiones analíticas con los cuales pudieran trabajarse en sociedades muy concretas.

Hasta ahora hemos señalado como se ha estudiado la sexualidad en general desde su irrupción en el análisis. Ahora es momento que entremos en el debate de la *sexualidad del mismo sexo* (SMS).

3.2 Sexualidad del mismo sexo

En esta investigación preferimos el concepto SMS porque nos permite analizar *prácticas* y que la categoría homosexual no hace, debido a que se enfoca en el personaje y no en las prácticas o actos del mismo sexo.

Lo retomo de la historiadora Leila Rupp (2001) que lo emplea porque reconoce que presenta menos complicaciones históricas, que usar homosexualidad, “queer” o “gay”. El uso del término SMS ayudaría a diferenciar las significaciones que tienen los actos del mismo sexo de otros fenómenos, que pueden no ser leídos como sexuales.

La idea de SMS⁵⁸ aparece discutida a finales de la década de 1980. La antropóloga norteamericana Carole Vance, siguiendo la idea de que la sexualidad es una categoría inestable, observa que análisis como los del antropólogo Gilbert Herdt sobre la felación entre varones adultos y jóvenes de Sambia en Nueva Guinea sería más apropiado llamarlos “actos del mismo sexo” que nombrarlos “homosexuales”, y más allá señala la necesidad de cuestionar si estos “actos” tendrían que ser significados como sexuales. La investigación antropológica de Herdt señala que la ingesta de semen por parte de los jóvenes en todo caso tiene una significación ritual mediante la cual los varones llegan a ser adultos.

El término del *mismo sexo* dice Vance, “intenta describir la conducta sexual sin asumir que su significado social y afectivo es equivalente al de la sociedad contemporánea” (Vance, 1998:165, T.P.), el de homosexual intenta homogeneizar sin menoscabo del contexto social una serie de actos, prácticas y significaciones. Veamos a continuación con más detenimiento cómo surge la homosexualidad y su personaje el homosexual, así como las implicaciones que tiene en el análisis social.

3.2.1 Del pecador a la especie

No podemos afirmar plácidamente que "homosexuales siempre ha habido" porque el solo hecho de nombrarla como tal implica restringidas formas de entenderlo, gran parte de los modos actuales de pensar, entender y vivir la SMS provienen del capitalista siglo XIX, las discusiones sobre los homosexuales, los gays, o las personas con SMS, tiene sus orígenes ahí.

La noción de los homosexuales como un tipo especial de personas, como una *especie* homogénea y con ciertas características físicas propias surge en el siglo XIX en Europa cuando los médicos y psiquiatras deciden ponerle nombre a un tipo de relaciones

⁵⁸ Rupp (2001) a lo largo de su artículo no da una definición literal de *sexualidad del mismo sexo*. Ofrece un concepto global que está sustentado en la perspectiva construccionista de la sexualidad, y en la noción de que las prácticas sexuales del mismo sexo revisten diferentes significados, que varía en una gama que incluye a la homosexualidad a actos del mismo sexo que no tienen la connotación de sexuales.

que eran condenadas por el clero bajo el nombre de *sodomía*, pero que no hacían de ellas un tipo de *personaje* especial. Foucault tendió bien a resumir este proceso histórico al señalar la creación del homosexual: “el sodomita era un relapso, el homosexual es ahora una especie” (2000: 57).

Este autor diferenció entre “actos” y “personajes” homosexuales, les puso historia a esos “actos”. En esta lógica, “actos del mismo sexo” siempre hubo según se tiene registro del pasado occidental e incluso oriental, esos actos no siempre tuvieron el mismo significado, la sociedad occidental los sobresignificó convirtiéndolos progresivamente en una enfermedad.

Homosexualidad y heterosexualidad son dos caras de una misma moneda terminológica, ambos aparecen por primera vez en 1869 en dos panfletos anónimos, atribuidos a Karl Maria Kertbeny, en los que se exigía la eliminación del párrafo 175 del código penal alemán, que castigaba ese fenómeno recién bautizado como *homosexualidad*. Por otro lado el autor de *La hermenéutica del sujeto* coincide en que se puede dar como fecha de nacimiento del término homosexual ese mismo año, pero lo atribuye a la aparición de un artículo de Karl Westphal. Independientemente de quien acuña el término, lo importante es que hacia esos años hay toda una serie de trabajos psiquiátricos y médicos sobre la *inversión sexual*⁵⁹ y que más tarde recibirá aquél término que dura hasta nuestros días.

El mismo Foucault señala que hacia los años 1870 los psiquiatras comenzaron a internar a los homosexuales en manicomios, empezaron a realizar análisis médicos del tema, e intentaron “curarlos”, “en otro tiempo se les tenía por libertinos y a veces por delincuentes [...] En adelante se pasará a considerar que todos tienen un parentesco global con los locos, como *enfermos del instinto sexual*” (citado en Eribon: 2001: 263, cursivas mías).

En el curso de los años 1870-1890, se desarrollaron toda una serie de trabajos médicos sobre la ‘inversión sexual’, principalmente en Francia y en Alemania, pero el gran debate sobre ella comienza en los veinte años siguientes. Weeks ha señalado que tan solo

⁵⁹ Es necesario recordar que categorías como “inversión sexual” precede a la de homosexualidad (Weeks, 1993; Foucault, 2000). Los estudios médicos sobre la *inversión sexual* proliferaron por lo menos veinte años antes de la aparición del término “homosexual”; las teorías médicas sobre la inversión estuvieron

“entre 1898 y 1908 aparecieron más de mil publicaciones sobre el tema de la homosexualidad” (1993: 118).

El escritor de *El orden del discurso* apunta que cuando aparece el término de homosexualidad no se refiere a un tipo de relaciones sexuales específicas, enuncia más bien un tipo de persona que la medicina del sexo se irá encargando de refinar en las figuras como las del *invertido*, *el tercer sexo*, *almas masculinas en cuerpos femeninos o viceversa*. Género y sexualidad se mezclan y confunden en este modelo decimonónico para entender la SMS.

La homosexualidad se convierte en una abstracción digna de ser estudiada, cuya realidad social cabe en camisas de fuerza psiquiátricas, realidad que existe antes del siglo XIX, que se piensa y se vive de una forma distinta, como *pecado*, como *delito*.

Entre finales del siglo XIX y principios del XX también se sentaron las bases para la formación de una subjetividad entre personas con SMS. En la medida en que la medicina del sexo encasilló en un orden social a las personas con SMS, también hizo posible la creación de una *subjetivación* propia y distinta a la sexología, hubo resistencias. En este sentido, en varias entrevistas publicadas poco después del primer volumen de *Historia de la sexualidad* su autor afirma: “[...] Han querido aprisionar a la gente en ese concepto de homosexualidad y, con toda naturalidad, la gente ha dado la vuelta al arma. Lo hizo Gide, lo hizo Oscar Wilde, lo hizo Magnus Hirschfeld, etc.” (citado en Eribon, 2001: 393).

Foucault pensaba que la creación de una literatura “homosexual”, diferente a la de los relatos libertinos o “escandalosos”⁶⁰, a finales del siglo XIX, como la del irlandés Oscar Wilde o el francés André Guide era una reacción al discurso de la *Scientia sexualis*.

3.2.2 Los griegos contra los psiquiatras

Para Didier Eribon (2001) hay por lo menos dos visiones separadas y opuestas en las cuales se forma la fisonomía de la ‘homosexualidad’ tal como la conocemos hoy día: la “literatura homosexual” y la medicina del sexo. La primera:

estrechamente relacionadas con la noción en turno de lo que significaba ser hombre o mujer, los invertidos eran femeninos o las invertidas con rasgos masculinos.

⁶⁰ Foucault para ejemplificar las *técnicas de la confesión* (instauradas desde el siglo XVII) y la idea de que al sexo lejos de reprimirlo se le conminó a *hablar* señala que la literatura “escandalosa” del marqués de Sade es un ejemplo de cómo este mecanismos de poder de la sexualidad se introyectaron en lo sujetos hasta llegar a

[...] lo que pretendía cuestionar, más bien, era el orden moral y religioso de la Inglaterra victoriana, no las categorías del discurso médico, del que lo ignoraban más o menos todo en el momento en que se elaboraban sus proyectos en los colegios de Oxford. Su adversario es la moral cristiana, la idea del ‘vicio que no se puede nombrar entre cristianos’, del ‘pecado contra natura’. A esto oponen la libertad pagana de los griegos y su culto a la belleza, la grandeza de sus logros artísticos (264).

La creación del personaje “homosexual” no puede remitirse sólo a la medicina. El autor de *Reflexiones sobre la cuestión gay* ha señalado que previo a los modelos de explicación psiquiátrica sobre lo que llamarán “homosexualidad” comenzó un movimiento a mediados del siglo XIX de poetas, escritores y artistas que enalteció y justificó las relaciones entre personas del mismo sexo.

Este movimiento literario y artístico empezó a formarse en la universidad de Oxford, Inglaterra. La Grecia antigua sirvió de modelo cultural a través del cual las relaciones del mismo sexo pudieron legitimarse. El alcance de este discurso literario de resistencia se puede ubicar muy concretamente en un sector letrado y de élite. Éste permitió ser un espejo imprescindible a aquellos *pecadores* solitarios, les ofrecía la mirada de sí mismos y esto a su vez sirvió para la creación de una conciencia e identidad colectivas⁶¹. Ayudó “a numerosos homosexuales a adoptar públicamente toda una serie de *modales* y *gestos, gustos y referencias*, un ‘*papel*’, en suma, cuya asunción les permitía expresar su ‘sexualidad’ y su personalidad (2001: 244, cursivas mías).

Estos gestos y modales, ese *dandismo*⁶², representaron una protesta contra la *masculinidad* de las clases dirigentes de la época; sirvió como recurso de resistencia, a un reducido círculo de “homosexuales” ilustrados de la época.

ser unos sujetos *confesantes*. Al lado del de Sade, otro ejemplo de literatura libertina que Foucault cita es el de un autor anónimo del libro *Mi vida secreta*.

⁶¹ Para Eribon el *caso Wilde* tuvo una amplia repercusión en Europa, porque hizo tomar entre las personas con SMS conciencia de no estar solos, al menos en la parte ilustrada e intelectual. El caso sacó: “la homosexualidad a la luz pública, la hizo visible. Hacia 1895 el escritor irlandés Oscar Wilde pierde la demanda por *injuria* que interpone ante el padre de su amante Alfred Douglas, quien lo había acusado públicamente de *sodomita*, Wilde es condenado a dos años de cárcel por el delito de “grave inmoralidad”. Su nombre fue prominente en cuanto escritor que reivindicaba una pureza de amor griego, Eribon nos invita a no olvidar que este escritor irlandés era solo una figura de un vasto movimiento literario y artístico. Eribon señala que procesos como éstos del final del siglo XIX y el principio del XX fueron momentos clave en la formación de una conciencia personal y una conciencia colectiva de los homosexuales”.

⁶² Eribon señala que el escritor Oscar Wilde, figura arquetípica del *dandy* “tenía modales afeminados, y al parecer los cultivaba adrede como parte integrante del ‘esteticismo’ que quería encarnar” (Eribon, 2001: 243).

Eribon apunta la carencia de fuentes para conocer sobre los “homosexuales” de clases populares de la época, sin embargo sugiere que las representaciones que tenían estos de sí mismos y de sus “actos” no difería mucho de los de la élite, y supone que estas representaciones eran compartidas en los espacios que frecuentaban, esto es, lugares que permitían la convivencia de distintas clases. Este autor se pregunta: “¿Qué pensaban los soldados y los obreros que bebían, pasaban tardes en tabernas y se acostaban con intelectuales?” (2001: 284).

Es posible que compartieran identidades como la del homosexual, pero que también las cuestionaran. Si bien la literatura “homosexual” le precedió a la sexológica ésta terminó por cuestionar severamente a la psiquiatría. John Adington Symonds, uno de los precursores de esta literatura y partidario del “amor viril” escribirá: “‘la teoría de la morbilidad’ [...] es más humana pero no menos falsa que la del vicio o el pecado” (citado en Eribon, 2001: 265).

Eribon sostiene que estos autores de finales del siglo XIX y principios del XX reaccionó gradualmente frente al término homosexual, resistiéndose a ser nombrados de esa forma. Y si bien poco a poco fueron incorporando terminologías médicas, lo hacían con la particularidad de hablar desde ellos mismos.

Para este autor la invención del personaje homosexual cobra forma con otros discursos que ya prevalecían en la cultura popular, y para ello señala los archivos judiciales que dan cuenta de la existencia de una serie de representaciones propias y exteriores del orden social sobre los *mollies* (*molly* era el nombre inglés para ‘sodomita’ en aquella época) Y señala:

Para convencerse basta con leer las muestras de la literatura policial, judicial o médica (mucho antes de Westphal) que proliferaron desde comienzos del siglo XIX (e incluso en el XVII) a propósito de los ‘pederastas’, las ‘nenas’, etc. Vemos, en efecto, que la existencia de lugares de trato social, y la represión que se abate sobre ellos, brinda a los policías, magistrados y médicos la oportunidad de expresar sus puntos de vista (Eribon, 2001: 396).

Agrega que de creer a los informes de la policía y los artículos de los periódicos publicados cuando estallaba un escándalo, había una cultura que se caracterizaba por un conjunto complejo de *costumbres, convenciones, rituales*, “lo que más chocaba a los observadores de la época era el travestismo y el afeminamiento a menudo extravagante

que allí había: ropa, maneras, poses, lenguajes, bromas, una feminidad teatralizada caracterizaba casi siempre esas veladas y muchas veces era incluso uno de sus rasgos distintivos” (2001: 285-286)⁶³.

Si bien este autor se concentra en algunos ejemplos de Inglaterra, señala que este tipo de caso era generalizable a Europa, y más allá de si había una sólida identidad colectiva, lo que sugiere su análisis es que la categoría homosexual, tal cual lo veían los psiquiatras, tenía un sustento que coincidía con las representaciones que las personas con SMS tenían de sí mismas y las que la sociedad tenía de ello.

Tras la publicación de su *Psycopathia sexualis*, en 1886, el neurólogo Richard von Kraft-Ebing⁶⁴ “recibió numerosas cartas cuyos autores le decían que se habían reconocido en sus descripciones y análisis, y le ofrecían el relato de su vida, la narración introspectiva de sus sentimientos y hasta, en ocasiones, los pormenores de sus prácticas sexuales [...]” (Eribon, 2001: 397).

Didier (2001) y Weeks (1993) coinciden en que la creación del personaje del homosexual no se hizo como un ataque deliberado a esta cultura de personas del mismo sexo, muchos médicos eran, según sus propios términos, “homosexuales” y creían en el papel de ‘la ciencia’ para legitimar estas prácticas en el terreno de lo patológico. Westphal, aceptaba la idea de que la *inversión sexual* era innata y en consecuencia lamentaba que fuese reprimida por las leyes. “De ello deducía sin embargo, que se trataba de una ‘enfermedad’, de un ‘fenómeno patológico’ del que, añadía, eran muy conscientes los individuos que lo sufrían” (Eribon, 2001: 398-399).

Durante las primeras décadas del siglo XX hubo varias explicaciones médicas, psicológicas sobre la etiología de la *homosexualidad*⁶⁵, como las teorías endocrinológicas; para mediados de éste la psiquiatría se convirtió en un paradigma dominante. En tanto, a

⁶³ Para Eribon la cuestión de nombrar “gay” u “homosexual” a las culturas travestis o pederastas de mediados del siglo XIX no tiene importancia, en ese siglo se encuentran los orígenes de cómo podemos entender la cultura “gay” moderna. Las expresiones de tipo “un universo específicamente homosexual” o “cultura gay” van en ese sentido. Una primera lectura de Eribon nos hace pensar que hay cierta esencia transhistórica en su análisis. Podemos entender que las estructuras de género no se modifican tan fácilmente, Eribon no señala que los rasgos que definirían la cuestión gay ha permanecido inmutables, este acercamiento esencialista nos permite concedernos el beneficio de la duda.

⁶⁴ Esta publicación tuvo gran influencia hasta principio del siglo XX, consideraba la homosexualidad como “una anomalía de sentimiento psicosexual [...] un signo funcional de degeneración. Y creía que la masturbación podía causar el desarrollo de tal perversión en individuos con una predisposición especial [...]” (Herrero, 2001: 20).

⁶⁵ Cfr. Herrero, 2001.

principios de los setenta muchas de ellas no tenían vigencia, e incluso la *American Psychiatric Association* la elimina de su lista de enfermedades.

Michel Pollack tiene razón en observar que de *los setenta* en adelante se pasa de estudiar la etiología de la homosexualidad a los estilos de vida de los “homosexuales”, se pasa de la pregunta de qué origina la homosexualidad a la de cómo viven estos sujetos (1987: 75). En EE.UU. de los setenta, surge una amplia reflexión de la homosexualidad desde los *homosexuales*, enfatizando la creación de la identidad gay. En Europa Guy Hocquenghem y Mario Mieli eran los teóricos de la homosexualidad.

Los planteamientos de estos autores no estaban lejos de la *hipótesis represiva*. En el momento en que este autor escribe su seminal *Voluntad de saber* el término gay ya es empleado en varios rincones de EE.UU. y Europa. El primer tomo de *Historia de la sexualidad*, ha dicho Eribon, es una respuesta teórica a las posturas del *movimiento de liberación homosexual parisino* de su tiempo. Foucault no pretendía evidentemente, criticar la legitimidad del movimiento gay (Eribon, 2001: 433), sino transformar sus presupuestos políticos e intelectuales, que el veía poco útiles en el marco del freudomarxismo.

En el Reino Unido Jeffrey Weeks publicaba en 1977 *Coming Out: Homosexual Politics in Britain from the Nineteenth Century to the present*, en el que, por caminos paralelos a Foucault, nos habla de la homosexualidad como “un fenómeno de aparición relativamente reciente, un producto de una historia de ‘definición y autodefinición...’” (Weeks, 1993: 23). En suma, una amplia literatura emergía con el *Movimiento Lésbico Gay*.

3.2.3 Global Gays

“Afirmar que eres gay significa poder cogerse de la mano, lo cual implica también que uno se proporciona los medios para hacerlo” (Foucault citado en Eribon, 2001: 461).

Si el homosexual como personaje es un hijo de la *clínica*, el gay lo es de los movimientos sociales, de los varones con SMS que a finales de los sesenta rechazaron el medicalizado concepto de homosexual. Óscar Guasch ha apuntado muy bien este proceso “el gay es el

fruto rebelde de un perverso (el homosexual) heredero a su vez del libertino, y más allá, del sodomita” (Guasch, 1977: 155).

El término gay⁶⁶ surge en los EE.UU. a finales de los sesenta del siglo XX entre el círculo de personas con SMS que, por medio de un lenguaje cifrado, intenta evitar riesgos en la comunicación con otros sujetos.

Claramente el término está vinculado a la creación de una identidad colectiva en el seno de un *movimiento social de afirmación*⁶⁷, el Lésbico-Gay. El gay tiene un surgimiento histórico muy concreto de acentuada connotación política: busca la resignificación de las identidades impuestas por el orden social. *Gay*, se ha dicho, es quien no sólo tiene, desea o ejerce una SMS, sino que la reconoce como propia, y lucha políticamente en la igualdad de acceso a los derechos civiles y políticos (Eribon, 2001, Plummer, 1992, Guasch, 1995; 1997).

El término vale principalmente para los varones, y rara vez las mujeres lesbianas se sienten representadas en él y, al igual que con el término homosexual se corre el riesgo de ser utilizado en el análisis social como un concepto transhistórico.⁶⁸

Varios analistas sociales emplean gay porque es la palabra con que contemporáneamente se designa a las personas con SMS. En este sentido Connell ha señalado que gay es una categoría “que se encuentra tan bien formada y tan a la mano que se impone a la gente, nos guste o no” (2003: 209)

Con ciertas reservas podríamos señalar que prácticamente no hay lugar donde el discurso gay no haya penetrado⁶⁹. Mucho de esto se debe al surgimiento de movimientos lésbicos-gays en varias partes del mundo, pero en otros debido a otro tipo de acciones colectivas o a la creación de circuitos comerciales (saunas, discos, casas de masaje, etc.). Ulteriormente el discurso gay ha penetrado incluso en los lugares más recónditos de la orbe haciendo de él una cuestión global.

⁶⁶ Literalmente significa alegre, y hace alusión a una persona divertida, jovial.

⁶⁷ Weeks (1993) llama así a los movimientos Lésbicos Gays.

⁶⁸ Mas adelante veremos que este será un gran reclamo de la llamada teoría queer.

⁶⁹ Prueba de ello lo constituyen el debate de una identidad en Japón, en Filipinas, o en poblaciones semi-urbanas como Juchitán, Oaxaca, México. Ver bibliografía de referencia.

En primer lugar podemos decir que lo gay implica la creación, la construcción de otros modelos de autorrepresentación e imágenes distintas a las impuestas por la *injuria*⁷⁰, la caricatura, el insulto, implica la afirmación de la propia *identidad* por oposición a la moldeada desde el *orden de género*.

3.2.4 Los varones gay

A finales de los setenta y principios de los ochenta el “homosexual” se rebela contra ese discurso del cual es heredero y que lo ubica como un ser afeminado, alguien que no es *hombre*. Se presenta un fenómeno que Tim Edwards (1990) observa en EE.UU., el “gay” rechaza esas imágenes y construye un modelo “viril”. Este mismo fenómeno se reproduce en varias partes del mundo.

La reapropiación de lo socialmente masculino por parte de las personas con SMS coexiste con la apropiación de un juego con lo femenino. Toda la creación de personajes en femenino, de poses, gestos y estilos, así como la particularidad de un humor sarcástico que intenta reírse de uno mismo también ha sido parte de la creación de la *identidad gay*.

En varias entrevistas, Foucault centró su reflexión no ya en los ‘actos’ homosexuales sino en los estilos de vida gay. En 1982 en una entrevista afirma: “[...] Yo diría: hay que utilizar la sexualidad para descubrir, inventar nuevas relaciones. Ser gay es estar en devenir, y para responder a su pregunta añadiré que no hay que ser homosexual, sino encarnizarse en ser gay” (citado en Eribon, 2001: 449).

Ser gay, para él, tiene que ver con la conquista de derechos civiles existentes, pero no lo limita a ello, sino que está particularmente interesado en nuevas relaciones entre individuos, concretamente entre varones.⁷¹ En otra de mayo de 1982 afirma: “Debemos considerar que la batalla por los derechos de los gays es un episodio que no representaría la

⁷⁰ La *injuria* es un término que Eribon desarrolla, al amparo del filósofo inglés J. L. Austin, cuya teoría distingue entre *enunciados constativos* y *enunciados performativos*; los primeros describen una situación, los últimos además de describir producen una acción. La *injuria*, para Eribon, es un enunciado performativo que produce efectos reales e instituye una identidad. “La *injuria* me dice lo que soy en la misma medida en que me hace ser lo que soy” (2001:31). Los discursos médicos de la homosexualidad se heredan con *injuria*, esto es produce las subjetividades de “anormal”, “enfermo” “afeminado” en los propios sujetos con SMS.

⁷¹ La amistad entre varones será en adelante un tema central, tan es así que Foucault, llega a afirmar que después de haber emprendido la escritura de la historia de la sexualidad “ahora deberíamos estudiar la historia de la amistad, o de las amistades” ya que “la desaparición de la amistad como relación social y el hecho de que la homosexualidad fuera declarada problema social, político y médico forman parte del mismo proceso” (citado en Eribon, 2001: 455).

etapa final [...] Puede haber una discriminación hacia los homosexuales aun cuando la ley prohíba tales discriminaciones” (citado en Eribon, 2001: 450).

La politización del gay apunta a varios sentidos, por un lado se busca dejar de ser un ciudadano de segunda para exigir los derechos civiles y políticos, que hipotéticamente como cualquier otro ciudadano le corresponde, y por otro implica reformular una serie de representaciones sociales de género, que lo han colocado en una subordinación respecto de otras sexualidades y del orden de género dominante.

Declararse gay, dice Eribon:

[...] es liberarse del peso de la ‘identidad’ que cargan quienes se esfuerzan en disimular su homosexualidad: eso significa sobre todo que se es menos dependiente del encierro que supone la ‘identidad’ y más libre en la relación con los demás (con los homosexuales y con los otros en general) (2001: 141).

Transformar y rebelarse frente a las nociones que se formulan desde fuera, desde el *orden de género*, es ya en sí un acto político, aunque como actor no siempre se sea conciente de ello.

3.2.5 Modelos de análisis de lo gay

Actualmente podemos decir que los estudios sobre SMS, la mayoría provenientes de las ciencias sociales, se concentran en la llamada *identidad gay*. Hay una larga literatura sobre el tema, principalmente producida en países llamados del “primer mundo”, pero también en la última década se observa una irrupción notoria en países de América Latina. Si, en materia de sexualidad, el siglo XIX estuvo dominado por la literatura médica, el último cuarto del siglo XX preponderaron en el análisis social, y su tema central es la ‘identidad gay’, sin embargo cabe preguntarse: ¿se puede hablar de un modelo de análisis de lo gay?

Sin duda que sí. En su análisis del desarrollo del “*modelo gay*” en las sociedad española,⁷² por ejemplo, Oscar Guash resalta la importancia de tomar en cuenta las instituciones y como la “institucionalización del universo homosexual” contribuye a cambios identitarios. En este sentido, la interacción social de los gays en espacios definidos y concretos como saunas, bares y discotecas. El bar, el disco-bar, y la discoteca, señala,

“son tres importantes instituciones del universo homosexual⁷³ destinadas a la satisfacción de diversas necesidades sociales y sexuales” (Guasch, 1995: 109)⁷⁴.

En este mismo sentido Eribon apunta que un modelo de análisis gay, está relacionado con la existencia de bares, de clubs nocturnos, de saunas, de lugares de encuentro sexual (Eribon, 2001: 457). Este modelo esta asociado principalmente a los procesos identitarios que generan los espacios de los gays.

Richard Parker (20004), en un análisis de la identidad gay en Brasil, vincula el proceso de identidad gay con la creación de circuitos comerciales donde este tipo de identidad es desplegada, de ahí que podamos decir que esta cuestión de lo gay esté penetrando en varias partes del mundo, donde no solo se introduce el discurso reivindicativo, sino todo un estilo de vida asociado a espacios comerciales de interacción socio-sexual. Todos estos procesos representaron mayor interés en la reflexión académica.

3.2.6 Los “*lesbian and gay studies*”⁷⁵

En los EE.UU. se logró consolidar una reflexión de varias disciplinas: la sociología, la psicología, los estudios culturales, la teoría literaria y el feminismo posmoderno conformaron los *lesbian and gay studies*. Éstos actualmente se ofrecen en varias universidades de ese país como programa de estudio académico.

En los ochenta con la irrupción del SIDA se generó toda una serie de investigaciones (biografías, historias de vida) que junto con el análisis de lo gay se consolidó como un campo de los estudios a finales de los ochenta. Los *lesbian and gay studies* no tienen un objeto único de estudio, son difusos, y múltiples, y tienen un peso más fuerte como nombre de programa académico que como propuesta teórica clara (Plummer, 1992). A éstos agrupados con este nombre les surge un cuestionamiento y crítica.

⁷² Modelo gay, es un término usado por Guasch, en este apartado lo uso en el mismo sentido alen el que él se refiere .

⁷³ El movimiento Lésbico Gay permitió la aparición de éstos o mejor dicho su proliferación pública porque lugares de interacción similares ya existían en el siglo XIX. Cfr. Eribon, 2001.

⁷⁴ Este autor diferencia éste modelo del “homosexual”, que conllevaría analizar otros lugares de interacción como la calle, y que implicaría concebir a las personas con SMS desde el punto de vista “heterosexual”. En el modelo gay los actores hablan desde ellos mismos, y este sería su principal diferencia. Para los fines analíticos de esta tesis, pensamos que plantear el análisis de la SMS en términos de lo gay nos limita las posibilidades de ver otras producciones identitarias que no provienen de la elección del objeto sexual, sino de practicas significadas por el orden de género.

⁷⁵ Algunas publicaciones españolas lo traducen como “Estudios gays y lésbicos”, nosotros preferimos dejarlo en el original.

3.2.7 Lo queer o el intento por desconstruir las categorías homo-heterosexualidad.

La palabra *queer* surge en los ochenta como una demanda para incluir una serie de expresiones de la sexualidad que no se reducían a las designaciones de lo “lésbico – gay”. Steve Epstein (2002) señala que el término está relacionado a grupos activistas como el *Queer Nation*, que retoma un término peyorativo para reivindicarlo.

Durante los ochenta hay varios factores que inciden en la formulación de otro panorama teórico; uno de los más influyentes, sin duda es la aparición de la epidemia del SIDA, que moviliza una *Nueva Derecha* en contra de las comunidades sexuales construidas.⁷⁶ Es en este contexto en el que el concepto de identidad lésbica gay comienza a ser cuestionado, se le critica que esté reducido a una experiencia de clase media, blanca, donde otras clases sociales y etnias quedan soslayadas, y más aun sus propias experiencias como grupo social o étnico.

Esta postura “está influida profundamente por el posestructuralismo francés y el psicoanálisis lacaniano” (Seidman, 2003: 236, T.P.). Basándose en la crítica de lo unitario de *las políticas de identidad* hechas por la gente de color y las disidencias sexuales y el posestructuralismo. Los teóricos *queer* argumentan que las identidades son siempre múltiples compuestas con otras formas de diferenciación social como la etnia, la clase.

Epstein critica de ella la reducción de complejos procesos sociales de la sexualidad a códigos lingüísticos, muy usuales en el posestructuralismo. Hay, señala una “tendencia a abstraer discursos de sus contextos institucionales” (2002: 202, T.P.).

Ésta sin duda ha contribuido a poner en duda la supuesta unidad de la identidad lésbica gay, pero en nuestra opinión no se necesita ser *queer* para ponerla en tela de juicio. Si miramos a nuestras realidades latinoamericanas observamos que pese a la globalidad de la identidad gay, no existe en algunas regiones. Veamos con detenimiento.

3.3 El panorama de investigación de la sexualidad del mismo sexo (SMS) en América Latina.

⁷⁶ Algunos de libros como los de Jeffrey Weeks son una clara preocupación y respuesta a la entonces creciente derechización en Reino Unido y EE.UU.

La investigación en la SMS en América Latina⁷⁷ se ha desarrollado en las últimas tres décadas principalmente a través de los llamados análisis inter-culturales* (Parker y Cáceres, 1999).⁷⁸ Los trabajos de Joseph Carrier y Clark Taylor en México, a finales de los sesenta y principios de la década de 1970, son considerados pioneros en la materia al tratar de problematizar las nociones de sexualidad y de identidad.

Para la segunda mitad de la década de 1980 otra generación de investigadores (Parker y Cáceres, 1999) continuó este interés en la sexualidad del mismo sexo⁷⁹ en América Latina. A finales de los ochenta y principios de los noventa la investigación se concentró en los inmigrantes latinoamericanos a EE.UU., principalmente por la rápida diseminación del VIH/SIDA.

Una tercera generación de investigadores ha concentrado su interés en el complejo sistema de las identidades sexuales de América Latina, explorando dimensiones analíticas como poder, cuerpo, género y movimientos sociales (Prieur, Carillo, 1999; Cantú, 2002; De la Dehesa, 2005). La investigación sobre SMS se fue enriqueciendo con varias miradas disciplinarias como la psicología, la historia, la sociología. El tema de la SMS no es inédito, como dan cuenta estos trabajos, y sin embargo podemos señalar que hay poca investigación en las ciencias sociales sobre el tema⁸⁰ traducida al español, lo que posiblemente haga más difícil su difusión y discusión.

3.4 Rasgos de la SMS en México: más allá de las identidades sexuales, relectura de la sexualidad.

En México, como en otras partes de América Latina, las prácticas sexuales del mismo sexo entre varones no se definen de manera usual en términos de identidad, por lo

⁷⁷ Los autores que a continuación cito, no formulan su objeto de estudio en términos de SMS, hablan de homosexualidad o culturas gay. Me permito englobarlo en esta discusión conceptual por los fines de esta tesis.

* *cross cultural analysis*

⁷⁸ Este artículo de Parker y Cáceres (1999) nos ofrece una breve revisión del estado del arte sobre SMS en América Latina.

⁷⁹ Leila Rupp (2001) trabaja estrictamente en términos de SMS. En adelante empleamos este término agrupando en esta categoría trabajos que emplean términos como homosexualidad, gay, es decir mucho de los trabajos que empleamos no formulan sus textos como SMS. Lo hacemos siguiendo la perspectiva construccionista de la sexualidad y el género.

⁸⁰ Algunas revistas especializadas han dedicado números completos a la reflexión de la SMS en América Latina, por ejemplo *Culture, Health and Sexuality*, 1999, núm. 3 y *Latin American Perspectives*, 2000, volumen 29 número 2.

menos no prevalece una *autodefinición* tan preponderante con base en las prácticas sexuales, como sí parece ocurrir con la formación histórica de las sexualidades en Europa (Weeks, 1998; Foucault, 2000).

Es decir, no necesariamente devienen en un sentido de pertenencia explícito de su sexualidad; en otras palabras en una identidad gay, como usualmente llega a ocurrir en EE.UU. Stephen O Murray da cuenta de cómo la práctica sexual por sí misma no produce un sentido de pertenencia:

La conciencia de ser gay no es un producto automático de la conducta homosexual más que la conciencia de clase lo es de la “posición objetiva de clase” o la genealogía de la conciencia étnica. En una población de personas con tales características, algunos no se considerarán definidos a sí mismos de alguna manera, y otros las negarán totalmente. (Murray, 1995: 43. T.P.).

Me inclinaría a pensar que la conexión entre prácticas sexuales e identidad, incluso en países como EE.UU. (pionero del Movimiento Lésbico-Gay), no es tan automática como se presupone. La idea de reivindicar las sexualidades de los actores y apropiárselas en términos de identidad sexual habla de un proceso de transformación del estigma, que en ningún momento me parece mecánico.

Cabría reflexionar acerca de los elementos que producen la presencia o la ausencia de las identidades sexuales, y preguntarnos el por qué en ciertas culturas se desarrolla más que en otras. Buena parte de la bibliografía sobre América Latina, señala que la identidad sexual no ocupa un lugar importante para muchas personas (Carrier, 2001; Núñez. 2000). En nuestra opinión, si existe un debate identitario en cuanto a sexualidad en América Latina, que podría ser leído de manera fructífera en términos de género.

La conformación histórica de las identidades sexuales en América Latina es relativamente nueva. La noción de homosexualidad, como una categoría sexual se introduce, por ejemplo en México y Brasil, a principios del siglo XX (De la Dehesa, 2005, Parker, 2000). Es posiblemente a partir de la década de los setenta, con la formación de un Movimiento Lésbico-Homosexual, que la identidad homosexual o gay adquiere un nuevo matiz, pues esta identidad reivindicada en EE.UU. no podía estar ampliamente presente en América Latina, debido a que buena parte de estas categorías sexuales y o identitarias no habían formado parte de la historia constitutiva de los sujetos latinoamericanos.

Estas nociones han permeado en la cultura latinoamericana; sin embargo las prácticas sexuales se definen en otro sentido, más que una división en términos de categorías sexuales (homo-heterosexualidad) las identidades se significan en relación al orden de género que se establece para la sexualidad.

En varias partes de América Latina la *penetración sexual* ocupa un lugar importante. Ésta se significa socialmente (Parker, 1999; Prieur, 1996, Almaguer, 1995). La cuestión de la penetración en los varones evidencia un factor de poder, una cuestión de masculinidad. Si seguimos la literatura de investigación, un hombre que penetra a otro hombre no es interpretado por los actores como homosexual. Se es “hombre” mientras no lo penetren, en tanto se mantenga un rol *activo* en la práctica sexual.

Estudiosos del fenómeno como Parker (1999) han señalado que la estructura jerárquica de *actividad* y *pasividad* se ha usado para conceptualizar las relaciones sexuales entre miembros del sexo opuesto y entre los del mismo. Este esquema forma parte de un sistema tradicional de significados sociales que está fuertemente vinculado al fenómeno de la *dominación masculina*. Este sistema se formó a la par de un *orden de género* en un largo proceso histórico que fue asociando a la mujer con la *pasividad* y a los varones con lo *activo*, división que también ordenaba las prácticas sexuales.

Joseph Carrier (2001) investigó en México en las décadas de 1970 y 1980 a hombres con SMS y encontró que éstos podían ser separados en tres tipos: 1) los activos, aquellos que eran socialmente masculinos, no se definían como homosexuales y que en la práctica sexual solo penetraban; 2) los pasivos, quienes eran penetrados y estigmatizados como femeninos, y 3) una minoría de varones que asumían ambas prácticas sexuales, llamados *internacionales*. Este autor halló que las prácticas de la actividad y la pasividad eran preponderantes en nuestras realidades, mucho más que el debate de las identidades sexuales.

Por otro lado Annick Prieur (1998, 1998a, 1996) encontró en su investigación en este país cómo las prácticas sexuales de los varones, independientemente de sus identidades, era mucho más compleja y no tan rígidamente dicotómica entre los *activos* y *pasivos*. Esta autora ha señalado que lo que los varones con SMS hacen en la *cama* no es un tema trivial. Nos puede decir mucho en términos de las discusiones sobre masculinidad,

sexualidad y poder. Para ella esta inquietud habla elocuentemente en términos de cómo se organiza socialmente la sexualidad.

En este juego de prácticas y definiciones sociales se construyen las identidades. Pensamos que para entender este complejo es necesario hacer una relectura de la SMS en términos de *género*. En el siguiente capítulo exploramos esta complejidad de identidades, cuerpo, masculinidad y relaciones de género en el México moderno.

Capítulo 4

Apuntes históricos de la sexualidad del mismo sexo en México

“Siempre hubo locas en México”

Salvador Novo

4.1 Sexualidad del mismo sexo en México

En las siguientes líneas no pretendemos hacer una historia de la SMS en México, sino un recuento extraído de algunas fuentes bibliográficas que nos permitan ubicarla y dimensionarla. En los últimos 20 años se ha generado literatura sobre el tema. Historiadores y científicos sociales han buscado reconstruir la sexualidad en México. En esta tesis proponemos un rastreo histórico de las coyunturas que han desafiado a la *dominación masculina*, y que incidieron en el cambio, en términos de la construcción de la masculinidad mexicana, y su relación con la SMS⁸¹.

Para realizar estos apuntes sobre una historia de la SMS en México, nos hemos detenido en sucesos que pueden ser *puntos clave* de la construcción social de la masculinidad y la identidad en la SMS. Éstas *coyunturas* o puntos de quiebre pueden evidenciar transformación o mantenimiento culturales de la masculinidad en general y de las significaciones de los varones con SMS en México. La selección de los cortes históricos se hace en términos del *orden de género*, es decir más que períodos apegados estrictamente a las conocidas divisiones historiográficas de México son cortes culturales.

Proponemos estudiar la SMS de los mexicanos, principalmente enfocando en los varones de la ciudad de México, en términos de un análisis de género, y por lo tanto de la construcción social de la sexualidad. Pensamos que esto nos puede decir mucho de la sociedad mexicana como parte de un todo social. Un camino para analizarlo en México puede ir de la mano con los enfoques de masculinidad y relaciones de género.

Entender la sexualidad dentro de un orden de género con dimensiones históricas nos puede posibilitar la comprensión de sus discursos, sus instituciones y sus prácticas. Tal

⁸¹ El trabajo del historiador Anthony Rotundo (1993) me inspira a seguir un modelo de reconstrucción histórica que contemple los grandes puntos de ruptura cultural (societal) o *coyunturas* históricas que han posibilitado las transformaciones de la “masculinidad”. En este breve recuento de la sexualidad en términos

perspectiva revela la sexualidad como un complejo social que se expresa también como una fuerza política y cultural, pero fundamentalmente histórica. La sexualidad no tiene nada neutral.

Plantear la problemática en relación al género y sus dimensiones analíticas nos puede permitir observar a la sociedad mexicana. Identificar estas dimensiones y particularidades culturales nos ayudará a comprender nuestras realidades históricas desde un punto de vista crítico. Consideramos a los modelos analíticos que venimos estudiando y exponiendo como válidos para nuestra *cultura híbrida* (Canclini, 1995), que también es occidental, pero que es necesario observarla desde nuestras miradas latinoamericanas y desde nuestra constitución cultural e histórica.

4.2 Deidades, *Cuillonis*, *Teculontiani* y sacerdotes. Sexualidad del mismo sexo en la etapa precolombina

Hay pocas fuentes y estudios históricos que puedan dar cuenta de manera crítica del período prehispánico con respecto a la sexualidad en general y en particular la del *mismo sexo*. La labor por reconstruirla históricamente es muy reciente, y entre quienes se han adentrado a la discusión se encuentra Alfredo López Austin (1982; 1984)⁸².

Para los nahuas la sexualidad se encontraba vinculada con un sentido religioso⁸³. No se le puede explicar aislada de esta relación. El erotismo estaba imbricado con la noción de *cosmos* precolombino; “las cópulas, el quebrantamiento de la castidad votada, los adulterios, la procreación, la muerte de los amantes y aun la masturbación formaban parte de la etiología en el mito [precolombino]” (López, 1982: 146).

de género, nos inclinamos a pensar en puntos de ruptura que puedan ir perfilando la construcción de la masculinidad y la sexualidad, a partir *de* y *en* la SMS entre varones.

⁸² Las obras que cito de López Austin estudian concretamente la sexualidad de los nahuas del altiplano occidental.

⁸³ Este autor nos advierte lo difícil que es aplicar un concepto como el de sexualidad a la realidad precolombina. Para López Austin aquella no sólo se reduce a un aspecto biológico, sino que además contempla un complejo de funciones fisiológicas, reproductivas y culturales como las relaciones sociales, el erotismo (pasión, atracción de los sexos, placer), las representaciones, los valores que están relacionadas con la cosmogonía de los nahuas.

López Austin investiga y expone reproducción, división sexual del trabajo, parentesco, permisividades y restricciones en las prácticas sexuales de acuerdo al ciclo de vida, a los estamentos, a su condición de género. Su análisis es amplio y complejo; ubica las prácticas y los discursos sobre sexualidad en un todo social.

Los antiguos nahuas tenían por un don divino el placer sexual y la procreación. La vida sexual ocupaba un lugar central en sus relaciones sociales, también tenían amplias restricciones, condicionamientos, pudores, tabúes, temores, y entre ellos se encontraba la SMS.

López Austin (1982,1984) nos sugiere que la SMS era condenada y punida; acepta la posibilidad de una SMS entre la nobleza, pero también nos habla de castigos que podían llegar a la pena de muerte. La entiende en términos de la cosmogonía nahua, y descarta que se tratara de un vicio, como lo señalan algunas crónicas, incluso se inclina a pensar en cierta permisividad de ésta bajo el estricto apego de un precepto religioso.

Si llegara a aceptarse como verídica la noticia de la existencia de la homosexualidad entre los señores, debería de rechazarse la calificación de que su práctica derivara simplemente del vicio. En una sociedad en la que los nobles tenían que justificar su posición como integrantes del grupo dirigente por medio de una vida rígida y ejemplar, y en la que la homosexualidad era reprobada y punida con la pérdida de la vida, solo un motivo mágico religioso, de supuesto interés general, sancionado por el rito, podría justificar tal tipo de costumbres. (López 1984: 343).

Otra investigación que ha explorado el amplio *corpus* de fuentes del pasado en Mesoamérica y que ofrece una reconstrucción histórica de la SMS es la de Guilhem Oliver (2004; 1993). Este autor se interna en el laberíntico análisis de los Códices, relaciones epistolares y crónicas de los frailes españoles, y en ellos encuentra referencias de ésta en la nobleza y escuelas, así como de “*hombres afeminados y femeninos*”.

Oliver sugiere estudiar críticamente las crónicas donde se refiere el “pecado nefando” contrastándolas con cuestionamientos sobre el papel evangelizador de los españoles en los indígenas. Analiza de numerosos conquistadores y frailes como Cortés, Bernal Díaz del Castillo, Sahagún, de las Casas, y encuentra un constante ir y venir de referencias sobre el “pecado nefando contra natura” (sodomía⁸⁴) en los indígenas.

Entre los testimonios de origen indígena destacan los del autor mestizo Ixtlilxóchitl que refiere que en Texcoco había severos castigos y pena de muerte para los varones con SMS entre los indígenas:

⁸⁴ La sodomía es una figura del fuero eclesial que se refiere a las prácticas sexuales del mismo sexo, particularmente entre varones; la idea de una sexualidad en las mujeres estaba invisibilizada. También incluía otra serie de prácticas como el adulterio. Contempló en el periodo colonial, otro tipo de prácticas como el sexo anal y el sexo con animales (Bracamonte, 1998: 402-403), lo que nos habla también de ésta como un construcción histórica, y por lo tanto social.

El pecado nefando [...] se castigaba con grandísimo rigor, pues el agente (homosexual activo), atado en un palo lo cubrían todos los muchachos de la ciudad con ceniza, de suerte que quedaba en ella sepultado, y al paciente⁸⁵ (homosexual pasivo), por el sexo le sacaban, y así mismo, lo sepultaban en la ceniza. (Citado en Oliver, 1993: 38).

El escritor y dramaturgo mexicano Salvador Novo⁸⁶ nos refiere cómo hay acusaciones de parte de los indígenas a los españoles y relata cómo en la famosa Noche Triste, al perseguir a los españoles, *los mexicas* les gritaban *cuiloni, cuiloni*. Y agrega con su particular ironía: “A esta distancia, es imposible saber si les sabían algo o se los decían al tiro pero consultados los más fehacientes Vocabularios, hallamos que *cuiloni* quiere decir puto, o “somético”, si la verdad, aunque no peque, incomoda” (1972: 13).

El náhuatl era la lengua predominante de la época, y *Cuiloni*, *Chimouhcui* o *cucuxcui* como términos que se referían a varones que eran penetrados sexualmente, podrían ser emblemáticas de la cosmovisión indígena. Y como estos términos, había otras expresiones: como *Teculontiani*, para señalar a quien practicaba un rol de penetrador en la SMS y *Culiotia* para la SMS.⁸⁷ Se tienen dudas sobre si los informantes al traducir el vocabulario náhuatl para la obra de Sahagún estaban influidos por la visión de los frailes o eran reflejos de la cosmogonía.

Hay acusaciones por parte de los cronistas de que los jóvenes en las escuelas mantenían una SMS, pero al mismo tiempo hay desmentidos como el de Bartolomé de las Casas: “Y es de gran falsedad y testimonio pernicioso lo que alguno de los nuestros les levanta, que los mancebos que había en los templos cometían unos con otros el nefando pecado” (citado en Oliver, 1993: 36).

⁸⁵ Oliver utiliza el término *paciente* para referirse a los *cuiloni*. No sabemos si en la fuente original del autor mestizo Ixtlilxóchitl se emplea la palabra *paciente*. Lo más probable es que se trate de una redacción del propio Oliver, que escribe originalmente este artículo para una revista francesa de nombre *Gai Pied*, aquí se presenta una traducción aparecida en la revista mexicana *Hermes*, ambas destinadas a un público *gay*. Por otro lado; la palabra *paciente* también es usada por el escritor Salvador Novo, que la utiliza de manera irónica, para nombrar los *cuiloni*.

⁸⁶ Salvador Novo es un referente imprescindible en la cultura mexicana, y en el ensayo (*Las locas...*), del cual extraemos la cita líneas arriba anotada, presenta una reconstrucción histórica con su particular estilo literario. Se concentra en las postrimerías de la época prehispánica y el período colonial. Hay en el ensayo una interpretación histórica hilarante, divertida, descarada y deliberadamente *jotísima*, que revela una manera muy propia, muy culta digámoslo así, de asumirse como *joto*, como raro. Es decir, hay en el texto de Novo una reconstrucción histórica, pero también una definición personal de las identidades, de las representaciones sociales. Hay una intención de pregunta personal por historizarse sus amores, sus relaciones sexuales, algo que hizo también en sus *memorias*, y de las cuales hablaremos más adelante.

⁸⁷ Cfr. Oliver, 1993: 36.

En otro sentido Oliver (2004) propone revisar el estudio de las fuentes sobre las escuelas para jóvenes, el ascetismo de los sacerdotes y la religión. Invita también a explorar algo parecido a la institución *berdache*⁸⁸ en los estratos *nobles* del México prehispánico, y su relación con el fenómeno del travestismo⁸⁹.

Foucault (2000) en algún momento señaló que una sociedad se puede observar por lo que oculta, por lo que pena, por cómo regula su sexualidad⁹⁰; y en ambas posturas (indígenas y conquistadores españoles) podría haber cierta coincidencia de condena y ocultamiento a la SMS. Lo cierto es que en los testimonios hay una regulación sobre ésta y no se puede afirmar con los cronistas españoles que era generalizada, como tampoco se podría sostener que era parte de su vida cotidiana, los testimonios históricos sugieren que más bien era una sexualidad prohibida.

Las sociedades prehispánicas eran fundamentalmente androcéntricas. Esto hace que en la construcción social del género sea predominantemente masculina, y que la sexualidad se construya sobre este eje. La penalización de la SMS en la cosmogonía precortesiana encuentra en cierto sentido una continuidad con el discurso de los conquistadores que también la condenaron jurídicamente y la persiguieron socialmente en su etapa colonial. Algunos investigadores (López Austin, 1982,1984; Bracamonte, 1998; Dávalos, 1998; Oliver, 2000) han advertido que se debe tomar “con reservas” o incluso desconfiar de los testimonios históricos de los conquistadores.

⁸⁸ Oliver (2004) sugiere algo de esta figura en la nobleza indígena. *Berdache* es una palabra que viene de Persia/Arabia vía el italiano y el francés hasta llegar al inglés. En inglés y francés su significado, como fue aplicado a los nativos de América del Norte en los siglos XVII y XVIII por los observadores europeos, era ‘hombre guardado’, ‘prostituto’, o esclavo” (Nanda, 1990: 131). El término está relacionado por los antropólogos con la “homosexualidad institucionalizada” en América del Norte. Un clásico en el estudio de esa llamada “homosexualidad institucionalizada” es Georges Devereaux, quien hace una etnografía entre los indios mohaves, que en la actualidad viven en Parker, Arizona y Leedles, California. El trabajo de este autor abrió pauta en las ciencias sociales sobre SMS.

Berdache es un tercer género entre los indios estadounidenses, es un varón (casi siempre es un varón, hay pocos indios de mujeres definidos así) que interpela los lineamientos dicotómicos del género, pero que además goza del reconocimiento social de su comunidad, de ahí que se hable de homosexualidad institucionalizada; pensamos el fenómeno *berdache* más en términos de género que de discusión sexológica de homosexualidad, sería más útil analíticamente verlo en términos de transgresión al género en turno, en dimensiones como el travestismo.

⁸⁹ Éste consiste en alterar la ropa socialmente designada en cada uno de los géneros. Las sociedades definen, regulan y estructuran el género en dimensiones como la ropa y sus usos. Ésto se relaciona con el cuerpo y por extensión con las definiciones sociales del ser hombre o mujer.

⁹⁰ Eribon, citando a Foucault dice: “[...] una sociedad se define por lo que excluye, como decía [...] en] *Historia de la locura*” (2001: 112).

4.3 Los catorce de la Colonia

La Nueva España organizó y construyó la sexualidad en relación al poder dominante de la época: la iglesia católica (Bracamonte, 1998). El fuero religioso condenó, entre otros el incesto y la sodomía, basándose en sus preceptos bíblicos, pero en el período que va de 1721 a 1820, el juicio y la condena de la SMS fueron absorbidos por el poder civil, que consideró a la sodomía como un delito.

La sociedad mexicana de ese periodo coexistió con ambas representaciones de condena prehispánica, pecado y delito. La población indígena hizo suya la condena novohispana del pecado judeo-cristiano y la criminológica que, de acuerdo a Bracamonte, tiene sus orígenes en el siglo XVIII.

Hay especialmente un caso de condena a la SMS en el periodo colonial que es necesario mencionar. Se trata de *los catorce* y del cual Salvador Novo hace una lúdica descripción. Vale la pena citar este largo pasaje del personaje *Cotita de la encarnación*:

El martes 6 de noviembre de 1658, a las once horas de día, “sacaron de la real cárcel de esta corte a quince hombres, los catorce para que muriesen quemados, y el uno por ser muchacho, le dieron doscientos azotes y (fue) vendido a un mortero por seis años; todos por haber cometido unos con otros el pecado de Sodomía, muchos años había, así residiendo en esta ciudad donde tenían casas con todo aliño donde recibían y se llamaban por los nombres que usan en esta ciudad las mujeres públicas, así de rengue como de aire: como estando en la ciudad de la Puebla de los Ángeles. Fue el principal actor de este pecado un mulato que andaba en traje de indio, llamado COTITA DE LA ENCARNACIÓN, que era el más aseado y limpio, y gran lavandero y curioso; y este, desde edad de siete años se dio a este vicio, y su aspecto al presente era de más de cuarenta años [...] (1972: 15).

Este suceso tuvo la finalidad de ejemplificar la dureza del castigo eclesiástico por sodomía (Bracamonte, 1998). En el s. XVIII esa persecución cesó, entre otras cuestiones por el proceso de *secularización* por el que pasaba la Nueva España, en el que se limitaban las atribuciones del poder eclesial. El fuero civil careció de mecanismos de control para intervenir en la vida sexual de los novohispanos. Las élites ilustradas al criminalizar la sodomía disminuyeron la intensidad del castigo a los inculpados. De la hoguera del s. XVII se pasó al destierro y a los trabajos forzados del XVIII.

Se construyó una imagen de la sodomía como pecado y delito, que de alguna manera persiste en el discurso y las prácticas de las mujeres y varones mexicanos; finalmente se estableció una definición social de la SMS. Estos discursos penetraron en los

cuerpos y las conciencias de los sujetos con SMS, creando en ellos la figura de transgresores, criminales y pecadores (Bracamonte, 1998).

Los sodomitas aprendieron a convivir con sentimientos de culpa. Algunos pretendieron descargar el peso de su conciencia mediante el acto de confesión; otros, los menos, se delataron a sí mismos frente a la Santa Inquisición. Bracamonte nos invita a observar la confesión voluntaria de algunos sodomitas, porque a través de ellos se puede ver la construcción de la sodomía. En los testimonios, éste acepta y adopta las representaciones sociales de la época. El sodomita confeso, interioriza el *estigma*, es decir esa *identidad deteriorada* de la cual habla Goffman (1995), y así se va constituyendo como *actor social*, se va elaborando frente al sistema de relaciones de la conquista.

Los sujetos *sodomitas* van autodefiniéndose en una interacción con marcos sociales, tanto precolombinos como los impuestos por los españoles, de nuevo reflejando su carácter relacional. La identidad colectiva de los varones con SMS en las postrimerías del México prehispánico y colonial se va construyendo en términos negativos, y esto sucede por una serie de representaciones sociales previas, la de la condena al *cuilloni*, por ejemplo.

Las identidades emergen en un proceso histórico específico. El sodomita se va reconociendo en el discurso de la sodomía, y al saber que sus prácticas sexuales están condenadas, se condena a sí mismo. Y con ello se va construyendo o alimentando un determinado *orden de género* dominante.

4.4 Notas homoeróticas del siglo XIX.

En un caso de sodomía en 1808 en Zempoala, un defensor de oficio, para exculpar a su defendido, argumentó que el inculpado era “falto de luces” (no ilustrado) y bebedor “empedernido”; es decir, el grado de razón de los sujetos se tomó como un elemento definitorio para condicionar la culpabilidad del *sodomita* y aminorar su pena. De manera que una forma de defensa ante el delito de sodomía era apelar a la falta de educación del inculpado. Bracamonte señala:

En los interrogatorios se indagaba –entre otros aspectos- respecto al grado de “civilización” de los acusados, su estado etílico, los antecedentes “criminales”, etc., Con el fin de reconocer el nivel de participación voluntaria de los acusados y así imponer la sanción correspondiente (1988: 405).

Aun entrado el s. XIX, los jueces, funcionarios y profesionales del orden civil recogieron e hicieron suya esta definición; los jurisconsultos se abrogaron el derecho conceptual y penal sobre la SMS. Con la Reforma pudieron cambiar algunos regímenes de género. En la presente tesis tenemos un vacío de análisis en este sentido, ya que no contamos con más fuentes de investigación al respecto. Decidimos anotar esta limitante en la discusión y señalar que para lo que le corresponde al s. XIX hemos retomado algunos procesos que la literatura académica en masculinidad, género y sexualidad ha identificado para la historia mexicana. Uno de estos trabajos académicos es el de Robert Mckee Irwin (2003), que comienza su análisis partiendo de este siglo.

McKee Irwin se adentra en el estudio de la construcción social de la masculinidad en México a través de la literatura, y encuentra que en esta representación de los hombres mexicanos hay una constante referencia al homoerotismo. Halla pasajes homoeróticos en la literatura, a la par de que también identifica una fuerte *homosocialidad*⁹¹. El espacio público del s. XIX corresponde a los hombres. El rol o la representación literaria de la mujer son importantes, y sin embargo en las novelas aparecen en un plano secundario. Hay finalmente una mirada masculina, en gran medida porque los escritores de la época son hombres.

La construcción de la masculinidad en el México del XIX se entrelaza con la homosocialidad y el homoerotismo, sostiene el autor de *Mexican Masculinities*. Sus representaciones literarias, desde luego habrían de suponer un “reflejo”, un indicador de cómo se vivían y practicaban las relaciones sociales entre los varones. Esta literatura del s. XIX que analiza McKee Irwin sugiere un tipo de relación entre los varones que podemos esbozar de la siguiente manera: se ensalza un modelo de hombre decente, *de bien*, culto, joven; “no la figura sabia y generosa del padre, comprometido más con los amigos y los amoríos que con el matrimonio y la familia, que con mucho más frecuencia protagoniza la literatura de la época” (2003: 47, T.P.).

El homoerotismo entre los varones era posiblemente común, “picaresco”, y acaso operaba como una *práctica*, entre otras, para reproducir socialmente “el ser hombre”. En la

⁹¹ Socialidad, convivencia entre personas del mismo género. Minello señala como se fue construyendo una homosocialidad masculina exacerbada en la que “[...] las amistades, juegos, aficiones, serán siempre masculinas; dedicará buena parte de sus ingresos a los accesorios masculinos en su vestimenta: el sombrero,

relectura que McKee Irwin hace de *El Periquillo Sarniento* (1812) de José Fernández de Lizardi, encuentra constantes pasajes homoeróticos, como aquel en el que habla de “[...] numerosos hombres encuerados a la hora de ir a la cama” (2003: 27, T.P.). McKee Irwin se pregunta: ¿qué pasa en los espacios homosociales habitados por esos varones desnudos?, y señala que si bien Fernández de Lizardi no se propone ser *queer*⁹², sí le pone un empeño erótico interesante a su imaginación, y contundente afirma que: “[...] negar el erotismo en esos espacios homosociales sería ingenuo” (2003: 29, T.P.).

En el *Periquillo Sarniento* se perfila todo un *deber ser* del varón. Nelson Minello señala que en la novela de Fernández de Lizardi se dibuja al hombre del s. XIX como atento, afable, cortés, *de bien*. Este autor encuentra que la expresión decimonónica "hombre de bien" se enuncia al hombre como heterosexual y sobre todo no afeminado.

Los hombres de la época, a juzgar por los personajes literarios, tenían palabras como: maricón, mariquita; era *algo* (“una práctica”) que no se nombraba. En un pasaje de la novela de Fernández de Lizardi, el personaje del *Periquillo reconoce* cierto miedo, y a causa de este miedo es acusado de ‘amujerado’, de ‘maricón’ (un término popular que proviene de María (Hernández, 1980), nombre por excelencia de la cultura judeocristina⁹³).

En esos insultos no se hace referencia tanto a la sexualidad como a lo socialmente femenino que aparece dibujado como menor y como defecto. El s. XIX continuó colocando a las mujeres y a lo femenino con un orden social desigual entre los géneros. Así, en otro pasaje del *Periquillo...* se condena la fábula de Hércules, que:

[...] se dejó avasallar tanto del amor de Omfale que ésta lo desnudó de la piel del león Nemeo, lo vistió de mujer, lo puso a hilar, y aun le reñía y castigaba cuando quebraba algún uso o no cumplía la tarea que le daba. ¡Qué vergonzosa es semejante afeminación aun en la fábula!” (Lizardi citado en McKee, Irwin, 2003: 26-27, T.P.).

la pistola, el caballo, el automóvil; hará gala de un lenguaje más o menos procaz, contará una y otra vez su capacidad para someter a las mujeres” (2001: 56 y 57).

⁹² *Queer* encuentra un problema de traducción, ya que literalmente significa raro, rareza, y hace énfasis en las sexualidades *raras*, que públicamente se apartan del esquema médico de la heterosexualidad. Personalmente me inclino a pensar que este término no explica realidades como la nuestra. Este es un problema de traducción en el libro de McKee Irwin. Quizá lo más apropiado sea entenderlo como algo que no es necesariamente homosexual, acaso homoerótico, y que nos habla más de una sexualidad despojada de las identidades gay u homosexual.

⁹³ Aunque en otro texto encontramos que maricón proviene de marica, que a su vez proviene del latín *mulier*, y ya el Diccionario de Autoridades (España) de 1732 se le define como afeminado y cobarde. Hay todo una construcción de la masculinidad que excluye la blandura, la delicadeza y el afeminamiento desde esa época (Garza, 2002).

Lizardi retrata uno de sus personajes como *misógino*⁹⁴. Ese hombre decimonónico se diferencia de la mujer condenando la afeminación y se reserva lo socialmente femenino para la mujer, con lo que reproduce una idea *esencialista* de que los cuerpos y sus significaciones sociales son inmutables.

Hay que decir que la construcción de un *orden de género* en el siglo XIX está presente a la par de otros grandes temas como clase, raza y nación tal cual lo demuestran el análisis sobre la literatura de la época (McKee Irwin, 2003). En este análisis de género emergen las relaciones entre los hombres, que también son relaciones de género, y en ellas va apareciendo un homoerotismo hasta cierto punto crítico.

En otro sentido, el escritor Carlos Monsiváis señala que el siglo XIX ocultó a los homosexuales en México, los silenció; al no hablar de ellos se evitó reconocerlos, aunque sea por *la injuria*⁹⁵, y aclara que el homoerotismo existe solo en la medida del “vaivén de las conversaciones y los rumores” (2001: 301). Uno de ellos, referido en las memorias del cronista y poeta Guillermo Prieto (*Memorias de mis tiempos*), en un encuentro entre éste y el entonces presidente de la República, Anastasio Bustamante (1837-1841), éste ordena a su asistente íntimo que *obedezca* a las *peticiones* de Prieto en un dormitorio.

Textualmente en palabras de Monsiváis, el presidente Anastasio Bustamante ordenó: “-Pone usted una cama en mi cuarto para el señor [Prieto], Ud. le obedece y hace saber que se le obedece porque es como mi hijo” (2001: 302). La redacción, o confesión, del propio Prieto sugiere un encuentro sexual entre su asistente y el periodista, y de ello rescata el cronista uno de los pocos testimonios y fuentes que dan de SMS en el siglo XIX.

Ante la invisibilidad de esta sexualidad, este testimonio logra apuntar históricamente una práctica sexual soterrada y deliberadamente inexistente para los mexicanos del siglo XIX. Las *Memorias...* de Prieto son públicas y sin embargo la respuesta frente aquella crónica no se concibe “inapropiada”, como sexual. Por lo menos de esto nos da cuenta Monsiváis (2001) cuando se refiere a la interpretación de los lectores de Prieto:

⁹⁴ “El término *misoginia* designa una conjugación inextricable de temor, rechazo y odio a las mujeres. Hace referencia a todas las formas en que a ellas se asigna –sutil o brutalmente- todo lo que se considera negativo y nocivo” (Cazés, 2005: 12, cursivas del autor). El enfoque de este autor considera a la misoginia como una construcción social y no un mero atributo de los individuos disfuncionales.

⁹⁵ La injuria es una categoría que Eribon (2000) desarrolla, al amparo del filósofo inglés J. L. Austin. Su función es instituir o perpetuar la separación entre los llamados “normales” y los “estigmatizados”, para hablar en términos del interaccionismo simbólico. Este autor señala: “[...] La injuria me dice lo que soy en la misma medida en que me hace ser lo que soy” (2001:31).

“[...] hallan muy normal que de buenas a primeras, nada más por su brillantez y su ingenuidad, un jovencito se mude a la recámara presidencial. La actitud es irreprochable, porque no hay otra interpretación concebible, ni tendría sentido emitirla [...]” (302). De este silencio público nos habla el cronista.

En tanto a finales del XIX Europa vivía una producción masiva de artículos sobre homosexualidad y sexualidad en general (Weeks, 1993; Chauncey, 1985), en México no se conocía el nuevo término homosexual acuñado en ese continente. Aquí no expresaba en su vocabulario tales términos, pero el que en el diálogo cotidiano no hubiera un nombre para la SMS, no significa necesariamente que no existieran prácticas, discursos, significaciones sobre una amplia gama de las relaciones entre los hombres, como la amistad, la interacción cotidiana.

Mackee encuentra homoerotismo en la cotidianidad de los hombres, a través de la literatura; halla constantes alusiones a situaciones que parecen comunes tales como: convivencia entre hombres desnudos, el reconocimiento de un varón por la “belleza” del otro; incluso pasajes que hacen suponer relaciones sexuales.

Este autor también encuentra en la literatura de la época otro tipo de hombres que son objeto de burla y rechazo social, esos hombres son llamados con distintos apelativos: *ajembrado, señorito, garzón, lagartijo, joto, maricón, perfumado, ninfa, mujercito, lilo, chulo*. Esos apelativos ya están presentes a lo largo del siglo XIX, un tanto en silencio, del tema no se habla, no parece haber casos judiciales relacionados con SMS, al menos los desconocemos.

4.5 Positivismo y medicina: primera mitad del siglo XX

Las investigaciones de corte positivista de los primeros años del siglo XX contribuyeron de forma importante a dar un soporte “científico” al discurso de lo que más tarde se llamó *homosexualidad*. Veamos esto detenidamente.

El México porfiriano se apoyó en las ideas *positivistas* del *orden y el progreso*. La élite positivista⁹⁶ construyó, sostuvo y debatió un *orden de género*. Lo postulaban como un

⁹⁶ Los positivistas o científicos como también les llamara la clase media, provenían de estratos sociales medios y altos. Luis González (2000) señala que eran gente nacida después de 1840 y antes de 1856, todos varones de entre los 32 y 48 años, dice: “los más de los científicos merecían el membrete de ricachones [...] su amor hacia los centavos convivió sin dificultades con sus demás amores: la sabiduría y el poder” (673, 674).

orden natural entre los sexos en el que las mujeres eran inferiores, un hecho biológico, comprobable por la ciencia. Según este orden, la dureza, el control, la actividad correspondía a los varones (Nesvig, 2000).

El positivismo mexicano construyó un *orden de género*, revestido de ciencia, y en él se comenzó a discutir el discurso europeo de la homosexualidad. Criminólogos, médicos, sociólogos concentraron su interés analítico en la delincuencia, la “inversión sexual y la *pederastia*”⁹⁷. Los positivistas no plantearon literalmente el debate en términos de *homosexualidad* pero lo enmarcaron en la perspectiva científica del México porfirista.

Desde finales del siglo XIX y principios del XX las cárceles resultaron de interés analítico a los criminólogos positivistas de México. Uno de los estudios que sobresale es el del criminólogo Carlos Roumagnac⁹⁸, que analizó *estudios de caso* en algunos presos de la antigua *cárcel de Belem*, en ella indagó las prácticas sexuales de éstos.

Roumagnac encontró que los prisioneros tenían relaciones sexuales con sus compañeros, cuestión que no fácilmente reconocían. Entre ellos se acusaban de tenerlas, hacerlas unos de *jotos* o *caballos* (papel pasivo en la relación sexual, es penetrado) y a otros de *mayates* (papel activo, penetra).

Otro rasgo que sobresale de las investigaciones de los criminólogos es que en el lado la organización de la sexualidad de los presos, entre *caballos* o *jotos* y *mayates* se puede ver una concepción de la sexualidad que refleja un orden dominante, binario y excluyente. La sexualidad en los presos se piensa en órdenes dicotómicos: pasivo- activo, joto-hombre; en el estilo de modelo que Parker⁹⁹ (2000) ubica para América Latina, y es

⁹⁷ Pederastia es un término que designa las relaciones de un adulto con un joven. Positivistas mexicanos como Carlos Roumagnac utilizaron este término en sus escritos, en esta tesis respetaremos el término tal cual lo emplearon. El uso de las categorías, en este debate, no es trivial, ya que efectivamente nos habla de cómo se va construyendo socialmente en una sociedad determinada el discurso de la homosexualidad. En Europa, por ejemplo el modelo de la pederastia, el amor de un adulto por un joven, sirvió como discurso de *resistencia* frente al enfoque médico de la homosexualidad (Eribon, 2001). Los positivistas mexicanos emplearon el término para referirse a las relaciones sexuales del mismo sexo, pero lo usaron con un sentido patologizador y criminológico.

⁹⁸ Robert Buffington (1998) nos señala cómo el tema de la SMS fue una preocupación de varios criminólogos mexicanos por lo menos en las tres primeras décadas del siglo XX, y cómo el discurso criminológico fue agrupando a *invertidos* y *perversos* en una única categoría: la '*homosexualidad*'.

⁹⁹ Para Parker (2000) la noción de homosexualidad, como una categoría sexual, es reciente tanto en Brasil como en varias partes América Latina, y esto ha traído que para entender la compleja gama de significados alrededor de la SMS, tendríamos que enfocar con mayor observación el juego de poder en los roles sexuales de las relaciones de género. Nos invita a mirar las relaciones sexuales desde los estudios de las relaciones de género que se han formado históricamente en América Latina, antes de la inserción del debate médico de la sexualidad y de la discusión de las identidades sexuales o nociones como la de los gays.

éste el que reconocen como válido, como públicamente reconocido en la cárcel y fuera de ella. Esto se viene a convertir en un discurso casi institucionalizado de la sexualidad entre personas del mismo sexo, en un esquema contrastante en términos del juego de poder, el *mayate* y su contraparte femenina *el joto o caballo*.

En el ir y venir de reclamos y descalificaciones socialmente se jugaba el “honor” del ser hombre; *los jotos* no son hombres, en este enfoque, por su pasividad sexual. Aquí las prácticas del mismo sexo, son significadas en una jerarquía de valores de género en la que se va construyendo toda una idea de *ser hombre*. El discurso de los presos por un lado condenaba la pederastia y establecía sus relaciones (de género) en términos de poder al codificarlas entre *caballos* y *mayates*, pasivos y activos sexualmente, respectivamente.

Los criminólogos señalaban que las prácticas pederastas las hacían al provenir de un ambiente de delincuencia, criminalidad, violencia y pobreza. De hecho, generalmente a los criminólogos les interesó la relación que suponían había entre la delincuencia y la pederastia¹⁰⁰. Según ellos, “los delincuentes constituían una clase identificable, entre cuyos rasgos distintivos figuraban las tendencias homosexuales atávicas” (Buffington, 1998: 185).

Por un lado, positivistas como Roumagnac construyeron un modelo patologizador y criminalizante de la relaciones sexuales del mismo sexo, y por el otro, los propios *sujetos de estudio* de los criminólogos, es decir esos *actores sociales* de principios de siglo fueron creando o alimentando un discurso esencialista y dominante de las sexualidades masculinas. Entre los presos identificaban quien era *joto* y quien *mayate*, entre ellos había relaciones de *amistad*, y de pareja (Nesvig, 2000). En otras palabras, entre ellos se construía una masculinidad y se reforzaba un orden de género.

El positivismo abrió el debate de la homosexualidad con una perspectiva médica, pero también sociológica. La obsesión por la sexualidad, Foucault mediante, se puede observar en México a finales del siglo XIX y las primeras décadas del XX, y ahí el positivismo como escuela dominante de la época porfiriana tuvo mucho que ver. La obsesión por la sexualidad en México, como *sciencia sexualis* estaría emergiendo con el positivismo.

¹⁰⁰ Las interpretaciones del positivismo del binomio delincuencia-pederastia no explica la existencia de los famosos 41, que en su mayoría pertenecían a clases de la elite porfirista. Las conclusiones de los criminólogos en este sentido se pueden decir que eran clasistas y que podían servir para mantener el *status quo*.

Durante *el porfiriato*, otro de los lugares en el que los varones expresaron prácticas sexuales del mismo sexo ordenadas en una red de significados sobre el ‘ser hombre’ fueron los baños públicos en la ciudad de México. Así lo documenta la investigación de Víctor M. Macías (2004).

La máxima de orden y progreso del *porfiriato* también trató de impulsar la industrialización, la urbanización, el auge comercial, el crecimiento económico, la ampliación de la burocracia. Macías (2004) sugiere que esto incrementó la población masculina clasemediera y para ello surgió un mercado de lugares de esparcimiento homosociales como el de los baños, gimnasios y clubs atléticos.

Macías (2004) analiza algunos folletos en los que se reglamenta el uso de los baños públicos. Y esto dice mucho en términos de los miedos de la sociedad, de la regulación y control sobre la SMS. A través de la guía del *Gran baño de San Felipe de Jesús* (1901), Macías observa como los empresarios estaban preocupados por su *fama*, de manera que en esa guía se despejaba las posibles dudas sobre actividades ilícitas y tentativos contactos corporales entre los usuarios.

[...] allí todo funcionaba bajo la más estricta seriedad. El lugar estaba bien ordenado y aseado, y sus empleados eran personas de intachable honorabilidad quienes estaban alertas contra *peligros físicos y morales*. Los baños estaban bien alumbrados, *no había recovecos oscuros que se prestasen a ninguna actividad ilícita*, y todos los departamentos era lo suficiente amplios como *para evitar el incómodo e indecente roce o contacto con los cuerpo de los demás bañistas* (Macías, 2001:304, cursivas mías).

Lo que Macías sostiene es que en los baños los varones encontraban un lugar propicio para recrear y producir cierto homoerotismo en la socialidad de la desnudez. La posible complicidad de los empresarios con sus clientes, quizá hacía de estos lugares uno de los primeros sitios públicos de intercambio sexual. Macías va más allá al sostener que los baños ofrecieron un espacio donde se empezó a conformar una identidad sexual entre la clase media citadina que los frecuentaba.

La construcción de un discurso identitario en *los jotos*, los maricones y lo que más tarde se conoció como los *homosexuales*, se formó en medio de un legado de imágenes en las que los varones con SMS se reconocen como delincuentes, pecadores, *jotos* populares,

jotos de la clase media y alta, inversos, mayates, hombres. Un ejemplo de esto es el suceso obligado de mencionar, *los famosos 41*.

4.5.1 *Los 41 maricones*

De acuerdo con las crónicas de los periódicos, el 18 de noviembre de 1901, la policía irrumpe en una fiesta de aristócratas en la ciudad de México y detiene a 42 homosexuales. Según los reportes algunos de ellos vestidos de mujer. Al principio en la prensa se maneja la cantidad de 42 detenidos, cifra que luego se reduce a 41. El faltante, se sabe ahora como tema de conocimiento popular, era Ignacio de la Torre, yerno del dictador Porfirio Díaz.

Para Monsiváis este suceso, que llama *La Gran Redada*, inventa públicamente a los homosexuales en México, pues los saca del silencio que se tendió sobre el tema durante el siglo XIX. De igual forma, da salida a la SMS tanto en el terreno de la *definición social* como en el de la *autodefinición*, elementos básicos de construcción identitaria (Melucci, 1999, 1995; Giménez, 2002). Es decir, *La Gran Redada* genera una definición social de la homosexualidad, asociándola a una burguesía supuestamente afeminada.

Al hacerse pública esta definición agrega cada vez más claramente un imaginario social sobre los varones con SMS, es un reconocimiento, negativo, pero al final de cuentas público. La divulgación de la noticia en los círculos ciudadanos produce un discurso que puede ser retomado en términos de *identidad*. Para decirlo con Monsiváis (2001) *reconocerse en la condena en el rechazo es finalmente también un sentido de pertenencia*. Y la construcción identitaria de los varones con SMS tiene el anclaje más fuerte en esas imágenes negativas, de rechazo, condena religiosa, civil, penal, etc.

A lo largo de la primera década del siglo XX los diarios locales continuarán alimentando de manera mucho más pública, el suceso de los 41. En *Homophobia and the Mexican Working Class, 1900 – 1910*, Robert Buffington (2003, T.P.) explora a través de diarios como *La Guacamaya*, *El Diablito Bromista*, caricaturas, descalificaciones y constantes bromas con los *jotos* y con *los cuarenta y uno*.

El análisis hemerográfico que hace Buffington sugiere cómo a lo largo de la década se fueron difundiendo una serie de identidades sociales ligadas a la SMS. Cada vez es más frecuentemente que los *jotos* comiencen a ser dibujados, a salir del silencio, vía la broma, la

burla, por ejemplo, en el número 41 de *La Guacamaya* (correspondiente a 1906) se aclara: “[...] No me refiero a los hombres/ que sin vergüenza y pudor, / organizaron un baile/ que llamó mucha atención. / Es que ya LA GUACAMAYA/ a este número llegó” (citado en Buffington, 2003: 214).

En 1906 se publica *Los cuarenta y uno. Novela crítico social*, de Eduardo Castrejón, en la que expone los sucesos del arresto de los 41 y su envío a Yucatán, así como el escándalo en la elite porfiriana. Monsiváis lo describe como “un libro de la época, que quiere ser novela” y de Castrejón señala que es un “moralista sin talento literario” (2001: 309), afirmación que hace citando a Castrejón: “[Los cuarenta y uno] jóvenes inflamables, repudiables, odiosos para el porvenir y por todas las generaciones, escoria de la sociedad y mengua de los hombres honrados amantísimos de las bellezas fecundas de la mujer” (1998: 15 y 16).

El libro de Castrejón puede ser visto cómo un indicio del estigma (o identidad deteriorada) que suscita el escándalo de *los cuarenta y uno*; el número perdurará varias décadas como broma, escarnio e insulto; al que los *hombres* le rehuyen. Hasta hace muy poco ha ido quedando en desuso. Es posible que todavía hasta entrado los años ochenta se siguiera usando como sinónimo de homosexual.

Monsiváis ha señalado que la redada *inventa* a los homosexuales. Nosotros pensamos que difunde y reproduce la imagen del *joto*, que posiblemente ya era conocida y popular en la época, tal como lo evidencia el insulto. Con los 41 se va reconociendo al *joto* de clase alta. La sexualidad también se va construyendo en diarios dirigidos a poblaciones populares. José Guadalupe Posada los pinta vestidos con ropas de mujer burguesa, mientras alrededor se nota el escarnio del pueblo.

Buffington (2003) nos muestra cómo a través de esos diarios se construyó la imagen del *joto* como alguien contrario a las características de los trabajadores mexicanos, de los hombres del pueblo, se les dibujó como aristócratas deleznable; la idea de un *joto* pobre sería inconcebible e inaceptable porque entre *los verdaderos hombres*, de acuerdo a las definiciones de la masculinidad de la época, no hay *jotos*; en el pueblo no existen, eso sería un mal de los ricos porfiristas. Esto no quiere decir que los sectores burgueses porfiristas

aceptarán socialmente a otras sexualidades, de igual forma públicamente las condenaban y rechazaban.

Los aristócratas acompañaron la legitimación de su creciente poder con nociones de valores familiares y de intimidad heterosexual (Buffington, 2003). Por otro lado, la clase trabajadora encontró un mecanismo de defensa, a través de la ridiculización y el insulto de los *jotos* burgueses, de éstos como un mal nacional. En ambos sectores, para mencionar sólo estos dos, se elaboraban lecturas en términos de clase sobre la sexualidad. Estas nociones se vieron cristalizadas en las siguientes décadas con la articulación de un discurso nacionalista, misógino y dominante, compartido tanto por los trabajadores como por sectores medios, o con el aval de los gobiernos.

4.6 Deseo y prohibición en la Revolución Mexicana.

La Revolución Mexicana reestructuró un orden social amplio, permitió un reacomodo entre clases y entre regiones, y quizá derivado de ello desbarató ciertas nociones sobre sexualidad y género que se mantenían restringidas en el *porfiriato*. Monsiváis anota varias características de vida cotidiana, un tanto ocultas en los análisis de la Revolución Mexicana, que a fuerza de la interacción cotidiana en el proceso revolucionario fueron introduciendo de manera mucho más pública relaciones de género soterradas en el porfiriato.

Las tomas de las ciudades, las migraciones masivas, las legiones de hijos sin padre, las oleadas de prostitutas, hacen inocultables las exigencias del deseo.... [La revolución] vuelve 'conquista social' la mezcla de oficiales de alto rango y prostitutas, advierte una nueva institución nacional en las madres solteras (por lo común desertoras de los pequeños pueblos), y, sobre todo, debilita el peso de las prohibiciones morales (2001: 316).

Los cambios en la sexualidad mexicana no se entienden sin una serie de fenómenos que la Revolución genera, provoca e institucionaliza, pero también hay ciertas continuidades en términos del *orden de género* mexicano. El *hombre que se quiere* de este proceso histórico nos dice mucho en relación a la masculinidad.

Estas transformaciones ocurren en mayor medida en las ciudades, la dinámica de éstas va permitiendo una serie de relaciones sociales que posibilita el despliegue de un

escenario en el que *los jotos* fueron apropiándose de la ciudad de México, ocuparon espacios públicos, tuvieron mayor visibilidad y voz.

La Revolución matizó cambios al *orden de género*. Si bien promovió ciertos cambios como la promoción de una educación laica¹⁰¹, también se mantuvieron algunas prácticas y estructuras de éste. Un ejemplo elocuente a nivel público es el caso de una sesión especial en la Cámara de Diputados el 11 de junio de 1917 el diputado federal del estado de Hidalgo, Alfonso Cravioto, preguntaba a sus compañeros si el presidente de la Cámara debería ser depuesto si se le probaba que era *pederasta*, ¿si el órgano legislativo toleraría tener a alguien con esas características presidiendo las sesiones? (De la Dehesa, 2005, T.P.).

Al margen de que la *pederastia*¹⁰² sea un tema controversial y debatible, lo que el debate legislativo refleja es la preocupación que los legisladores tenían por las permisividades y/o prohibiciones de la época en materia de sexualidad. Un legislador pederasta era para Cravioto alguien de “*baja moral y degeneración psicológica*, alguien que denigraba el honorable cargo de representante nacional” (De la Dehesa, 2005: 271, T.P.). Lo que pensaba el legislador no debía estar muy lejos de lo que el *orden de género* sustentaba.

4.7 Primeros trazos modernos de la identidad con base en la SMS

En la escena política, el México de la década de 1920 tuvo dos figuras centrales. El último gran caudillo de la revolución: Álvaro Obregón (1920-1924), que fue asesinado, y su sucesor político Plutarco Elías Calles (1928-1932). A partir de 1920 el país enfrentó la reconstrucción económica, social y política, los generales revolucionarios empezaron a

¹⁰¹ Roberto Blancarte define a la *laicidad* como “[...] un régimen social de convivencia, cuyas instituciones políticas están legitimadas principalmente por la soberanía popular, y [ya] no por elementos religiosos. Por eso, el Estado laico surge realmente cuando el origen de esta soberanía ya no es sagrada sino popular” (2001: 847). La laicidad implica un marco plural de paradigmas que incluye las religiones, pero que en el ámbito público están regulados en un marco jurídico de equidad que garantice las creencias religiosas de los ciudadanos.

¹⁰² Recordemos que el término *pederastia* ya era usado en México a principios de siglo XX por los criminólogos, y lo usaban para referir las relaciones sexuales del mismo sexo. El término homosexual no entraba aun a México y puede ser que el diputado Cravioto lo usara en ese mismo sentido. Nesvig (2000) nos ha hecho notar como Carlos Roumagnac, un de los principales criminólogos de la época consideraba como en algunos casos la pederastia era considerada resultado de una enfermedad congénita o psicológica, y cómo en otros la atribuía al ambiente social en el que el criminal o pederasta crecía. Este autor concluía que pese a que los presos negaran la pederastia, era muy común encontrarse en la cárcel varones con SMS.

construir una estabilidad en esos órdenes. Es en este contexto que el reforzamiento de las representaciones sociales sobre la SMS se puede observar con mucha mayor visibilidad.

En los años veinte, los primeros años después de concluida la lucha armada revolucionaria, los diversos gobiernos toleraron la educación religiosa en colegios privados, haciendo caso omiso del artículo 3° de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, pero durante el gobierno de Elías Calles se radicalizó la política educativa; se marginó el culto religioso en la educación pública (Bonfil, 1998). Ese proceso redundó en la disminución de la penetración del discurso religioso en materia de sexualidad en el sistema educativo.

Musicalmente ya se empezaban a oír las composiciones de Agustín Lara. En las élites se bailaba el *charleston* que en Estados Unidos causaba furor, en la ciudad de México circulaban los primeros automóviles (Ramírez, 1992)

En los veinte no hay un *ambiente homosexual*, por generación espontánea, ese ambiente ya está formado antes de que uno de los principales cronistas de la ciudad, Salvador Novo, relate brillantemente este período que le toca vivir junto con el grupo de amigos a principios de esta década. El entonces joven escritor encuentra en la ciudad de México, una red de personas que ya conocen ciertos sitios de reunión, de ligue¹⁰³.

Se considera, para seguir a Monsiváis (2002), que a partir de 1920 hace su aparición pública una *primera generación* de varones con SMS en México; se conoce de una colectividad que va construyendo una *identidad colectiva* con base en noticias fragmentarias de esos *otros*, del conocimiento y la complicidad de ciertos espacios ciudadanos, pero es un grupo disperso en las clases populares, o de clase media baja, que son más susceptibles de golpizas, burlas, despidos, cárceles e incluso asesinatos, y desde luego de las clases medias altas y en menor medida de la burguesía.

¹⁰³ Novo nos ofrece un testimonio interesantísimo de su persona y de la vida en la ciudad de México, que va de los años veinte a los cuarenta. Recrea la vida de una red de varones principalmente burgueses que comparten un estilo de vida, un lenguaje cifrado y el gusto por *los hombres*, a quienes buscan y ligan, enamoran en varios sitios de la ciudad. Esto lo recrea en sus memorias tituladas *La Estatua de Sal*, escritas en sus primeros 20 años, y publicadas hasta 1998. Un fragmento de ellas fue publicado en 1978 en la revista *Nuestro Cuerpo* del Frente Homosexual de Acción Revolucionaria (FHAR). Sus memorias abarcan los primeros 20 años, ya que las dejó inconclusas a mediados de los cuarenta. Son, sin lugar a dudas, un testimonio histórico imprescindible de la vida cultural en la ciudad de México, y también se pueden leer en términos de *género y sexualidad*.

Salvador Novo¹⁰⁴ llega al mundo irónico de *las locas* en los años veinte, se encuentra con su humor tan característico, con su “trasvestismo verbal” (Monsiváis, 1988) y *corporal*¹⁰⁵, sus mordaces apodos como “la cotorra con Pujos”, y Chucha Cojines, la Virgen de Estambul, Clarita Vidal, la Pedo Embotellado.

Los *entendidos*, los *maricones*, las *locas*, los *jotos*, que para entonces empiezan su visibilidad asumen su identidad y las nociones del cuerpo en términos dominantes. Los discursos y prácticas de cuerpo de la época asocian la SMS con lo socialmente femenino, el orden de género sigue colocando jerárquicamente a lo femenino y a las mujeres en términos inequitativos. En tanto, estos *actores* crean actos de resistencia al asumir con ironía lo que los ciudadanos les imputan, o como ha dicho Monsiváis para este período, “ser afeminado es asumir de antemano la condición de vencido y transformarla hasta donde se puede [...]” (2002: 93).

4.7.1 “Amar con hombres”

El poeta Nandino¹⁰⁶ nos da cuenta de todo un mundo de relaciones sexuales y afectivas entre varones que participaban en patrones masculinos dominantes¹⁰⁷. Él es el contrapunto de Novo. Si éste reivindica lo femenino como provocación, el poeta de *Banquete íntimo* asume una identidad dominante del ser *hombre*, “siempre gocé de una normalidad corporal y una apariencia de masculinismo” (Aguilar, 1986: 15), nos dice.

En este mismo sentido el también médico refiriéndose a Xavier Villaurrutia y Salvador Novo dice: “puede ser que les haya gustado nuestro sentido del humor y nuestra fortaleza física, porque Roberto y yo teníamos una apariencia sana que contrastaba un poco

¹⁰⁴ En 1917 Novo llega a la ciudad de México, cuenta con 20 años, pero no es sino hasta los veinte que se introduce al mundo de *las locas*, como el mismo les llama.

¹⁰⁵ La expresión *trasvestismo corporal* en los varones, para usar un juego de palabras, refiere los movimientos exaltados del cuerpo, un uso del cuerpo distinto a lo socialmente masculino y más cercano a las representaciones sociales de lo femenino. La permisividad de *las locas* de los veinte representa un punto de ruptura con la conformación dominante de *la masculinidad* sobre el cuerpo.

¹⁰⁶ Al momento de concluir la presente tesis, me encontré con una biografía del poeta y médico Elías Nandino, integrante de *Los Contemporáneos*. Pensamos que una relectura del escritor nos puede decir mucho en términos de cuerpo y masculinidad y que es necesario profundizar. Aquí solo referimos algunas cuestiones.

¹⁰⁷ Éstas son más difíciles de ubicar públicamente puesto que son ocultas, del terreno privado. Nandino nos relata como: “la mayoría de los muchos encuentros sexuales que tuve en esa época, eran fugaces; en parte porque no me interesaban para más, o también por que los muchachos que encontraba, en la intimidad eran entregados, fogosos, pero ya en la calle o en la escuela, cuando los volvía a encontrar, para dárselas de muy machitos casi no me hablaban o evitaban que nos vieran juntos, y eso sí era molesto porque por culpa de esa hipocresía había pasado muy malos ratos en Cocola como en Guadalajara” (Aguilar, 1986: 54).

con la de ellos que más bien era de debilidad” (Aguilar, 1986: 53). El contraste al que alude tiene que ver con las *prácticas que se reflejan en el cuerpo y se derivan del mismo*, para usar la expresión connelliana. Es decir las nociones de debilidad y fuerza tienen un referente de construcción histórico que se puede encontrar en México desde siglos atrás para definir el *ser hombre*.

En las memorias tituladas *Una vida no/velada*¹⁰⁸ da cuenta de las relaciones sexuales entre *hombres*, “yo gocé de pasiones masculinas ¡enormes! Lo juro de verdad, sin presumir. Masculinas porque yo siempre he sentido que soy hombre y ellos también se sentían hombres” (1986: 120). Una lectura del erotismo, en este autor, en términos de género nos señala las contradicciones del discurso público y las prácticas sexuales, pero también nos habla de las relaciones de género que ahí se establecen, las interpersonales con amistades, con parejas. En éstas cuenta cómo logra convencer a un muchacho de que “había otra clase de amores, por ejemplo el de un hombre por otro, sin desprestigio para la hombría de ninguno de los dos” (107).

De igual forma la narrativa del escritor nos da cuenta de la significación de lo afectivo, de lo sexual, en suma del orden de género en esta época. Así el autor de “*parece dormir el cielo desnudo con el sol entre sus muslos*” nos dice

[...] decidí separar, y hacerme el propósito de distinguir –bien y pronto- las aventuras meramente lujuriosas de lo que podrían ser relaciones más profundas, porque pensé que sólo la combinación de deseo, placer y afecto darían por resultado relaciones amorosas y perdurables, quizá más a salvo de vergüenzas inútiles o delirios de persecución torpes y dolorosos (Aguilar, 1986: 54 y 55).

El poeta es discreto al revelar su orientación sexual, pero tampoco la esconde, goza del respeto de sus colegas y de sus varios amantes hombres que llegaron a enamorarse de él, incluso de los que por dinero se relacionaba. El escritor cuenta que nunca tuvo relaciones con *afeminados*, “lo bonito es amar con hombres” (120) decía. En la época, *locas* y no, tienen por común el objeto de deseo a los *hombres*.

¹⁰⁸ Este libro está escrito en colaboración con Enrique Aguilar, a base de cartas del poeta, de su archivo, entrevistas y notas. Nandino da cuenta de la vida cultural de México, de la ciudad, este es un exquisito testimonio lleno de varios procesos que vive la ciudad y sus personajes, de élite, de la cárcel, del mundo de la medicina, la vida nocturna, del ambiente cultural, pintores, cantantes, actores, de las clases bajas, de la vida misma.

Es decir, todo este otro lado de la SMS en la ciudad de México coexiste con las representaciones dominantes de masculinidad. Desde entonces hay una tensión en la construcción identitaria entre los varones con SMS, que han lidiado con la imagen femenina de la loca y por representaciones dominantes. Esto último implica no reconocer públicamente el deseo o las prácticas sexuales entre varones, y su condena pública. En su calidad de médico cuenta la cantidad de hombres que lo visitaban para atender problemas relacionados con el sexo:

“[...] lo mismo curé a un obispo que llegó a verme con un chancro sifilítico en la lengua que a infinidad de hombres casados que tenían enfermedades venéreas en el recto, y que pese a que sabían que a mí me podían hablar con confianza, la mayoría se desesperaba, en otras lloraban y algunos hasta se llegaron a dar de golpes en la pared antes de tener que aceptar sus prácticas sexuales” (Aguilar, 1986: 160).

En esta época pos-revolucionaria, se va evidenciando una serie de definiciones en términos de masculinidad, de los cruces de la SMS con el género, que públicamente vienen asomándose en la ciudad de México. Con más visibilidad desde finales del siglo XIX, Nandino, Novo y los integrantes de Los Contemporáneos son testigos imprescindibles de estos cambios en mayor medida ciudadanos.

4.7.2 Los Contemporáneos

Este grupo literario es una élite, varones con SMS universitarios, clase media que asume las representaciones sociales existentes, la del *joto*, la del *afeminado*, la de *hombre* como un devenir, pero las transforma con ingenio (Novo, 1998; Aguilar 1986). En la ciudad de México emerge un discurso festivo e irónico frente a la *injuria*¹⁰⁹, *Los Contemporáneos*, son un punto clave en la creación de una cultura que con humor y mordacidad revitaliza la imagen de *la loca* y de otras representaciones corporales e identidades sociales por cuanto a SMS.

Los relatos de vida de este grupo nos dan una muestra de los cambios en la ciudad de México en términos de presentación de la vida cotidiana pública de ésta, nos presenta un

¹⁰⁹ Recurro a la categoría de Didier Eribon (2001).

punto de ruptura interesante en el *orden de género* que vale la pena explorar¹¹⁰. Nandino hablando de esta agrupación literaria cuenta:

A poco de que nos conocimos se pusieron de moda los pantalones “halón”, que eran anchos de la parte de debajo de tal manera que las valencianas cubrieran zapatos. A los cuatro se nos ocurrió mandar a hacer de esos pantalones, del mismo color. Una vez que nos los entregaron salimos a pasear por el centro, uniformados y por estaturas; Salvador que era el más alto en un extremo y Xavier, que era el más chaparrito, en el otro

Cuando pasamos por la Alameda vestidos así, nos tocó una silbadera y una piedriza que tuvimos que echarnos a correr y hasta abordamos un taxi para ir más pronto a quitarnos esos pantalones.

A partir de que comprendí y acepté mi necesidad de vivir intensamente –tanto en lo sexual como en lo social e intelectual- mis aventuras aumentaron en todos los sentidos (Aguilar, 1986: 54).

Este testimonio es un termómetro de las significaciones que hacen en relación a su vestimenta, por el desafío a las nociones dominantes de la masculinidad en la presentación de la vida cotidiana. *Los Contemporáneos* abren brecha en este sentido y en otros ámbitos transformaron algunas relaciones de género.

Novo, al relatar el mundo de *las locas* en los veinte, da cuenta también del tipo de relaciones que establecen, y a través de ello podemos visualizar la construcción de ciertos personajes, de identidades sociales disponibles, que los varones con SMS van asumiendo y reelaborando.

Así, este escritor nos cuenta de Clara, la cual expone su visión, su representación social de la masculinidad, del género en *las locas*: Clara saca a relucir su propia intolerancia ante otras imágenes sociales de varones con SMS.

Clara, pues ciño a presentarme como su *sobrina* sus automáticos impulsos de desfigurar el nombre de la gente, alentaba fobias irreductibles y feroces contra los invertidos que rehuyeran, tímidos, el escándalo de su agresiva amistad. Si los tropezaba en la calle, y no huían a tiempo, los llenaba de injurias en voz alta, o les soltaba al pasar, con un escupitajo, el apodo que les había dado. Así cierto Carlos Meneses que posaba como diplomático desde los aires de gran señor de su estatura verdaderamente mínima, tenía que soportar con el estoicismo de sus menudos ojos que no se sabía nunca a donde miraban, que Clara le gritara la Pedo Embotellado. Lo que le irritaba, al parecer, no es que fueran como él, sino que lo ostentaran

¹¹⁰ En este trabajo excede a nuestro análisis el estudio a profundidad de este grupo literario, aquí nos hemos limitado a señalar algunos puntos importantes de su vida cultural. Hay varios trabajos sobre *Los Contemporáneos* sobresale el de Sheridan (1982) y otros tantos de corte académico.

menos notoriamente, o que le escatimaran el homenaje debido a su condición de reina y de dueña caprichosa de su tiempo y de su admiración. (Novo, 1998: 94).

Habla de Clara, la *amiga* de su tío con la sutileza de su estilo literario, pero también con la inventiva de un lenguaje mordaz, recreativo al referirse a *las locas*, identitariamente compartido por este grupo, que empieza reconocerse, fuera del contexto de castigo, del estigma como en el caso de *los 41*:

Así, valida de sus influencias oficiales, que le abría el paso a todas las jefaturas burocráticas, se presentaba en las oficinas en las que trabajaban sus *amigas* y obtenía permiso para que abandonaran el trabajo en ese momento, para acompañarla a *putear*, lo cual consistía en contonearse con ellas por las calles, piropear atrevidamente –y a veces, con inmediata eficacia- a los hombres, en cuya cara soltaba, mirándolos, un cógame que solía dejarles alelados, y que si los hacía volver a reclamar, él afrontaba con una súbitamente recuperada virilidad, para preguntarse si traían aretes, y si se habían creído semejantes de digna invitación. (Novo, 1998: 94).

La imagen de *la loca* se va dibujando como provocadora, cargadora del deseo en los ojos, con actitud inmediatamente retardadora, poseedora de un afeminamiento deliberado y minuciosamente construido, pero recurrente al recurso de la masculinidad, como un mecanismo de defensa, tanto en el discurso como en las prácticas. En medio de la degradación como sujeto, recurre a ser *perra*, es decir sustituye la violencia física por la ironía, la ridiculización, mostrarse con el cinismo elegido, el lenguaje funge como herramienta simbólica principal en su presentación en la vida cotidiana.

Los juegos en el lenguaje retan a la masculinidad dominante, ahora bien, *las locas*, pueden reproducir una idea dominante, del *orden de género* binario, y excluyente. Buscan a los *verdaderos hombres*, no a otras *locas*, Novo nos cuenta:

Enterado de las mías [las relaciones] con Tovar Ávalos, las reprobó con energía, y tomó por su cuenta que concluyeran, para lo cual el mejor expediente le pareció entregarme a las caricias de los verdaderos hombres, pues a su juicio, uno se *salaba* al acostarse con seres tan de su propia especie como la Pera Collie, que es el nombre que inmediata, y certeramente, asestó al Maestro. (1998: 95).

Esos *verdaderos hombres* a los que el cronista se refiere son proletarios, choferes, *cinturitas*¹¹¹ con el porte de una masculinidad que se va construyendo socialmente, es decir que van creando y reforzando las representaciones sociales del ser hombre, en este caso el de estar en el mundo público, el de laborar en trabajos socialmente masculinos, como manejar camiones, trenes, tener una apariencia contraria a la de los jóvenes burgueses y afeminados.

Así, mientras daba en la sala sus lecciones de piano, me encerró en su recámara con otros dos o tres golfos de su fugaz clientela, por uno de los cuales, un chofer llamado Arturito, que piloteaba uno de los primeros camiones de pasajeros a la colonia Roma, germinó un principio de enamoramiento que me hacía aguardar largas horas en la esquina de Tacuba y Brasil el regreso de su vehículo, para tomar asiento a su lado y aspirar con un deleite retrospectivo y provisor las emanaciones de la gasolina junto a su cuerpo. (Novo, 1998: 95).

El testimonio del también poeta nos muestra las relaciones interpersonales del mismo sexo, pero también documenta las relaciones sociales del deseo masculino. Al leerlo, no podemos menos que preguntarnos por el deseo de los *hombres* que asisten a las casas de los *burgueses jotos* que describe, ¿esos choferes acaso no desearán a otros?, el prestigio de su masculinidad pública hacia que no lo manifestasen. No se definían como *jotos*, *putos* o cualquier otro tipo de identidad social popular porque su discurso era dominante; el de penetradores, es decir el de los *hombres* de la época.

El autor de *La estatua de sal* encontró un espacio en *Los Contemporáneos*, para el ejercicio literario y poético, pero también un sentido de pertenencia, de identidad colectiva. Novo dirá con su poesía: *los que tenemos unas manos que no nos pertenecen, inútiles para el trabajo, torpes para la caricia*, y con ello publicará su orientación sexual. Se maquilla, les grita *jotos* a sus amigos en la calle, su vida la asemeja a una obra de arte, es único, mordaz, creativo. Nandino cuenta que alguna ocasión se encontró a él en la Alameda capitalina y éste le llevo a una plaza para que le viera hacer teatro, lo improvisó. “Así es como se debe hacer” le exclamó al autor de *Eterno Rojo* (Aguilar, 1986).

No todos *Los Contemporáneos* comparten la misma sexualidad, pero encuentran en él un espacio de vanguardia literaria y de sus propias vidas. En general, éstos, crearon una visibilidad de lo que se comenzó a llamar *homosexualidad*. Este espacio de apertura en la

¹¹¹ Esta es una palabra que refiere al hombre que regentea a las prostitutas (ahora trabajadoras sexuales), y

ciudad de México no elimina la persecución, el acoso, las golpizas, los encarcelamientos, las expulsiones de las familias, despidos, humillaciones a quienes ejercen la SMS.

Recordando el movimiento artístico y literario descrito por Eribon (2001), *Los Contemporáneos* sentaron la base de la creación de una identidad colectiva, generaron discursos que actualmente siguen vigentes en las identidades de género derivadas de la SMS, reapropiaron espacios simbólicos y físicos como cabarets, los “estudios” del centro de la ciudad donde llevaban a sus amantes, *presas*, *ligues*; generaron códigos de lenguaje. Nandino hablando de los paseos con ellos apunta: “fue surgiendo una especie de complicidad porque poco a poco fuimos haciéndonos de un lenguaje común, y ya después con un gesto, una mirada o una exclamación nos entendíamos, por ejemplo, cuando veíamos muchachos en la calle” (Aguilar, 1986: 54). Las relaciones sexuales que tuvieron reprodujeron y generaron relaciones de género, es posible que no rompieran con el *orden*, pero sí transformaciones en sus *regímenes*.

4.7.3 El Estado “masculino” de los treinta nacionalistas: aparece en el escenario mexicano “el homosexual”.

En los primeros cuatro años de la década de 1930 México estuvo gobernado por los presidentes Pascual Ortiz Rubio (1930 -1932) y Abelardo L. Rodríguez (1932-1934). Podemos decir que es en esta década cuando hace su aparición el *homosexual* como personaje en la medicina. Paralelamente, en los treinta el Estado muestra un interés central por impulsar una visión del género y la sexualidad, a través de modelos educativos; se empiezan a trazar las ideas de la mujer y el hombre mexicano acordes a su proyecto de nación, al emergente de la Revolución. Veamos a continuación estos dos procesos en los que la medicina y el derecho forman parte central del debate de la SMS.

Las identidades sexuales en los treinta encuentran representaciones de rechazo, de condena, de punición con aval del Estado. En el artículo 53 del Código Penal de Veracruz de 1931 se consideran peligrosos: “los invertidos y demás defectuosos mentales” (citado en Monsiváis, 2002: 94). Los invertidos, categoría de la psiquiatría, son considerados delincuentes, “peligrosos sociales”, y aparecen tipificados al lado de los reincidentes,

también llega a prostituirse con hombres.

fanáticos, toxicómanos, alcohólicos. Es decir, una construcción identitaria que comienza en los criminólogos de finales del siglo XIX y principios del XX, como Roumagnac.

Otro reflejo del interés del Estado en la sexualidad fue el asunto de la educación sexual. En 1934, siendo secretario de Educación Pública Narciso Bassols, en el gobierno de Abelardo Rodríguez, al amparo de una modificación al artículo 3º constitucional de 1917, impulsó un modelo educativo al que le llamaron *socialista*, en él enfatizaba la laicidad de la educación, y excluía toda doctrina religiosa. Un año antes las autoridades educativas habían impulsado la educación sexual en las escuelas primarias. Los grupos conservadores respondieron con movilizaciones en las que se exaltaba cierto anticomunismo (Bonfil, 1998).

El Estado posrevolucionario¹¹² se fundó sobre la idea de una masculinidad dominante que excluía lo “afeminado” y lo “extranjero” como parte de los valores “masculinos” mexicanos (Balderston, 1998a). El vínculo masculinidad - proyecto nacionalista se concentró en las élites “ilustradas” de México, pero también las clases bajas heredaron visiones no muy distantes de ellas, por lo menos en términos de definiciones sobre la sexualidad y el ser hombre o mujer en México. En este lapso hubo *espacios de quiebre* importantes en relación a la SMS, quizá de ahí provengan los más cercanos a este México contemporáneo.

El 31 de octubre de 1934 un grupo de intelectuales, entre los que se encuentran Renato Leduc y Jesús Silva Herzog, hace una solicitud al Comité de Salud Pública de la Cámara de Diputados, en la que se pide “purificar a la administración pública” de los *hermafroditas* y se exige la destitución de los cargos públicos que detentan algunos miembros de *Los Contemporáneos*. A la letra su demanda dice:

Se hagan extensivos sus acuerdos a los individuos de *moralidad dudosa* que están detentando puestos oficiales y los que, con *sus actos afeminados*, además de constituir un ejemplo punible, crean una atmósfera de corrupción que llega al extremo de impedir el arraigo de las *virtudes viriles en la juventud* [...] Si se combate la presencia del *fanático*, del *reaccionario* en las oficinas públicas, también debe combatirse la presencia del *hermafrodita* incapaz de identificarse con los trabajadores de la reforma social. (Citado en Monsiváis, 1998: 24, cursivas mías).

¹¹² En la historiografía mexicana se conoce estrictamente como *posrevolución* al período comprendido entre el gobierno de Manuel Ávila Camacho (1940) y Gustavo Díaz Ordaz (Vázquez, 2002), sin embargo algunos

Las reacciones de algunos intelectuales a este grupo mostró públicamente un ideal de masculinidad presente en la época, y que pretendió pasar no solo como un “deber ser” del hombre, y como un principio político de todo (post) revolucionario – nacionalista. Esta petición de depuración de ellos puede explicarse por una cuestión meramente coyuntural y política de los intereses de grupo, por cotos de poder; pero independientemente de los motivos inmediatos de la petición, lo que salta a la vista sustancialmente son los recursos que anteponen para su renuncia; los discursos de masculinidad y género de lo que el hombre nacionalista *no debe ser*: “Mientras el nacionalismo y la voluntad social poseen un *sexo definido y orgullosamente erecto*, los “otros” titubean en una indefinición ideológica que, por metonimia, lo es también social” (citado en Balderston, 1998a: 62, cursivas mías).

Pese a los reclamos de los intelectuales y artistas *nacionalistas*, un espacio de resistencia logró consolidarse frente a los modelos de género y sexualidad dominantes, prueba de ello fue que *Los Contemporáneos* marcaron un discurso de apertura sobre la SMS. En el plano de las relaciones de poder burocráticas el grupo pasó de “opositores” en el gobierno nacionalista de Lázaro Cárdenas (1934-1940) “al pleno poder de la República de las letras” del sexenio de Ávila Camacho (Ramírez, 1990).

El inicio de este sexenio arrancó también con algo que puede ser visto como la introducción de las teorías médicas del debate de “la homosexualidad” en México; el término se difunde mucho más en la ciudad, en las élites académicas y si bien desde finales del siglo XIX este debate comienza con los positivistas, es hasta la década de 1930 que tiene mucho más peso; son los tiempos de predominancia de la psiquiatría.

En 1934 el director del Manicomio General *La Castañeda*, y posterior jefe del subsector de Prostitución e Higiene Mental de la Liga Mexicana de Higiene Mental, Alfonso Millán, publicó en la revista *Criminalia* un artículo sobre el “Carácter antisocial de los homosexuales”. En él discurre sobre la homosexualidad masculina desde una perspectiva del psicoanálisis y de la endocrinología.

Para Millán hay dos categorías de homosexualidad, las innatas, y las adquiridas en el medio ambiente. Atribuye la homosexualidad al desarrollo incompleto de los hombres y a la disyuntiva entre la edad cronológica y la madurez psicológica. Los homosexuales, a

analistas amplían el término para referirse al lapso que va del fin inmediato de la lucha armada al gobierno de Díaz Ordaz.

diferencia de su contraparte imbricada “los heterosexuales”, son inmaduros, sugiere el autor, señala que el tipo más común de homosexual en México es el “afeminado” que “[...] combina los peores aspectos de cada sexo: la *agresividad* y la vanidad de los hombres con la doblez de las mujeres, astucia, y proclividad al *comadreo*” (citado en De la Dehesa, 2005: 56, cursivas mías, T.P.).

El tipo de homosexual que identifica es un híbrido de mujer y hombre, es decir no es exclusivamente ninguno de los dos. El artículo dice mucho en términos del *orden de género* mexicano en turno, de las concepciones *esencialistas* de género y sexualidad, que vinculan indisolublemente las construcciones sociales de la masculinidad y la feminidad con la SMS.

El doctor Millán se cuestiona, en referencia clara a *Los Contemporáneos*, cómo algunos homosexuales han ocupado cargos oficiales y académicos; concluye su artículo haciendo un llamado a los legisladores de la nación a regular la vida pública no en términos morales sino desde “[...] los modernos conceptos de la criminología, los cuales imponen en los legisladores el deber de conducirse con *profilaxis social*” (De la Dehesa, 2005: 56, cursivas mías, T.P.). El artículo del doctor Millán es muy elocuente en términos de la influencia del paradigma médico en lo que ya se empieza a llamar uniformemente en México: *la homosexualidad*.

Dentro de los escasos registros historiográficos que documentan la persecución de *los homosexuales* se encuentra la que consigna el diario local de Guadalajara *Las noticias* de junio de 1938: al artista Jesús Reyes Ferreira se le detiene en su domicilio bajo las acusaciones de “[...] invertido, corruptor de menores, y de organizador de saturnales” (Monsiváis, 2002: 94).

El castigo de él y otros detenidos, es semejante al que aplican en la famosa *Gran Redada de 1901*: “[...] se les saca de la Comisaría a las seis de la mañana, se les hace barrer las calles rumbo a la estación de trenes y se les envía a la ciudad de México” (Monsiváis 2002: 98). En el camino, sostiene el cronista, los espectadores les gritan, los escupen y les arrojan objetos. Entre quienes apoyan la expulsión se hallan los integrantes del Bloque de Obreros de Artes Plásticas, de izquierda.

Vale la pena señalar la década de los treinta como emblemática de la conformación de la identidad homosexual, conformada desde distintos debates médicos, psiquiátricos,

criminológicos. El modelo médico de la homosexualidad y el vocablo mismo se afianza en esta década. El personaje *homosexual*, del que habla Foucault (2000), hace su aparición aquí.

Varias instituciones dejan ver la concepción de relaciones de género, de significaciones sobre la sexualidad fenómenos que se dan al interior de ellas. Esta década, en términos de masculinidad, proyecta mucho en el análisis de la SMS.

4.7.4 “El ambiente” de los cuarenta: fin de la primera generación.

La transformación económica que se había iniciado en el gobierno de Cárdenas se dejó sentir plenamente a partir de 1940, no sin ciertas dificultades de las circunstancias internas y externas de la economía (Meyer, 2000); México pasó de un país predominantemente agrícola a uno industrial. Políticamente el cambio presidencial de 1940 fue turbulento entre el candidato oficial Manuel Ávila Camacho y las fracciones de Juan Andrew Almazán; el Partido Acción Nacional, que se había fundado un año antes no presentó candidato.

Desde principios de siglo las mujeres fueron consiguiendo una incipiente autonomía en áreas laborales¹¹³, aunque en los cuarenta los patrones de la masculinidad dominante continuaban subordinando el placer de las mujeres, atribuyéndoles a éstas la *pasividad* de la que también les correspondía socialmente a *los jotos*. En esa misma lógica, la mujer que busca ese placer proscritamente es la *puta*¹¹⁴. El género sigue ordenando dicotómicamente la sexualidad de los mexicanos en relaciones de poder inequitativas, desiguales.

Culturalmente durante el sexenio de Manuel Ávila Camacho (1940-1946) el muralismo comenzó a declinar y empezaron a figurar la pintura de Rufino Tamayo y Juan Soriano. El surrealismo ya estaba penetrando México. En la radio, después de la XEQ, la estación más poderosa era la XEW, al mando de Emilio Azcárraga Milmo, que consolidó

¹¹³ Hacia los años 1915, “México producía sus primeras dentistas, médicas, abogadas y una cantidad de farmacéuticas” (McKee Irwin, 2004: 94).

¹¹⁴ Los análisis sobre las distintas mujeres mexicanas “amas de casa”, “putas”, etc., son imprescindibles, por razones de delimitación analítica no profundizamos en ello, pero consideramos que una caracterización completa al orden de género lo tiene que tener en cuenta.

La posibilidad del reconocimiento social de la sexualidad en las mujeres era algo poco factible para la época; las mujeres lesbianas estaban aún más invisibilizadas que los varones con SMS, las excepciones a la norma la daban los escándalos de la presunta bisexualidad de la pintora Frida Kahlo y la cantante de ranchero Lucha Reyes.

una amplia cobertura nacional. La radio transmitía canciones de artistas creados por ellos mismos, información, entrevistas y radionovelas.

En 1942, el cine mexicano se hallaba en plena expansión, en la pantalla los cuerpos de los hombres eran: con bigote, voz fuerte, pelo corto, la estatura oscilaba entre la media y la alta, generalmente de tez apiñonada, una mediación entre lo blanco y lo moreno; la complexión no era delgada pero rara vez se exaltaban los cuerpos gordos. Los hombres de la pantalla grande eran mujeriegos, y esto los colocaba en un rango de *honor* propio de los varones. En el mismo celuloide surgió una manifestación contracultural; algunos hombres empezaron a vestir sacos anchos cruzados, con grandes hombreras y pantalones con pliegues holgados: *los pachucos* hicieron su aparición con su concomitante ruptura generacional; querían dejar atrás a los charros (Ramírez 1990).

Durante la administración de Ávila Camacho el Estado continuó reproduciendo un discurso masculino dominante. Maximino Ávila Camacho, gobernador de Puebla, cacique y hermano del presidente hacía chistes contra él, entre ellos solía contar que “*al desayunar don Manuel comía lengua porque su hermano se quedaba con los huevos*”. Una expresión popular de la época era “*mujer coqueta tira a puta, y hombre bueno tira a pendejo*” (Ramírez, 1990). Chistes y expresiones populares dicen mucho de las identidades sociales de la masculinidad, son en cierto sentido un espejo.

Ya se dejaba sentir la influencia cultural de EE.UU.¹¹⁵ con las historietas o “monitos” traducidos del inglés; circulaban *La pequeña Lulú*, *Periquita* y *Lorenzo y Pepita*, además de los dramas de Yolanda Vargas Dulché. La influencia de EE.UU. penetraba principalmente en la élite, ya se dejaba escuchar el *swing*, se consumían cigarrillos *Lucky Strike*, *Camel* y se tomaba *Coca Cola*. La mayoría comía tortillas, sopes, picadas (Ramírez, 1990).

La dinámica económica de México -que llamaron “milagro mexicano”- empeoró la situación del campo, hizo que los campesinos se desplazaran a alguna gran ciudad o emigraran ilegalmente a EE.UU. La política agraria de Ávila Camacho dismantló la

¹¹⁵ En su libro *Rebeldes con causa*, Eric Zolov (2002) refiere la hipótesis de Alan Knight sobre la cultura en México, y sostiene que la cultura mexicana empezó una “norteamericanización cultural” en pleno arranque del “desarrollo estabilizador”, esta penetración cultural dominante de occidente, vía el consumismo, las historietas y la televisión –afirma- despolitizó al pueblo de México. La hipótesis sin duda es interesante puesto que la merma de la ideología del partido de Estado pudo abrir consecuentemente también la posibilidad de cambio en otros ámbitos culturales como los de género.

reforma agraria de Lázaro Cárdenas (Ramírez, 1990). Los cambios demográficos en el campo y en las urbes, seguramente también posibilitaron el cambio cultural de ciertas nociones sobre las relaciones de género.

Imaginemos un escenario, de la década de 1940 en la que llegar a la ciudad de México, y encontrarse con el *maricón* en un espacio no exento de agresión o violencia física o simbólica, pero de cierta indiferencia social, modifica los patrones de interacción social de vida cotidiana a la que estaban acostumbrados los habitantes de zonas rurales.

En 1945, al concluir la Segunda Guerra Mundial, México era un país de 20 millones de habitantes, 40% de ellos clasificados como urbanos (Vázquez, et al. 2002). En esto hay que poner énfasis ya que la dinámica de las ciudades, de las que hablan los sociólogos de principios del siglo XX (Simmel, 1988; Wirth, 1988), propicia indiferencia más que apertura y comprensión de los otros, de *los homosexuales* de los cuarenta.

Desde la política oficial se impulsó una visión dominante del cuerpo, la sexualidad o las relaciones de género. Un hecho anecdótico pero expresivo de ello, es la orden que gira la primera dama, Ana Soledad Orozco de Ávila Camacho, en 1944 de ponerle taparrabos a *la Diana Cazadora*¹¹⁶, creación del escultor Juan Olaguibel. Otra expresión mucho más nítida del vínculo *orden de género* dominante y Estado es la publicación, en 1945, del *Derecho Penal mexicano*, escrito por el jurista Francisco González de la Vega, en cuyo tomo III incluye un artículo sobre *homosexualidad*.

El término médico ya había penetrado lo suficiente en las identidades sociales de la época y coexistía con otras representaciones construidas popularmente. El apartado 424 del mencionado libro habla de *homosexualismo* no como actos delictivos, sino como patologías del sujeto que lo práctica. El artículo, de clara influencia psiquiátrica que ya para entonces estaba muy desarrollada en México, termina delegando la discusión a las disciplinas que se encargan de “los trastornos y desordenes” sexuales.

Reconoce lo que llama como *homosexualismo*, como “uniones extraviadas”, “actos contra natura”, “sexualidad desordenada”, “perturbaciones sexuales”, pero también como “amor socrático” para referirse a la SMS entre varones, y “amor sáfico” referido al que se establece entre mujeres.

¹¹⁶ Originalmente *la Diana* se ubicó en la esquina de Reforma y Lieja, donde estuvo hasta que las obras de los ejes viales del regente de la ciudad Hank González la movieron de lugar. Desde 1992, permanece en Reforma esquina Mississippi y Sevilla.

Siguiendo la tradición del Código Napoleónico¹¹⁷, no se inclina por condenarlo jurídicamente. Aclara que la legislación mexicana no contempla las prácticas homoeróticas como delito, y hace hincapié en que lo que si constituye un delito es la *violación* entre varones o mujeres, con la agravante de *pederastia* en el caso de tratarse con menores de edad. De igual forma señala que forma un delito cuando hay un *ultraje público al pudor público*.

Al final de la Segunda Guerra Mundial ya se podía ver un cambio en los modelos de sexualidad y género en general y en particular entre personas del mismo sexo. Si bien el modelo patologizador de la homosexualidad empezó a cimentar, desde la década de 1930, un discurso dominante, este período representó un punto de quiebre en las relaciones de género ya que, entre otras cosas, permitió el encuentro de varones con SMS, fuera de sus pueblos o ciudades pequeñas. Al final de este conflicto bélico, reacomodó un nuevo orden mundial y permitió la transformación de otros órdenes culturales.

El cronista de *Días de guardar* señala que en los cuarenta se cierra una *primera generación* de varones homosexuales, la cual se caracteriza por el hecho de llevar una *doble vida*, de saberse parte de un colectivo minoritario que existe en la ciudad de México, de tener una incipiente identidad colectiva a la que llama *Ambiente*¹¹⁸. Es un colectivo que encuentra a través de las cadenas de amigos, y que también se reconoce en la persecución, el acoso, las golpizas, los encarcelamientos, las expulsiones de las familias, despidos, humillaciones; “[...] sólo a partir de la década de 1940 comienza a notarse la alta frecuencia de los crímenes de odio contra homosexuales” (Monsiváis, 2002: 105).

Las identidades en estas décadas se construían negativamente, las nociones de degeneración, enfermedad, pecado, delito, marginalidad y minoría se traducían en el

¹¹⁷ El código civil y penal mexicano, inspirado en el napoleónico no condena la homosexualidad, pero la sociedad mexicana sí; la transgresión a los deberes sociales del ser hombre y mujer se pagan con el rechazo que va de la burla al linchamiento. Cuerpo dicotómico y reproducción definen las únicas posibilidades eróticas y sexuales, después de eso no hay más aceptado socialmente. “En el Código Napoleónico, los actos sexuales ‘desviados’ eran considerados un delito sólo cuando implicaban un atentado a las buenas costumbres, cuando había violencia o ausencia de consentimiento, o cuando una de las partes era menor de edad o no se consideraba que su conocimiento fuera válido por una u otra razón” (Lumsden, 1991: 53). Lo que se pone de fondo en el debate del Código napoleónico son los límites de regulación por parte Estado entre lo público y lo privado.

¹¹⁸ La palabra *Ambiente* para designar una serie de identidades y espacios consolidados en una red de conocidos se empieza a usar en los cuarenta (Monsiváis, 2004: 201).

destino de varones con SMS. El único espacio de “tolerancia social” un poco más amplio para este sector era sin lugar a dudas la ciudad de México.

En 1947, al dejar la presidencia Manuel Ávila Camacho, México presentaba rasgos de una sociedad industrializada y urbana (Meyer, 2000), y con ello se creaba la dinámica y condiciones propias de las ciudades, es decir de relaciones impersonales, de anonimato, necesarias para el soslayo de la SMS, al menos.

Esta minoría citadina liga con varones socialmente masculinos y consume alcohol: “el alcohol es simultáneamente escape y confesionario, autoengaño y aceptación lacrimosa de los padecimientos de la marginación” (Monsiváis, 2002). Los objetos del deseo para los varones con SMS son los soldados, los marinos, los meseros, los choferes. Sus descripciones de estos “hombres verdaderos” dan a suponer que el sistema de género de *actividad-pasividad* estaba muy marcado (Parker, 2000; 1999; Prieur, 1998; 1996).

Los varones con SMS generan en su vida cotidiana ciertas identidades a partir de sus prácticas sexuales, las asuman o no como tales. En el discurso social esas identidades van emergiendo del marco de un orden de género dominante, van viviendo su sexualidad en los términos que dicta el binarismo. Los modelos públicos que tienen para pensarse a sí mismos, y para imaginar a otros varones que tienen sexo con ellos no son tan diversificados: o son *pasivos* o son *activos*; *hombres* o *jotos*.

Para el Estado y sus instituciones de la década de 1940 poco o nada importa como se definieran o quisieran hacerlo, porque para ellos eran o “monstruos” o “enfermos”. En 1947 José Agustín Martínez, presidente del Instituto Nacional de Criminología de Cuba y director de la Revista Penal de ese país ofreció una serie de lecturas sobre homosexualidad a la Suprema Corte de Justicia de México. “Iremos en busca de estos monstruos. Trataremos de extraerlos [a “los homosexuales”] de su guarida y diseccionarlos ante ustedes” declaró Martínez en la inauguración de las conferencias (citado en De la Dehesa, 2005: 56, T.P.).

La anterior afirmación nos sugiere que en los cuarenta siguió creciendo el debate de la homosexualidad en términos académicos o científicos. El panorama de la discusión científica seguía dominado por la medicina -que de patología no lo movía- y por el derecho penal que se apegaba a esta perspectiva, introduciendo cierto interés de “curiosidad científica” de los *monstruos* que pretendía desmenuzar.

En los cuarenta se afianza el denominativo cotidiano de *las locas*; éstas existen en el argot popular al menos desde los veinte, pero es posible que en esa década se agregue a la identidad social existente una carga de reinención irónica derivado del discurso psiquiátrico sobresaliente de la época. “Loca” de *loco*¹¹⁹, personaje también creado por la psiquiatría, y de la construcción social del cuerpo. La loca juega con las *prácticas que se reflejan en el cuerpo y derivan de él*¹²⁰; los movimientos, posturas socialmente escritas para los hombres, transgreden la masculinidad dominante de la época. De manera paralela se construye el cuerpo sexuado de la loca, como socialmente femenino y en menor medida como masculino.

Las locas de los cuarenta, ya sean como personajes de la medicina, o en el argot popular construyen y definen cierto tipo de masculinidad mexicana al reinsertar la presentación de la vida corporal cotidiana en ciertas zonas de la ciudad de México. Si a finales de la década de 1930, el poeta Efraín Huerta nos deja conocer a través de su *Declaración de odio* (1937) algunos de los sitios en los que rondan los homosexuales como Garibaldi o San Juan de Letrán (hoy Eje Central), para finales de los cuarenta se sabe de un primer bar o cantina llamado el *Madreselva* (1949).

El autor de *Amor perdido* describe este lugar como “un cabaret pequeño donde los entendidos beben pero no bailan, ansían pero no suelen aventurarse más allá de lo verbal, más allá de lo admitido por el juego de las manos bajo la mesa y el “coito visual”. Los asistentes temen las redadas y por eso llevan dinero extra y prescindan de anillos y relojes costosos” (Monsiváis, 2002: 102).

Hay ciertas transformaciones en el *orden de género*, la ciudad en los cuarenta permite cierta visibilidad de las locas, los varones que tienen sexo con otros hombres conocen ya de ciertos sitios de ligue, de encuentro sexual. La producción de los discursos sobre la homosexualidad es notoria; del silencio del siglo XIX se pasa a la adopción de un discurso psiquiátrico y la discusión en por lo menos dos áreas, la jurídica y la médica.

¹¹⁹ Los homosexuales como personajes son “vecinos de los delincuentes y parientes de los locos”, parafraseando a Foucault (2000). El *dispositivo de sexualidad*, foucaultiano, también interroga la sexualidad de los locos, los niños y los delincuentes. Los tratamientos psiquiátricos de finales del siglo XIX en Europa implicaban internar a los homosexuales en manicomios para tratar de curarlos. La psiquiatría viene a emparentarlos de manera global con los delincuentes. En los cuarenta, en México el discurso jurídico y médico los considera enfermos del instinto sexual.

¹²⁰ Término de Connell (2003).

La ciudad también vive transformaciones. Es la época de oro del desarrollo estabilizador al mando de dos sexenios el de Manuel Ávila Camacho y la del primer presidente civil: Miguel Alemán (1946-1952). Durante éste sexenio la pantalla grande dejó asomar cierta desnudez del cuerpo de las rumberas y cabareteras; y Germán Valdés Tintan se consolidó como un personaje cómico de gran carisma. Musicalmente el mambo de Dámaso Pérez Prado llegó desde Cuba para quedarse. Estos ritmos imprimían otras definiciones al baile, y por lo tanto de presentación pública del cuerpo. Se puede decir que entre los veinte y los cuarenta se van formando las identidades sexuales y género más cercanas a nuestra vida contemporánea.

4.7.5 La segunda generación de varones con SMS: los cincuenta

Siguiendo a Monsiváis (2002) en la década de 1950 emerge *una segunda generación* de varones con SMS, la ciudad de México cuenta, para entonces, con una red de amistades de varones con SMS mucho más amplia. No se trata propiamente de un gueto¹²¹, pero, a diferencia de la década de 1920, las relaciones interpersonales entre varones con SMS son mucho menos clandestinas. Forman una identidad colectiva basada en las persecuciones y extorsiones policíacas, pero también en las *fiestas*,¹²² espacio de encuentro imprescindible en el juego de las definiciones y autodefiniciones.

Mientras que las ciudades de EE.UU.¹²³ o de Europa generan sus barrios con bares para homosexuales, en la ciudad de México se abren clandestinamente sitios que se entienden que son de *ambiente*. *Los Eloínes*, por ejemplo, abre en 1951, lugar propicio para que convivan comensales proletarios y de clase media alta. No son muchos, Monsiváis registra acaso tres, uno en Garibaldi¹²⁴ llamado *Las Adelas*, frecuentado “por travestis, [...]”

¹²¹ *Gueto* no en el sentido espacial del término.

¹²² Monsiváis hace una reconstrucción histórica, de esta década principalmente a través de un grupo de amigos suyos, notas periodísticas y literatura.

¹²³ En países europeos y en EE.UU. la subcultura lésbica-homosexual creció y se estabilizó en la década de 1950, en esos países se publicaron revistas y novelas con temas lésbicos homosexuales. Esta literatura fue escrita principalmente por lesbianas y hombres homosexuales acerca de su experiencia de vida; el sociólogo Ken Plummer (1992) nos da cuenta cómo muchos de estos escritos ocurrieron fuera de las universidades.

En los cincuenta los bares exclusivos de lesbianas u homosexuales abrieron sus cortinas en lugares como Worcester, Massachussts, Buffalo, New York, Columbia, South Carolina, Des Moines, Iowa, al grado que “en los 50 la vida homosexual [en aquellos países] llegó a ser un fenómeno nacional” (D’Emilio, 1997: 174, T.P.).

¹²⁴ El sitio, en tanto turístico pudo haber facilitado, desde los cincuenta, encontrar en Garibaldi un lugar propicio como el de *Las Adelas*, un local que por las mañanas funcionaba como lechería, según nos refiere el

turistas y heterosexuales borrachos” (2002:103), la famosa cantina *El Tenampa* que propiamente no es una cantina conocida como homosexual, pero *se sabe* que hay varones abiertos a la posibilidad de tener relaciones sexuales con otros comensales. Este autor lo describe así: “El Tenampa, el centro de la Plaza Garibaldi, que estalla en la madrugada en un girar de opciones sexuales, entre mariachis y confesiones alcohólicas a todo volumen” (ídem).

La nota roja de los cincuenta empieza a registrar frecuentemente noticias de “los homosexuales”, se van difundiendo ciertas imágenes de homosexuales afeminados. Si bien han estado ahí, públicamente en los boletines, en los diarios, desde principios de siglo (Buffington, 2003), en los cincuenta las representaciones sociales del homosexual se presentan como las de tipos con vida sórdida, asociados a la delincuencia, a la inseguridad pública. La prensa en los cincuenta empieza a registrar los crímenes contra homosexuales como *de homosexuales, pasionales* (Monsiváis, 2002).

En 1955 se constituyó Telesistema Mexicano, S.A., para entonces la televisión era muy popular, llegaban series estadounidenses, se transmitían películas mexicanas de la época de oro y empezaban las telenovelas, que para los sesenta lograron una difusión mayor¹²⁵.

Un rasgo cultural de la época en la sociedad mexicana además del clasismo y el racismo fueron las jerarquías y los autoritarismos. Durante el mandato de Ruiz Cortines las mujeres conquistaron el voto, pero las relaciones de género no eran equitativas. José Agustín Ramírez lo describe así:

Se mantendrían imbatibles las nociones machistas de virginidad y sumisión de la mujer, y del escarnio homosexual, pues el sexismo imperante, también consciente, era total. El sexo era absoluto tabú, y quienes tenían preferencias sexuales “no ortodoxas” tenían que conformar un submundo clandestino y ciertamente peligroso. (1990: 136).

La segunda mitad de *los cincuenta* es fructífera para el desarrollo de la cultura y literatura mexicanas (Ramírez, 1990). Esta última empieza a retratar personajes

propio cronista. Actualmente en Garibaldi hay varios bares o discos para *gays*. Es elocuente que “*El 14*” llamado también *Las Adelitas* durante la segunda mitad de 1990 se ubicó en esa zona. Este *antro* ha sido motivo de crónicas entre otros por los escritores Carlos Monsiváis (1998a) y por Xavier Velasco (2000).

¹²⁵ El contexto cultural, social y político de las décadas de 1940 a los ochenta está fundamentalmente basada en la *Tragicomedia Mexicana* (2 T.) de José Agustín. En esta última descripción de la vida mediática, de consumo, cobra mucha fuerza la hipótesis de Knight, líneas arriba referida.

homosexuales. En 1958 aparece *La región más transparente* de Carlos Fuentes, en el que se dibuja a *Gus*, un homosexual aristócrata. La parte central de la novela de Fuentes transcurre en el sexenio de Miguel Alemán (1946-1952).

Fuentes nos dibuja a un personaje *satélite*, como periférica es la visibilidad de *los jotos* en la sociedad mexicana de la época. En la novela él es “aceptado” por su grupo social de élite e intelectuales, pero el escritor también describe a sus allegados como renuentes, sus amigos parecen aceptarlo por el estatus social que detenta; su sexualidad es más bien soslayada, no es del todo invisible, pero no tiene la misma importancia que la de las parejas socialmente reconocidas.

Gus es intelectual también, compartiendo algunos aspectos del carácter público de Salvador Novo, lo que puede hacer suponer que se trató de una alusión a éste. Para esa época Novo se rodea de un reducido y selecto grupo social, con banqueros, actrices como María Félix o Dolores del Río (Monsiváis, 1995).

Otra novela que recrea la ciudad de México a finales de los *cincuenta* es *El diario de José Toledo*¹²⁶ de Miguel Barbachano Ponce. Las prácticas homosexuales se ejercen de distintas maneras, mientras que unos personajes de la novela la viven abiertamente, como aquella red de amistades que ya están consolidadas a finales de los cincuenta, hay otro sector que vive y ejerce su sexualidad con temor, con discreción.

Es posible que esta dualidad en la vida de los varones con SMS constituya un matiz diferente en términos de cómo se introyectan las estructuras de género en todos esos personajes: *jotos*, *afeminados*, *maricones*, *homosexuales*; en cómo estos a su vez se representan socialmente, en cómo se va significando la sexualidad como un rasgo central de la vida de los sujetos con SMS, a diferencia de esa sexualidad socialmente aceptada; la heterosexual.

En esta década los varones con SMS viven en dos planos: a través de su red de amigos y la que representan en otras áreas públicas. Los *jotos*, los homosexuales de la época, “[...] tienen que aprender un nuevo lenguaje, una nueva manera de hablar y nuevos modos de ‘presentación de sí mismos’” (Eribon, 2001: 141).

A finales de los cincuenta, en el plano político institucional Adolfo Ruiz Cortines entregaba el poder a López Mateos (1958-1964), mientras en el ámbito societal se

¹²⁶ Escrita a finales de 1962, y publicada en 1964 con edición del autor.

consolidan redes de amigos, ligues, fiestas entre varones con SMS, la ciudad ofrecía ciertos espacios de apertura a otras expresiones de sexualidad en varios sectores sociales, no necesariamente fijos, al estilo gueto norteamericano.

Musicalmente, a la par de ritmos locales, los jóvenes de clase media empezaban a recibir de manera masiva la cultura del *rock'n'roll*¹²⁷ que ocasionó fenómenos sociales parecidos a los vividos en los EE.UU., conflictos intergeneracionales, cuestionamiento a los valores tradicionales familiares, a la autoridad paterna, consumismo acelerado, liberación del cuerpo (Zolov, 2002). La música y baile de *Elvis Presley*, por citar un ejemplo significativo, impactó en los jóvenes mexicanos, los apartó de los valores tradicionales, introdujo cambios en la presentación cotidiana del cuerpo y sus movimientos.

La imagen de este pionero del *rocanrol* le apostó a introducir una nueva masculinidad en la que los jóvenes varones mexicanos relacionaban a los cantantes de rock como intérpretes de la rebelión y de un nuevo sonido musical. Figuras de la música como él y su difusión en los medios impresos o electrónicos permitieron fracturar la masculinidad de los padres de la época. Una manera de deslegitimar a *la estrella de rock* era cuestionar sus movimientos de cadera y el fruncimiento de los labios, que eran considerados socialmente femeninos.

El sexenio de Adolfo López Mateos (1958-1964) cobijó al regente de la ciudad Ernesto P. Uruchurtu, que en 1959 decretó una ola moralizadora en la ciudad, ordenó la clausura de centros nocturnos, así como la restricción de la vida nocturna a la 1 a.m. Ese mismo año un decreto de la Oficina de Espectáculos Públicos del Distrito Federal “prohibió estrictamente a los cómicos e imitadores actuar con amaneramiento en sus presentaciones, lo que implicaba el que aparecieran como homosexuales” (Zolov, 2002: 56).

En ambos casos vemos nuevamente el interés del Estado por impulsar a través de reglamentos y órdenes jurídicas un *orden de género*. Otro caso donde podemos verlo es el que De la Dehesa (2005) saca a la luz pública, muy probablemente como caso inédito. Se trata de la carta que en 1959 Alfredo Lozano Cuarón dirige al presidente Adolfo López Mateos, en la que pide su intervención para investigar el acoso y/o violación de su hijo de 21 años por parte de Manuel Rodríguez¹²⁸.

¹²⁷ Más tarde se castellanizó como *rocanrol*.

¹²⁸ En pláticas informales (agosto de 2007) con Rafael de la Dehesa, pensamos que se trata del conocido pintor mexicano.

En su carta Lozano detalla cómo en la calle de Puente de Alvarado su hijo fue atacado con un cuchillo y obligado a ir al departamento del señor Rodríguez, donde le forzó a tener relaciones sexuales bajo la amenaza de que en el caso de rehusarse lo podía meter a la cárcel aprovechando el presunto trabajo en la presidencia. Lozano refiere que investigó la casa de Rodríguez y que mucha gente le informó que Manuel metía hombres a su casa, especialmente adolescentes, y que la gente se expresó de él como un “degenerado y corruptor de menores”.

De la Dehesa señala que la Secretaría de la Presidencia archivó el caso con el número 14890, con fecha del 3 de junio de 1959 y que para el 25 del mismo un reporte fue dirigido al jefe del Departamento de Correspondencia y Archivos en la que indicaba que Rodríguez era un pintor autodidacta, que “con sus propias habilidades, nacidas de sus varios viajes a Europa y de haber vivido en ambiente artístico, dado que todos sus conocidos son parte de este círculo [artístico], y considerando que su edad fluctúa entre los 60 y 65. Se puede asumir que ha llegado a ser un *elemento morboso*, dado que no ha perdido el tono masculino en su voz” (citado en De la Dehesa, 2005: 43, T.P.). Para el gobierno en turno el *homosexual* no tendría que tener la voz “masculina”. Han pasado casi treinta años y los gobiernos posrevolucionarios continuaron excluyendo públicamente la *homosexualidad*.

Más adelante el reporte describe la casa de Rodríguez como “un punto de encuentro para *elementos homosexuales*, dado que todos los cuartos están llenos de pinturas eróticas, la mayoría con figuras masculinas, y los muebles de la casa son propicios para orgías” (De la Dehesa, 2005: 43, cursivas mías, T.P.). La exégesis de los peritos sobre la casa de Rodríguez es elocuente, porque nos puede hablar, como seguramente es el caso, de una conclusión imaginaria de la SMS. Y por otro lado nos da cuenta de una metodología especial para detectar muebles *ex profeso* para las orgías, lo cual en el caso de resultar cierta no deja de ser reveladora en términos de la obsesión moderna por la sexualidad (Foucault, 2000; Weeks, 1998; 1993).

El caso del pintor Manuel Rodríguez, en manos de la presidencia, concluía en primer lugar que al ser éste un hombre viejo de constitución débil, improbablemente puede ser capaz de forzar a un hombre joven; y en segundo que la calle en donde había tomado lugar el presunto acoso estaba llena u ocupada a la hora referida por el hijo del señor

Lozano. Y de hecho sugiere que la carta se trató de una queja anónima dada la dirección apócrifa del remitente, calle Semiramis, que no existe y por lo tanto fue devuelta.

El reporte final recomienda consignar el caso a las autoridades correspondientes, para mayor claridad. Es difícil saber realmente que tan interesada estaba la Presidencia de la República en el caso, pero llama la atención que finalmente haya decidido darle cauce a la investigación. Los informes son indicio de la visión del *orden de género* que imperaba a finales de la década de 1950.

El documento referido y rescatado por De la Dehesa (2005) deja ver como las instituciones no son ajenas al *orden de género* y cómo éstas reproducen o mantienen determinada estructura de género. Los gobiernos mexicanos también se encuentran estructurados en esos términos y desde luego ha mostrado ideales, el plano del *deber ser* de lo masculino y lo femenino y en esa visión ha avalado, y en ocasiones alentado, la exclusión de la SMS. Desde luego el peso que el Estado tiene en la generación y conformación de las identidades no es menor; ha jugado un papel preponderante en la figura de los varones con SMS como delincuentes. Identidades que están presentes con mucha mayor fuerza de principios de siglo XX hasta nuestros días.

4.8 Contracultura y rock and roll: los sesenta

Culturalmente, la industria “mexicana” de finales de los cincuenta alentó una nueva ola de consumo muy asociada al *american way of life*. La situación de los pobres coexistía con una incipiente carrera publicitaria de aparatos electrodomésticos emblemas de la modernidad; refrigeradores, automóviles, televisores, radios, alimentos. Personalidades cinematográficas y musicales, principalmente de Estados Unidos, eran exportadas a México, como el resto del mundo.

En la década de 1960 el país completo empezaba a crecer fuertemente. México contaba ya con 35 millones de habitantes, la mayoría, por primera vez en la historia, en ciudades. Particularmente la ciudad de México ya rebasaba los 3 millones de habitantes. La clase media crecía en las ciudades, ciudad Satélite ya se hacía notar con sus altas torres. De igual forma “lucía ya los principios de una muy mona ‘zona rosa’, pero también un evidente cinturón de miseria que para entonces empezaba a infestar las zonas norte, oriente y poniente de la capital” (Ramírez, 1990: 183).

En la música popular Javier Solís era muy conocido, mientras que los ritmos tropicales eran aceptados con agrado como las “canciones rancheras”. En las artes plásticas sobresalían José Luis Cuevas, Vicente Rojo, Manuel Felguérez y Alberto Gironella. El llamado *boom* literario latinoamericano se consolidaba pese haberse iniciado en los cuarenta. En la moda, consumida por capas altas y medias, las mujeres empezaron a usar la falda arriba de la rodilla; los pantalones de los hombres de clase media se angostaron y se empezaron a usar sacos abiertos (Ramírez, 1990).

Los primeros cuatro años de *los sesenta* fueron los últimos del presidente Adolfo López Mateos, quien en su mandato trató de limitar las importaciones, sustituirlas en lo posible y elevar los aranceles y bajar el gasto público. López Mateos empezó a estrechar relaciones con otros países además de Estados Unidos. El presidente visitó América del Sur, el Caribe y Europa, lo que le valió el mote de “López Paseos” (Ramírez, 1990).

En su sexenio empezó a gestarse una serie de protestas de sindicatos (petroleros y ferrocarrileros), estudiantes, los cuales no dudó en reprimir. Aun así el presidente declaró: “mi gobierno es de extrema izquierda dentro de la constitución” (Ramírez, 1990: 183). Los empresarios y las fuerzas derechistas respondieron restringiendo sus inversiones y poco a poco empezaron a sacar sus capitales.

En los sesenta también gobernó Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970) que continuó con su política del ‘desarrollo estabilizador’, la clase media creció en las ciudades, la guerrilla había hecho su irrupción en el estado de Guerrero.

Poco a poco la gente se daba cuenta de que la democracia en México era más formal que otra cosa, y que el sistema político resultaba todo menos democrático: el presidente, a través del partido oficial, tenía el control absoluto de todos los mecanismos del poder, y sólo el sector empresarial tenía recursos para hacerlo modificar sus criterios (Ramírez, 1990: 228).

En 1967 empezó a crecer una moda entre jóvenes de clase media y de estratos populares de las ciudades que retomaba la influencia *hippie* de EE.UU. México en los sesenta empezó a recibir nuevas expresiones culturales provenientes del mundo, y éstas a la postre vinieron a poner en tela de juicio las relaciones sociales de la época, entre otras, las de género. *La Onda* y otros fenómenos contraculturales empezaron a crecer en los jóvenes mexicanos.

4.8.1 *El 68: año de ruptura y de cambios culturales*

En el período posrevolucionario de 1940 a 1968, el Partido Revolucionario Institucional (PRI) pudo gobernar sin el contrapeso de una oposición real o capaz de poner en entredicho la hegemonía, pero el año de 1968 marca una grieta de cambio en el plano de las estructuras políticas y a nivel de cambio cultural en México y en varias partes de la orbe (Ferlinghetti, 1998; Meyer, 2000, Ramírez, 1990, Zolov, 2002).

En *el 68* emergen las raíces de un movimiento democrático amplio, y ahí se inserta una sucesión de rupturas y transformaciones en distintos ámbitos públicos y privados. Los movimientos estudiantiles, el feminismo, los contraculturales generaron otros como el lésbico gay en la ciudad de México, muchos de sus *actores sociales* estaban interesados en redefinir al Estado mexicano.

La contracultura inicialmente fue difundida entre las élites, pero después del movimiento estudiantil y con los medios masivos de comunicación las clases bajas también la reclamaron como suya. Ésta cimbró los cimientos de la Familia Revolucionaria¹²⁹, ya que “proporcionó a los jóvenes nuevas formas de ser mexicanos, maneras que iban a contrapelo de la ideología dominante: el nacionalismo patrocinado por el Estado” (Zolov, 2002: 138). Los jóvenes al redefinir su identidad cultural confrontaban ideas de otros países occidentales como Londres o Estados Unidos.

No es gratuito que los primeros *grupos de liberación homosexual* tuvieran una influencia directa del *Gay Liberation Front*, surgido en 1969 en Inglaterra; o que pudieran viajar a países como Estados Unidos, traer información de la revuelta de Stonewall en 1969¹³⁰ y rediscutirla en los procesos locales. Monsiváis (2004) ha señalado que los

¹²⁹ Familia Revolucionaria es un término empleado en las ciencias sociales, según nos da cuenta Zolov (2002), que refiere a los hombres que han gobernado México durante más de medio siglo. Este autor, citando a Frank Brandeburg señala: “Aunque no resulta tan clara la medida en que los propios mexicanos empleaban ese término, ciertamente la imaginería de un Estado revolucionario definido de manera patriarcal era prominente” (p. xxxiv).

¹³⁰ En junio de 1969, comensales del barrio gay del Greenwich Village, Nueva York deciden enfrentarse a golpes con la policía. La revuelta dura dos días, y se le conoce como *Stonewall rebellion*, porque el lugar donde comenzó el motín fue en el bar homónimo. De ello, surgió un movimiento social en varios estados de la Unión Americana (Bernstein, 1997). En las universidades, en colectivos se debatió la homosexualidad, las reflexiones académicas de las feministas en torno al sistema sexo género produjeron un *corpus* teórico de crítica a la dominación masculina. De acuerdo con Plummer (1992) fue la teoría lésbica feminista la que produjo el más desarrollado análisis teórico de la homosexualidad, centralmente como una crítica a las relaciones heterosexuales.

Uno de los libros más prominentes desarrollado en EE.UU. fue *Homosexual: Liberation and Opression* de Dennis Altman (1971), en él se destaca la creación de una nueva identidad emergido del movimiento lésbico

movimientos gays son por definición *globales*, en este mismo sentido se manifiestan otros investigadores (Lumsden, 1991; Mogrovejo, 2000, Carrier, 2001, De la Dehesa; 2005).

4.8.2 El movimiento mexicano de liberación homosexual en los setenta

El México de finales de los setenta es el México de la guerrilla, el de la crisis al estado populista, el inicio del escenario neoliberal (Meyer, 2000), pero también es el México de los nuevos movimientos sociales, surgen los populares de lucha por la vivienda, feministas, y desde luego el *movimiento lésbico-homosexual*; en suma hacen aparición nuevos *actores sociales* (Melucci, 1999; Offe, 1987; Ramírez Sáiz, 1996).

Los varones con SMS en México, encontraron en el discurso del primer grupo de discusión homosexual otra perspectiva de sus identidades históricamente construidas, que se oponía al discurso de la psiquiatría, que para los setenta se convirtió en dominante. En 1971, a pocos meses de la matanza de estudiantes en una marcha, se constituye el *Frente de Liberación Homosexual* (FLH)¹³¹, fundado por la doctora y dramaturga Nancy Cárdenas y una serie de intelectuales. Para septiembre de ese año el FLH pedía:

[...] el cese de la discriminación legal y social hacia los homosexuales masculinos y femeninos, una educación sexual en las escuelas donde se abordara el homosexualismo con criterio científico; que los psiquiatras dejaran de considerar esta conducta como enfermedad, así como el cese de la persecución policíaca y de la discriminación laboral. Pidieron también que la prensa no se refiriera a la homosexualidad como perversión delito o aberración y que se aceptara a las teorías científicas más serias que la consideraban una forma válida de sexualidad (Mogrovejo, 2000: 64).

En 1972 el FLH se disolvió¹³², pero sentó las bases para una futura acción colectiva en torno a la redefinición de las sexualidades, que continuó hasta finales de la década. En 1973 Nancy Cárdenas participó en el noticiero *24 horas*, entrevistada por su conductor Jacobo Zabłudowsky, para hablar sobre la homosexualidad. Esto representó una coyuntura muy importante para el debate del tema en México, tanto por aparecer en un medio masivo

– gay. Este libro le precede, en aparición, a *El deseo homosexual* del francés Guy Hocqenghem que lo escribió en 1972. Ambos tienen una fuerte influencia del freudo-marxismo, del cual crítica Foucault en su *Historia de la sexualidad* (1976).

¹³¹ El FLH surge el 15 de agosto de 1971.

¹³² Desconocemos las razones de su disolución, en la bibliografía consultada no hallamos respuesta alguna en ese sentido. Lo que sí se sabe es que sus ex-miembros continuaron el trabajo de manera coordinada o individual.

como por ser una de las primeras veces, sino es que la primera que se hablaba en los medios de comunicación masiva mexicanos del tema desde otra perspectiva que no fuera la del *estigma*.

En agosto de 1975, aparece un desplegado en la revista *Siempre!* titulado *Contra la práctica del ciudadano como botín policíaco*, donde se denuncia la extorsión policíaca a lo que delinean como *minorías sexuales*. Lo suscriben escritores e intelectuales como Juan Rulfo, José Revueltas, Elena Poniatowska, Luis González de Alba, Carlos Monsiváis, Héctor Aguilar Camín, José Joaquín Blanco, Jorge Ayala Blanco, Nancy Cárdenas, sindicalistas de la UNAM, *moneros* como Luis Rius, artistas plásticos como Manuel Felguérez, actores como Ofelia Guilmain, Héctor Bonilla, Ofelia Medina, Carmen Salinas, entre otros.

Nunca se repetirá suficientemente que los abusos de autoridad afectan a todos los ciudadanos y no sólo a los que directamente lo sufren. Es evidente que las detenciones ilegales (**el ciudadano como botín**), las razzias policíacas, la violación de los domicilios, los golpes (y/o las torturas) a los detenidos y aun el asesinato de los mismos, la muy común extorsión y la irrupción violenta en lugares públicos con los consiguientes arrestos o encarcelamientos, deterioran y ridiculizan las garantías que el poder público le reconoce a la sociedad, conducen al sentimiento de la conciencia ciudadana y no hay mal que tolerado o auspiciado no se incremente a la multiplicación del exceso y el abuso de la policía. (*Siempre!* # 1154, 1975, negrillas en original).

Durante los *setenta* la sexualidad es tema de debate político en las distintas esferas públicas, así lo evidencian la preocupación por los atropellos en la vida cotidiana de los varones con SMS; las regulaciones por parte del estado en asuntos educativos relacionados con la sexualidad, con su pleno ejercicio o con la expresión genérica de los *afeminados*, de *las locas*. En 1975, durante el gobierno de Luís Echeverría (1970-1976), las presiones de los opositores obligaron a las autoridades educativas a cubrir los órganos sexuales de las figuras infantiles en los libros de sexto grado.

4.8.3 Surge 'el gay' mexicano: finales de los setenta y principios de los ochenta

La segunda mitad de los setenta está cargada de cambios en el sistema de género, en esta década se gesta una importante movilización de las representaciones en términos de sexualidad y género. La aparición pública de un contingente de homosexuales en la marcha de apoyo a la revolución cubana el 26 de julio de 1978 marca un inicio de este cambio. Para

el 2 de octubre del mismo año un contingente de lesbianas y homosexuales se une a la marcha de conmemoración luctuosa de la matanza de Tlatelolco de 1968, a los pocos meses se empezaron a constituir colectivos de reflexión y *activismo* en torno a la homosexualidad, el MLH, después nombrado *Lésbico – Gay*¹³³, pone en la mesa de debate las formas de sujeción de la sexualidad por parte de la sociedad; va más allá y reivindica *las sexualidades*, se cuestiona el *orden de género* dominante, a la masculinidad dominante, a las relaciones de género.

A partir de 1978 emergió una nueva forma de identidad social, la de activistas lesbianas y homosexuales, que se presentan como ciudadanos exigiendo sus derechos, la libre manifestación pública de su presencia en la vida cotidiana. Muchos de estos *actores sociales* estaban comprometidos con las causas progresistas, militaban en la izquierda e introdujeron el tema, a fuerza de apertura democrática, tanto al interior de sus colectivos o partidos políticos como al exterior; en la opinión pública.

Emergieron acciones colectivas basadas en una politización de la sexualidad, de las prácticas sexuales, de sus discursos. Se dimensionaron a futuro posibilidades de vivirla, distintos despliegues de ejercerla sin estigmas. No fue un proceso homogéneo, las propias identidades políticas se bifurcaban o se ampliaban de acuerdo a los intereses a las estrategias que consideraban idóneas para el cambio social.

La homosexualidad se discutió al amparo del bagaje teórico del marxismo, argumentándose a favor y en contra de la misma. En los grupos de izquierda se hablaba de que la homosexualidad era una “enfermedad del capitalismo”, se discutía sobre “el socialismo sin sexismo”.

Se denunciaba al falocentrismo, patriarcado, se solidarizaban con otras minorías marginadas desde la década de los sesenta como los roqueros, los chavos banda, los movimientos latinoamericanos.

La identidad gay surge del cuestionamiento a las categorías psiquiátricas, se ponen en *entredicho* las identidades médicas, pero también de las creadas en los distintos estratos de la sociedad mexicana. Esto es, en un contexto en el que el feminismo va actuando y

¹³³ El que se denominara Movimiento Lésbico – Gay tuvo mucho que ver con los cuestionamientos feministas de las mujeres lesbianas. El cambio de *homosexual* a *gay* habla de otra reivindicación en la que se abandona la categoría médica. Hay en este proceso una lucha por la reapropiación de los recursos simbólicos de la sexualidad, de su organización jerárquica social, y la búsqueda por otro(s) orden de género.

reflexionando sobre la *dominación masculina*, en el que la contracultura mexicana hace reclamos sociales de espacios. Ésta se construye frente al deseo y la exigencia de ejercer la sexualidad.

Los actores sociales redefinen socialmente su lugar, en términos de las relaciones de género –que lo son de poder- en la sociedad mexicana. Hay en esta etapa un proceso de construcción que va de la respuesta de acción colectiva a la situación de extorsiones, rechazo, burla, etc.

El gay se construye también entre los activistas, al interior de sus posturas políticas, en la relaciones que establece con “otros” *diferentes y similares* en términos de sus visiones sobre el combate a la homofobia, al heterosexismo, etc. Hay más construcciones de género, de cuerpo, de masculinidad en la emergencia del homosexual o el gay como *nuevo actor social*.

4.9 Los ochenta desmenuzados de la cultura gay

Durante la década de 1980, que se llamó la *década perdida* por la falta de crecimiento económico, se abrieron mucho más discotecas, bares, restaurantes y comercios *ex professo* para varones gays. Es notable en este sentido la carencia de lugares para mujeres lesbianas. Se publicaron revistas y *fanzines* elaborados por militantes del *Movimiento Lésbico – Gay*. Y si bien desde finales de los setenta surge una literatura explícitamente homosexual, en la década de 1980 aparecen más publicaciones de lo que pasajeramente se denominó *literatura gay*¹³⁴.

¹³⁴ Algunos críticos literarios (Schneider, 1997; Muñoz, 1996) coinciden en que la primera novela abiertamente homosexual es *El diario de José Toledo* de Miguel Barbachano Ponce, escrita a finales de 1962, y puesta en circulación en 1964 en edición del autor. La referencia al tema de la SMS en las letras mexicanas encuentra un lugar mucho más atrás en el grupo *Los Contemporáneos* formado a finales de la década de 1930, como hemos visto, y retrocediendo un poco más, en algunas alusiones en los cronistas del siglo XIX o de novelas como *El Periquillo Sarniento* (Monsiváis, 2001, McKee Irwin, 2003), que en ningún momento podrían considerarse gays. El propio McKee Irwin lo aclara que en su investigación no pretende analizar “homosexuales escondidos en el clóset, sino un homoerotismo escondido en una cultura que no tiene conceptos para tal cosa y en consecuencia no lo expresa en su vocabulario” (2003:30, T.P.).

Podríamos señalar que la referencia a una SMS en las letras mexicanas ha estado más silenciada que aludida desde finales del siglo XIX. Este silencio nos habla, en términos foucaultianos, de lo que la sociedad mexicana calla y regula en sus sexualidades. Propiamente la idea de una literatura abiertamente homosexual no se da sino hasta los *liberadores* años sesenta y principios de la *década perdida*. Schneider da cuenta de la producción literaria, novelas principalmente, con temática homoerótica. Nos advierte también del ensayo, el teatro, el cuento. En esta literatura las identidades colectivas alrededor de la SMS adquieren una voz propia, de personajes periféricos pasa a un primer plano, del silencio a la apertura de narrativas más diversas.

A principios de los ochenta, se generan publicaciones, en el mundo angloparlante, donde se cuestiona sobre la sexualidad, después de la seminal *Historia de la sexualidad* en Francia se investiga sobre los estilos de vida gay (Ariès, 1987; Pollack, 1987). En Estados Unidos el interaccionismo simbólico se cuestionó radicalmente sobre los significados de la sexualidad. El impacto de estos textos en México es tardío, los militantes del movimiento homosexual tienen más un referente de publicaciones de corte freudo-marxista, están más cerca de ellos que de Foucault. En 1982, por ejemplo, este autor afirma en una entrevista: “...Yo diría: hay que utilizar la sexualidad para descubrir, inventar nuevas relaciones. Ser gay es estar en devenir, y para responder a su pregunta añadiré que no hay que ser homosexual, sino encarnizarse en ser gay” (citado en Eribon, 2001: 449). Los estudios académicos y científicos pasan de la etiología de la homosexualidad a los estilos de vida.

En la ciudad de México aparecen espacios y discursos alternativos sobre la SMS. Éstos provocan un impacto cultural en el *orden de género*. Los espacios urbanos van siendo reapropiados, como en el caso de la colonia Roma o la colonia Juárez, la para entonces turística y elitista Zona Rosa, retratadas en *El Vampiro de la Colonia Roma* de Luís Zapata.

En el *Movimiento Lésbico-Gay* las diferencias ideológicas se empiezan a hacer patentes, y estas divergencias entre los grupos homosexuales de finales de los setenta y principios de los ochenta reflejan los tipos de construcción social en torno a la SMS. Cito dos ejemplos: *Lambda*, un colectivo lésbico-gay, sostenía que no había que reforzar los estereotipos de la homosexualidad como el *afeminado*, mientras que el FHAR, constituido principalmente por varones, le apostaba a reivindicar identidades como las locas y los travestis. Esas tensiones en el activismo lo que hacen es debatir y construir cuerpo, masculinidad y relaciones de género, mismos que no siempre rompen con la dominación

Hay un consenso en considerar *El Vampiro de la colonia Roma* (1979) como la primera novela bautizada *gay*. Ésta fue publicada en medio de un escándalo y es una de los testimonios más festivos del tiempo pre-sida, esto no quiere decir que las infecciones de transmisión sexual no fueran un problema, a lo largo de la novela sabemos de gonorrea, *ladillas*, *condilomas*, pero estas no aparecen representadas en las identidades colectivas, con el mismo estigma del vih-sida.

Para el escritor y poeta Juan Carlos Bautista (1993), con Luís Zapata inicia y termina la llamada literatura gay, tanto por calidad como por contexto. Expone como algunos de los escritores se oponen que se etiquete como literatura gay su trabajo, el propio Zapata rehuye a la clasificación. Es posible que algunos escritores sí asumieran el denominativo. Algo similar pasó con la literatura *beatnik*, algunos escritores se autonombraron así, otros como Lawrence Ferlingetti y el propio William Bourroughs no.

masculina. En las diferencias del activismo lésbico homosexual se puede encontrar un espejo de las imágenes -identidades- de *los afeminados, de las locas, los masculinos o gays*.

En tanto los homosexuales militantes debatían sus nociones de género, la prensa los dibujaba generalmente como femeninos, en los titulares de los periódicos los encabezados de las notas se referían a ellos como *lilos*, del *tercer sexo*. Es decir se producían identidades sociales en distintos ámbitos –por militantes gay, periodistas, etc.– en torno a la homosexualidad. La prensa reprodujo *identidades deterioradas*, que interactuaban con las construidas por los militantes del Movimiento Lésbico Gay. La tensión entre ambas posibilitó la creación de nuevas identidades, mayor discusión en la opinión pública.

El *Movimiento* mexicano muestra cómo los *movimientos sociales* no son homogéneos, en ellos coexisten una serie de intereses que son agrupados en torno a objetivos comunes, alrededor de identidades colectivas. Como afirma Melucci, son construcciones sociales que engloban “propósitos plurales” (1999: 38)¹³⁵.

En 1981 Juan Gabriel celebró sus primeros 10 años como compositor en la *Arena México*. El cantautor celebrado por su amaneramiento, era aceptado masivamente por los varones mexicanos. El rock británico penetraba cada vez más en México, un año antes se había presentado en la ciudad de México el grupo *The Police*; la estética corporal de los grupos de rock en turno jugaba con imágenes andróginas¹³⁶.

En 1982 el *Movimiento Lésbico-Gay* entra también en una crisis y fragmentación de cohesión de objetivos (Monsiváis, 1988, Lumsden, 1991, Mogrovejo, 2000). Los militantes hacen notar sus diferencias en torno a las distintas directrices del movimiento, algunos se interesan por incidir en la arena política, en los partidos políticos, otros demandaron la autonomía civil del movimiento. La situación económica y política del país coincidió con los ajustes y desajustes internos del *movimiento*.

En las elecciones de 1982 el PRT postuló algunos diputados abiertamente lésbico-gays, por lo que varios activistas conformaron el Comité de Lesbianas y Homosexuales en

¹³⁵ Estas diferencias también se observan en otros movimientos sociales mexicanos como el *feminista*, el *estudiantil*.

¹³⁶ Artistas como David Bowie jugaban con esta estética. El grupo mexicano Movimiento Contra Cultura (MCC) era abiertamente gay, era difundido en espacios autogestivos y aunque no alcanzó los niveles comerciales de Juan Gabriel, lo importante a destacar es que empieza ya una lírica en donde se representa relaciones entre personas del mismo sexo. Hay en el repertorio de canciones mexicanas temas cifrados que son leídos en ese sentido, como los de Chavela Vargas o el propio Juan Gabriel. Creemos que esta puede ser una vertiente de análisis sobre el *orden de género*.

Apoyo a Rosario Ibarra de Piedra (CLHARI), primera mujer candidata a la presidencia. Esto sentó un precedente importante en la introducción del tema de la SMS a la arena legislativa. El movimiento lésbico gay representó un *parteaguas* en los partidos de izquierda y en la sociedad civil al plantear que sus demandas eran tan políticas como las que se discutían en el seno de esos ámbitos.

El sucesor presidencial, Miguel De la Madrid (1982-1988) reconoció implícitamente la corrupción de la clase gobernante, pero su gestión no escapó a las mismas lógicas y prácticas. El gobierno entrante, cuyo lema de campaña fue “renovación moral”¹³⁷, disminuyó la fuerza del Estado para hostigar a los *gays*, en comparación con los casos de cierres de bares en la gestión de Uruchurtu o las menciones estigmatizantes en los discursos presidenciales de Luis Echeverría¹³⁸ (Loret de la Mola, 1999).

La producción de una cultura gay pública en los ochenta se difundió en los medios y penetró a otras esferas sociales. En 1984 el cineasta Jaime Humberto Hermosillo presentó su película *Doña Herlinda y su hijo* (1984) que abordó la SMS desde otro ángulo; el de una sexualidad no exenta de culpa o estigma, pero que en la representación de una pareja de hombres “masculinos” descentraba las construcciones binarias de loca/hombre de verdad, Hermosillo presentaba una pareja de varones socialmente masculinos en la ciudad de Guadalajara¹³⁹.

El trabajo de activistas lesbianas y *gays* tuvo eco en distintos sectores de la sociedad, en la vida cotidiana, en la izquierda partidaria. Por ejemplo en 1985, el líder del Partido Mexicano de los Trabajadores, Heberto Castillo, publicó un artículo en el que condenaba el *Reglamento de Policía y Buen Gobierno para el Distrito Federal*, el cual daba pie a la persecución policíaca contra homosexuales.

¹³⁷ Durante su gestión desechó una propuesta de despenalización del aborto que hizo el Consejo Nacional de Población a través de Guadalupe Rivera Marín. “Se comentó que la propuesta se había desechado porque el presidente electo la reprobaba” (Ramírez, 1992: 277).

¹³⁸ En su 4º Informe de Gobierno Luis Echeverría Álvarez al referirse a los secuestros de Rubén Figueroa y José Guadalupe Zuno Hernández señala que los perpetradores son “pequeños grupos de terroristas” “[...] Surgidos de hogares generalmente en proceso de disolución, creados en un ambiente de irresponsabilidad familiar, víctimas de la falta de coordinación entre padres y maestros, mayoritariamente niños que fueron de lento aprendizaje; adolescentes con un mayor grado de inadaptación en la generalidad, con inclinación precoz al uso de estupefacientes en sus grupos con una notable propensión a la promiscuidad sexual y con un alto grado de homosexualidad masculina y femenina; víctimas de la violencia” (Informes presidenciales, 2006: 180).

¹³⁹ Sobre el cine mexicano y la SMS hay algunas publicaciones y tesis de grados, entre las que cabe mencionar Díaz (2004) y Valdovinos (1990).

4.9.1 *El vih-sida*¹⁴⁰

Las conquistas ganadas en el terreno del reconocimiento público se vieron mermadas con la irrupción del VIH (virus de inmunodeficiencia humana). A mediados de los ochenta las autoridades de salud pública mexicanas dan a conocer los primeros casos de SIDA (síndrome de inmunodeficiencia humana) en México, y esto notablemente acentúa la manera en que se concibe socialmente la SMS, y en el lado en el que los propios actores se autodefinen. Se empieza hablar de *grupos de riesgo*; a las identidades socialmente construidas del homosexual, el *joto*, el *mayate*, el afeminado, se le añade un nuevo estigma, el del *sidoso*, el de enfermo terminal. Esto tiene consecuencias en la construcción, perenne por definición, de las identidades colectivas de los varones con SMS.

En 1985 los periódicos vespertinos y los tabloides publicaban constantemente, notas amarillistas sobre el sida, sectores de la jerarquía católica retoman el estigma del sodomita-pecador, y lo presentan como producto del castigo divino. Monsiváis da cuenta de cómo en agosto de ese mismo año, el periódico *Excélsior* elabora una encuesta sobre el SIDA, “el representante papal en México, Gerónimo Prigione, es muy enfático: el SIDA es el castigo de Dios para quienes quebrantan la ley de la Naturaleza” (1988: 120). Las declaraciones de obispos en los ochenta desempolvaban el discurso clerical sobre los sodomitas.

Aunado al sector religioso, la perspectiva médica maneja el sida como *el saldo de los excesos de la revolución sexual*. Lo que da pie a que el discurso dominante del *homosexual*, vuelva a tener cabida. Más tarde la incipiente *sociedad civil* mexicana presiona para que no se estigmatice a los grupos sociales proclives a contraer la epidemia, que en su mayoría son varones con SMS, las autoridades de salud empiezan hablar técnicamente de “prácticas de riesgo”.

Las voces de líderes “conservadores” y grupos empresariales -como Aurrerá- condicionaron el apoyo a la lucha contra el sida a cambio de la promoción de valores como la fidelidad, por oposición a los que consideraban “perversiones sexuales” (Lumsden, 1991).

¹⁴⁰ Es importante aclarar que la problemática social del VIH/SIDA tiene dimensiones complejas, que dados los intereses analíticos de esta tesis, no abordamos en su totalidad. Solo queremos llamar la atención de lo que esto significó en términos de la creación del estigma y cómo éste se relaciona con la coexistencia de otras identidades.

Lo que se empieza a llamar la “sociedad civil” responde frente a la desinformación, la negligencia y las omisiones gubernamentales de un problema de salud pública. La respuesta de los colectivos gays y de la sociedad civil frente al manejo del problema del *vih* en los medios de comunicación, originalmente se tradujo en cartas de protesta y artículos sobre el tema en los diarios nacionales. El sector gay del *movimiento* se concentró en la lucha contra el sida. En tanto pocos colectivos permanecieron en el trabajo de las homosexualidades (Lumsden, 1991).

Alrededor del *vih* se han construido socialmente estigmas, y se han *deteriorado* las identidades sociales de los varones con SMS (Goffman, 1995). Al relacionarse con una dimensión corporal; en tanto el cuerpo sufre los efectos de los tratamientos médicos para personas que viven con *VIH*¹⁴¹, el virus repercute en la construcción de identidades. La sociedad mexicana construyó miedos colectivos, principalmente originados en la desinformación que hubo a principios de la pandemia; hizo de las identidades, *alteridades* excluyentes y discriminatorias.

Hago un cierre, en esta segunda mitad de la década de 1980, de los procesos sociales relacionados con la construcción social de identidades que orbitan alrededor de la SMS. El corte no es fortuito, en este período se registran los primeros casos de *vih* en los mexicanos. Hasta aquí hemos recorrido un largo proceso histórico de México, en el que las identidades encuentran continuidades en un *orden de género* dominante, en el marco de la dominación masculina, pero también rupturas. No estamos proponiendo, en ningún momento que este orden de género es inmutable, estamos explorando los cambios y continuidades, a manera de apuntes históricos.

De la infortunada aparición del VIH en la vida pública de los mexicanos a la actualidad hay muchos elementos que han provocado transformaciones importantes si las dimensionamos históricamente. Dada la diversidad de construcciones identitarias en México, sería un error reducir la SMS de los varones al *modelo gay* desarrollado principalmente en Europa o EE.UU. Las identidades basadas en la SMS en México son mucho más amplias que la gay, aun cuando el discurso de lo gay ha logrado expandirse en la ciudad de México, a través de bares, discos, cafés, *sex shops*, fanzines, revistas, en suma, circuitos comerciales, y, desde luego, también ha a través del *activismo*.

¹⁴¹ No sólo los tratamientos médicos sino el propio VIH.

En las identidades derivadas de la SMS coexisten prácticas de género de la colonia como la división activo-pasivo, con identidades surgidas después del Movimiento Lésbico Gay, en un mismo varón pueden cohabitar distintas identidades que puede asumir según el uso que haga de ella, el contexto en donde lo realice o los espacios donde la niegue, reivindique o negocie.

Detengo esta reflexión apelando a una idea foucaultiana presente en esta tesis: somos herederos de las categorías médicas, jurídicas, y populares de la sexualidad y el género pero también de las *resistencias* que se han organizado en su contra. En México, se ha construido toda una cultura derivada de la SMS.

En los últimos treinta años miradas como las de las ciencias sociales han tratado de insistir en que la sexualidad y la masculinidad son tan artificiales como la sociedad misma, y como tal es susceptible de ser moldeada y organizada socialmente. La construcción de un orden de género puede constituirse con una participación más democrática.

Conclusiones

La discusión de las identidades sexuales y de género entre varones con SMS ha abarcado ciertas problemáticas teóricas del concepto identidad. Nos hemos dado cuenta que plantearlo solo en esos términos excluye una serie de fenómenos como las relaciones de masculinidad, altamente importantes para este objeto de estudio. La presente tesis tiene que ser leída en relación con la discusión conceptual presentada en los tres primeros capítulos, es decir en términos del *orden de género, cuerpo, identidad, sexualidad y sexualidad del mismo sexo* (SMS)

En este trabajo nos propusimos explorar y comprender la emergencia histórica de las identidades sexuales producidas por la SMS en México. Examinamos cómo en la construcción de éstas intervienen fundamentalmente las estructuras de género. Las formas de nombrar la SMS en México expresan una puerta de entrada al estudio del *orden de género*. Cada una de las categorías es un indicio de cómo el México moderno se ha organizado, transformado y mantenido continuidades.

El *orden de género* es una categoría útil que nos puede dar cuenta de las relaciones de poder entre los géneros, como herramienta heurística permite captar los modelos dominantes de las relaciones entre los géneros. En nuestra realidad mexicana se puede observar la variación o el matiz del orden de género.

Las identidades construidas en México a partir de las prácticas, deseos, erotismo, relaciones afectivas del mismo sexo son diversas, complejas, contradictorias y refuerzan la necesidad expresada de algunos autores de no reducirlas a la dualidad de masculino-femenino, o el binarismo homo – heterosexualidad. Apelar a la diversidad no significa decir mayor equidad, los varones con SMS y sus distintas identidades reproducen el orden de género.

El período de análisis va de la época precolombina a principios de la década de 1980. Proponemos solo coyunturas que pueden proporcionar claves de investigación en la construcción historiográfica de un *orden de género* por cuanto a varones con SMS.

Los cortes históricos que hicimos están fundados tanto en los cambios al orden de género mundial (Connell 2000; 1998; Rotundo, 1993) como en las distintas épocas en la historia mexicana. La interacción de ambos nos permite definir períodos que pueden ser leídos como *culturales* más que políticos o del *todo social*. Siguiendo la lógica del

interaccionismo simbólico, podemos decir que éstos son solo los escenarios en donde los personajes o identidades emergen y coexisten.

Hemos hecho las siguientes periodizaciones: 1) finales del imperio nahua y la Colonia, 2) s. XIX a los dos primeros tercios del mismo, 3) de finales del s. XIX a la década de 1940, 4) 1950 a finales de la década de 1960; y 5) los setenta y ochenta del XX. Estos cortes en el tiempo fueron provisionales, y si bien fueron útiles para la investigación somos conscientes que se necesita mucho más indagación en términos de masculinidad y desde luego una historia de las mujeres mexicanas: lesbianas, bisexuales, feministas, amas de casa, madres, esposas, putas, etcétera. A continuación presentamos cómo van asomando varias identidades relacionadas a la SMS, cada apartado está vinculado con los períodos señalados líneas arriba.

1) *Cuilonis y sodomitas.*

Los puntos de quiebre están conectados con la interrelación de las coyunturas mundiales con las nacionales, por ejemplo la Conquista, proceso que podemos leer como de *mundialización*. Un nuevo orden de género se conformó en esta etapa, incluso pensando que, como sostenemos aquí, hubo continuidad en él en relación a la construcción social de la SMS.

En el período que va de finales del imperio azteca a la colonia quizá se pueda hablar de un proceso de identidad basado en las transgresiones a la cosmogonía de los nahuas, el discurso del pecado y del delito. Una identidad reivindicada como la conocemos ahora, es difícil pensarla en este lapso que concluye en el siglo XVIII.

En términos de masculinidad y los usos del cuerpo, la penetración ocupa desde la época de los *cuiloni* –quienes ejercían un rol receptor en las prácticas sexuales- un factor decisivo en la construcción de identidades y relaciones de género; a través de ella se establece una relación de poder, y desde entonces tenemos registros de orden de género excluyente. También desde este lapso lo femenino como forma de designar y autnombrarse está presente, tal es el caso de *Cotita de la Encarnación*, acaecido en la Colonia, que llama nuestra atención por la formulación de relaciones de poder entre los géneros a nivel del lenguaje.

El silencio del s. XVIII y del s. XIX (digresión que justifica este vacío).

En el s. XVIII hay pocas investigaciones sociales de sexualidad en México y escasas referencias o alusiones para con la SMS. En países como Inglaterra y Canadá se ha analizado el tema en esta etapa, por ejemplo existen estudios en donde a través de la literatura y documentos eclesiásticos indagan la figura del *sodomita* (McFarlane, 1997; Hurteau, 1993). En nuestras realidades desconocemos las rupturas o el tipo de permanencias en esos ámbitos que pudo haber en el México Independiente o en la época previa a la Reforma, aunque suponemos que no hay grandes variaciones del *orden de género*, y es muy posible que los modelos para pensar la sexualidad provengan de la exégesis clerical, dominante en la Colonia.

2) *Hombres del s. XIX*

Es así como damos un salto a los dos primeros tercios del s. XIX, básicamente por la escasa documentación para con este lapso. De este período también tenemos poca discusión, utilizamos dos fuentes principales Mckee Irvin y Monsiváis, en tanto el primero señala la proyección social de las representaciones homoeróticas en la literatura del s. XIX, el segundo habla de un silencio para con los varones con SMS. Es posible que la invisibilidad de ésta nos hable no de una ausencia de discursos sexuales sino del control que se cernía sobre ellos.

En el s. XIX hay la construcción de un hombre de “bien” y eso excluye que un hombre sea *amujerado, maricón, chulo, señorito, perfumado, lagartijo (dandy)*. Para ejemplificar, maricón es una palabra empleada desde la Colonia pero en el s. XIX está presente en la literatura de la época, es decir la construcción de la SMS en esta etapa está indisolublemente ligada a las nociones del ser hombre.

3) *Joto, mayate, loca, homosexual.*

Proponemos la periodización que va de finales del s. XIX a la década de 1940 porque pensamos que en esta etapa se dan procesos de definición importantes sobre la concepción contemporánea de la SMS, de las nociones de cuerpo e identidad masculinas.

El porfiriato introdujo el capitalismo a México, y con él entró determinado orden de género. En esta etapa se dio la discusión científica de la sexualidad por parte de los

positivistas mexicanos, esto en consecuencia introdujo una nueva etapa en la discusión de la SMS justo porque enfocó su perspectiva distinta a la del clero. Aquí podemos ubicar la entrada de la *scientia sexualis* al país.

El positivismo no solo marcó la pauta del estudio científico de la SMS en México sino que a través de él arrojó luz sobre las significaciones sociales del ser hombre en turno. Los estudios que realizaron *los científicos* carcelarios mexicanos revelaron cómo se significaba la SMS y las relaciones de género. Sus trabajos son importantes documentaciones de las identidades sexuales y de género, categorías como la del *joto* o *caballo*. Este último parece ser un nombre en desuso, pero esta metáfora alude a un varón que es *cabalgado* por un *jinete* masculino.

Al mismo tiempo, los varones de clase baja no solo llamaban *jotos* a los estratos altos, en una suerte de reapropiación de la masculinidad por parte de su clase como nos los demuestran los medios impresos de la época, sino también nombraban así a sus propios congéneres que se dejaban “joder” personal, sexual y políticamente, lo que puede evidenciar que esto permitía diferenciarse en términos de clase, pero finalmente las identidades trascendían ese ámbito. Estamos hablando de que si bien en la construcción de estas identidades intervienen otros ejes de diferenciación social como los de clase y etnia, su campo de formulación sigue siendo fundamentalmente de género.

La contraparte el *mayate*, presente aún en nuestra época, tienen referencia en ese lapso. Este personaje o actor social, nos dice mucho en términos de masculinidad, ya que ejemplifica muy bien la configuración de la sexualidad en México. Él, pese a tener prácticas sexuales del mismo sexo, usualmente no se considera *joto*, en tanto declara ejercer el rol penetrativo, más aún, su identidad la formula como *hombre*.

Elaborada el dominio popular, *mayate* proviene del náhuatl *mayatl* y significa “el que empuja la mierda” y designa a un escarabajo estercolero de color verde. Ignoramos si esta designación era usada en el México prehispánico, sabemos de los *teculontiani*, que podrían ser sus parientes en tanto ese era el nombre indicado a quienes desempeñaban ese mismo papel en la relación sexual. El cuerpo de éstos, tiene que ser, socialmente masculino, de ahí que la identidad no la formulen en relación a las categorías emanadas de la SMS presentes de la época, sino a las nociones dominantes de la masculinidad.

Desde principios de siglo XX en la ciudad de México pudo haber encuentros homoeróticos en los baños públicos destinados a varones de clase media, que junto con los aristócratas *maricones* debieron generar cierta identidad por cuanto su clandestinidad o núcleo de amistades cerrado. El caso de *Los 41* ilustra muy bien cómo las nociones de género se incrustan con la de clase. En éste podemos ver la manera en que tanto burgueses como proletarios hacen suya una definición de masculinidad en la que no tienen cabida *los maricones* y *jotos*.

La revolución mexicana vino a matizar algunos cambios al orden de género que se habían incorporado dentro del capitalismo del *porfiriato*. Para el fin de la lucha armada, la ciudad de México ofrecía otro escenario para varones con SMS quienes asumían distintas identidades, formuladas en términos de estigma pero que les permitían cierto reconocimiento colectivo, es en este contexto donde hacen aparición *las locas*.

Hablar de estas identidades es muy elocuente, ya que su sola presencia en algunas esferas sociales provoca ciertas grietas en el orden de género. La feminización del mundo, lo femenino dicho en boca de un varón, que hacen *las locas* puede representar una transgresión al lenguaje dominante masculino, pero a diferencia de la Colonia o el s. XIX, en la década de 1920 la visibilidad pública de ese afeminamiento se vive como resistencia política al orden de género.

En los treinta hace su aparición en el país el personaje del *homosexual*, previa a esta categoría la *sciencia sexualis* discutió las nociones de *pederastia* e *inversión sexual*. A partir de esta década, criminólogos, médicos y psiquiatras delinearon y consolidaron el discurso contemporáneo de la homosexualidad, publicaron artículos y exigieron al Estado tomar cartas en el asunto. Éste contribuyó a reforzar estas nociones y habló de *profilaxis social* para con los de *dudosa condición psicológica* (varones con SMS), asimismo promovió la idea del *hombre* surgido de la Revolución. El muralismo en manos de sus principales exponentes retrató a éste y caricaturizó a los “afeminados” en sus enormes lienzos como burgueses con influencias “extranjeras”. En otras palabras el proyecto del Estado era fundamentalmente masculino, sus gobiernos en turno lo reforzaron.

Si bien la polémica política en que éste se vio envuelto tuvo mucho que ver con *Los Contemporáneos*, esto finalmente evidenció el tipo de régimen de género que sustentaba. Con este grupo se abre una nueva etapa de la SMS, al romper el deliberado silencio en la

esfera pública y en introducir una perspectiva nueva en la literatura mexicana. A nivel de vida cotidiana ligan en las calles del centro y hay más posibilidades de asumir una identidad colectiva, pese al discurso médico y de la masculinidad.

México en los cuarenta tiene transformaciones importantes en el terreno económico y cultural y también en lo que se va conociendo como *el ambiente*, el conjunto de vida cotidiana de la SMS. El debate de ésta continua desarrollándose, ya se empieza a conocer de un par de bares dirigidos a este público, van quedando consolidados ciertos espacios de la ciudad.

4) "El Ambiente" de los cincuenta y los sesenta

La segunda posguerra mundial representó otro parteaguas en los órdenes de género global, las condiciones económicas y políticas, y las nuevas tecnologías influyeron en esas transformaciones. En la década de 1950, siguiendo a Monsiváis, se gesta una segunda generación de homosexuales, pero es posible que no una nueva caracterización del orden de género. A partir de ese lapso es más común que en los circuitos intelectuales y artísticos haya mucha mayor visibilidad de homosexuales. La identidad se sigue construyendo en términos del estigma social, el Estado y los medios impresos contribuyen a reforzarlo.

Ubicamos ciertas condiciones sociales que van posibilitando un cambio en el orden de género a partir de los sesenta, hay varios factores que intervienen en éste: la transformación económica de México con el llamado "milagro mexicano", nuevos actores sociales, crisis de legitimidad al Estado, cuestionamiento de la aparente estabilidad política y la penetración del *american way of life* a las ciudades y, desde luego, esto incluye la llegada de la contracultura. De manera que para finales de la década hay un caldo de cultivo potencial para las transformaciones que se viven a finales de los sesenta en el *orden de género*.

5) El Movimiento de Liberación Homosexual y el gay

Los setenta y los ochenta son otro período marcado por modificaciones al orden de género, con ello finalizamos nuestro universo de estudio. En términos de cuerpo hay una ruptura marcada en los setenta cuando los homosexuales masculinizados se rebelan frente a la identidad socialmente dominante de la homosexualidad, la del enfermo y el afeminado,

ya no se trata de los *jotos* o las locas de los veinte y de los cuarenta, corporalmente hacen su aparición los *gays*. Las representaciones corporales se modifican y esto desde luego posibilita la modificación de otro orden de género. Entre los cambios en esta época esta se encuentra la conquista de ciertos espacios ciudadanos, sean físicos o simbólicos. Estoy hablando del circuito comercial como bares, cantinas, cines, y también la reapropiación de espacios comunes como plazas públicas como la Alameda central o la Zona Rosa, esta última emergida en los setenta.

Hay una mayor visibilidad pública, en los medios de comunicación escritos, artículos periodísticos con una perspectiva científica y humanística sobre la homosexualidad en diarios como *Uno más Uno*, en revistas como *Proceso*, suplementos culturales, la revista *Siempre!* Desde luego todo lo producido con la llamada literatura gay con Luis Zapata, José Joaquín Blanco, Rafael Calva, Luís González de Alba y de numerosos cuentos con esta temática. El cine mexicano retrató el homoerotismo con directores como Jaime Humberto Hermosillo, Gonzalo Martínez, Arturo Ripstein, entre otros.

Durante los 80 se debatieron nociones principalmente anglosajonas de lo gay, esto implicó tensiones entre los valores propios de la cultura de género mexicana y la difusión de la cultura de masas de los EE.UU. lo que provocó que coexistiera esta identidad con otras heredadas desde el México prehispánico.

Cuando dimensionamos las décadas de 1970 y 1980 no exponemos una ruptura total al orden de género, tampoco queremos proponer que el orden de género cambia en cada una de las periodizaciones que expusimos en el capítulo 4. Pensamos que la transformación en ciertos *regímenes de género* va propiciando el cambio estructural del *orden de género mexicano*.

Efectos en el orden de género

El orden de género no es unívoco. Sus cambios no son lineales. Son contradictorios. Por un lado, en los setenta y ochenta se abren más espacios públicos, pero por el otro, se mantiene desde largos períodos históricos en términos de las relaciones de género tradicionales. Así, como mencionamos en la introducción, el concepto del orden de género elaborado por Connell cuestiona posturas teóricas que observan a las *identidades sexo-*

genéricas como fácilmente fragmentarias y efímeras, y en un flujo constante, que empíricamente es difícil observar. Por lo contrario, hemos argumentado que si bien ha habido cambios importantes, estos cambios han sido lentos.

Algunas de estas identidades *permanecen en el cambio*, si bien hay nuevas como la *gay*, surgida en la década de 1980; hay tantas otras por ejemplo las de *loca* o *joto* que provienen de principios de siglo XIX o del período posrevolucionario, y que seguimos usando en el lenguaje cotidiano. Observamos que hay cierta continuidad en las *deterioradas*, pero también transformaciones. Las identidades cambian, pero no con independencia de las estructuras que lo sustentan, como son en este caso, las de género y sexualidad.

El cuerpo de las *locas* y *jotos*, *mayates*, *homosexuales*, *gays* ha construido los discursos de la SMS y la masculinidad dominante, y éstos a su vez elaboran a los actores sociales relacionados con la SMS. Las prácticas que se imponen al cuerpo de éstos son las del estigma, las de no hombre, es decir ahí hay un control o sujeción, que lo es también política, en tanto configura relaciones de poder interpersonales.

Hay transformaciones pero, insisto, no hay que dejar de mirar las *continuidades* que incluso pueden ser ubicadas en los procesos de vida de los propios actores con SMS, en sus relaciones de género, en la construcción de sus masculinidades, en donde se continúa reproduciendo ciertas prácticas que refuerzan un orden de género dicotómico y dominante. Éste ha fincado una exclusión social a la SMS, a sus prácticas sexuales, a sus relaciones de pareja, a la visibilidad pública de los afectos, a la construcción de actores sociales relacionados a ésta. Atender a esto ofrece la posibilidad de diagnósticos sociales de lo que como sociedad democrática se tiene que cambiar o conservar. Es tiempo de la crítica y la autocrítica.

A manera de reflexión final

Detengo los períodos que esbozamos en la década de 1980, por una cuestión de corte en el análisis del orden de género. Pensamos que la aparición del VIH vino a cambiar algunos regímenes de género, que es necesario investigar en otro espacio y momento. Hoy día hay un repertorio de instituciones sociales que han sido transformadas principalmente por los actores sociales, a continuación mencionamos solo algunos ejemplos significativos que no se agotan en esta ilustración.

La ley de Sociedades de Convivencia para el DF y el Pacto Civil de Solidaridad en Chihuahua que han permitido la creación de figuras jurídicas que reconocen uniones civiles de personas del mismo sexo. Desde luego esto tiene un impacto en el todo social, genera movimientos en los sectores sociales, hace que el tema se visibilice públicamente, genera conflicto y potencialmente cambio social en el orden y regímenes de género mexicanos.

De *Doña Herlinda y su hijo* a la actualidad, cada vez son más los cortometrajes y largometrajes locales que abordan en ficción o documental la SMS, de igual forma el cine internacional tiene presente historias con personajes gays. Es cada vez más común que en otros espacios como la literatura y el teatro aborde temáticas de amoríos de SMS. Los programas de radio gradualmente van perdiendo la censura y autocensura para hablar de deseos, prácticas, placeres de SMS. La televisión mexicana, como medio masivamente visual por excelencia, ha programado en su cartelera telenovelas con personajes gays y transgéneros desde una perspectiva en que el estigma se va difuminando. En un sentido similar otros países como Inglaterra han producido series televisivas exclusivamente para públicos gays, o similarmente en EE.UU. hay varias teleseries con contenidos de SMS abordados en términos de vida cotidiana.

Hay todo un mercado gay, que merece la atención de análisis, que crece exponencialmente en la década de 1980, y que no abordamos en esta tesis porque su consolidación forma parte de otros períodos, que merecen ser analizados con más detenimiento. Hace falta una caracterización de historicidad de las masculinidades que permita entender toda esta serie de transformaciones en relación a los cambios y permanencias del orden y regímenes de género.

Sin tratar de agotar ejemplos de apertura, tolerancia social, entendimiento, y surgimientos de nuevas relaciones de género, pensamos que es importante continuar con la historicidad de las prácticas y estructuras de género en varones con SMS, porque a través de esta dimensión podemos contribuir a leer al de la sociedad mexicana en términos de género, herramienta que consideramos imprescindible en el análisis social crítico.

Son varios los cambios que se presentan después de la década de 1980, la investigación y desarrollo teórico creció de una manera importante en México, actualmente hay varias publicaciones sobre el tema de homosexualidad, Movimiento Lésbico –Gay, homofobia, transexualidad, comunidades eróticas como los “osos”, los leather, los espacios

de interacción homosexual, de intercambio sexual, los análisis sobre el impacto del VIH-SIDA, de SMS en varias partes de país, en comunidades indígenas. El análisis de lo que acuñamos como SMS, así como las relaciones de género que de ahí emanan sigue creciendo, está en proceso que nos va permitiendo comprender las complejidades de la sociedad mexicana. Esta tesis intenta contribuir a ese entendimiento.

Bibliografía

Aguilar, Enrique, *Elías Nandino. Una vida no/velada*, Grijalbo, México, 1986, 175 p.

Almaguer, Tomás, “Hombres chicanos: una cartografía de la identidad y del comportamiento sexual” en *Debate Feminista*, año 6, vol. 11, abril 1995 [1991], pp 46 –77.

Archivo Histórico del Movimiento Homosexual en México 1978-1982, *CD-ROM del Centro de Información y Documentación de las Homosexualidades en México “Ignacio Álvarez”* perteneciente al Colectivo Sol A.C., Conaculta-Inah-Colectivo Sol – Conacyt, México, 2004.

Balderston, Daniel y Donna J. Guy (comp.), *Sexo y sexualidades en América Latina*, Paidós, Buenos Aires, 1998, 409 p.

Balderston, Daniel, “Poetry, revolution, homophobia: polemics from the mexican revolution” en Balderston, Daniel y Donna J. Guy (eds.) *Sexo y sexualidades en América Latina*. Paidós (género y Cultura, 1). Buenos Aires, 1998a, pp. 57-75.

Bautista, Juan Carlos, “Luis Zapata. Pasión y muerte de la literatura gay” en *Viceversa*, mayo-junio 1993, México, pp. 63-65.

_____, “México: país de mayates” en *Del Otro lado, La revista gay de México y América Latina* # 2-3, México, 1992, pp. 62-63.

Bersani, Leo, “Sociabilidad y levante” en *Litoral*, núm. 31, Argentina, junio 2001, pp. 41-68.

_____ “Sociabilidad y sexualidad” en *Litoral*, núm. 30, Argentina, octubre 2000, pp. 7-38.

Berstein, Mary, “Celebration and suppression: the strategic uses of identity by lesbian and gay movement” en *American Journal of Sociology* Volume 103 Number 3 (november 1997), The University of Chicago Press. – JSTOR, USA, pp. 531-565.

Blancarte, Roberto, J., “Laicidad y secularización en México”, en *Estudios Sociológicos, de El Colegio de México*, Vol. XIX, núm. 57, México, septiembre-diciembre, 2001, pp. 843-855.

Bonfil, Carlos, “La lucha por el alma de los niños” en *Letra S*, suplemento de La Jornada, 3 de septiembre de 1998, <http://www.jornada.unam.mx/1998/09/03/ls-texto2.html>

Bourdieu, Pierre, *La dominación masculina*. Anagrama. Barcelona, 2000 [1998], 159 p.

_____, “La construcción del objeto” en *El oficio del sociólogo*, Siglo XXI, México, 1996 [1975], pp. 51-81.

Bracamonte, Jorge. “Los nefandos placeres de la carne. La iglesia y el estado frente a la sodomía en la Nueva España” en *Debate Feminista* Año 9, Vol. 18, octubre 1998, pp. 393-415.

Brubaker, Rogers y Frederick Cooper, “Beyond ‘identity’” en *Theory and Society* Vol. 29 Issue 1, 2000, Kluwer Academic Publishers, printed in the Netherlands, Europe, pp. 1-47.

Buffington Robert, “Los *jotos*. Visiones antagónicas de la homosexualidad en el México Moderno” en Balderston, Daniel y Donna J. Guy (eds.) *Sexo y sexualidades en América Latina*. Paidós (género y Cultura, 1). Buenos Aires, 1998, pp. 185-204.

_____, “Homophobia and the Mexican Working Class, 1900 – 1910” en McKee Irwin, Robert; Edward J. McCaughan y Michelle Rocío Nasser, *The famous 41*, Palgrave Macmillan™, New York, USA, 2003, pp. 193-225.

Calhoun, Craig, “Social Theory and the Politics of Identity” en Craig Calhoun (ed.), *Social Theory and the Politics of Identity*, Blackwell, Oxford, UK –Cambridge, USA, 1994, pp. 9-36.

Carrasco, Pedro, “Cultura y sociedad en el México Antiguo” en *Historia General de México*, El Colegio de México, México, 2000, pp.153-233.

Carrier, Joseph, *De los otros. Intimidación y comportamiento homosexual del hombre mexicano*. Talasa Ediciones (Arcoiris, 2). Madrid, 2001 [1995], 263 p.

Carrillo, Hector, “Cultural change, hybridity and male homosexuality in Mexico” en *Culture, Health & Sexuality*, 1999, vol. 1, No. 3, Taylor & Francis Ltd, USA, pp. 223-238.

Cantú, Lionel, “De ambiente. Queer Tourism and the Shifting Boundaries of Mexican Male Sexualities” en *GLQ: A Journal of Lesbian and Gay Studies*, 8:1-2, Duke University Press, USA, pp. 139-166.

Cazés Menache, Daniel, “La misoginia en el contexto histórico” en Cazés Menache, Daniel y Fernando Huertas, *Hombres ante la misoginia: miradas críticas*, Centro de

Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades (CEIICH-UNAM)-Plaza y Valdés, México, 2005, pp. 11-76

Cerulo, Karen, "Identity Construction: New Issues, New Directions" en *Annual Review of Sociology*, Vol. 23 (1997), Annual Reviews Inc. – JSTOR, pp. 385-409.

Coltrane, Scott, "La teorización de las masculinidades en la ciencia social contemporánea" en *La Ventana, Revista de Estudios de Género*, No.7, Universidad de Guadalajara, México, 1998 [1984], pp. 7-48.

Connell, Robert W., *Masculinidades*, Programa Universitario de Estudios de Género (PUEG-UNAM), México, 2003 [1995], 355 p.

_____ "Main structures: Labour, power, catexis" y "Gender regimes and the gender order" en *Gender and power. Society, the person and sexual politics*, Polity Press, Cambridge, 1987, pp. 91-118 y 119-142, respectivamente.

_____ "Masculinties and Globalization" en *Men and Masculinities*, Vol. 1, No. 1, julio 1998, pp. 3-23

D'Emilio John, "Capitalism and gay identity" en Lancaster, Roger N. y Micaela di Leonardo, *The Gender/Sexuality Reader. Culture, history, political economy*. Routledge, New York and London, 1997 [1980], pp. 169-178.

Dávalos, Enrique y Lía Rojas, *Los estudios antropológicos sobre sexualidad: una revisión bibliográfica, Documentos de trabajo No. 1*, Programa de Salud Reproductiva y sociedad del Colegio de México, 2000, 58 p.

Dávalos, Enrique. "La sexualidad en los pueblos mesoamericanos prehispánicos" en Szasz, Ivonne y Lerner Susana (compiladoras). *Sexualidades en México. Algunas aproximaciones desde las ciencias sociales*, El Colegio de México, 1998, pp. 71-106.

De Barbieri, Martha Teresita "Certezas y malos entendidos sobre la categoría género", en L. Guzmán Stein y G. Pacheco Oreamuno (comps.), *Estudios básicos de derechos humanos IV*, Instituto Interamericano de Derechos Humanos, Costa Rica, 1996, pp. 47-84.

_____, *Movimientos feministas*, Universidad Nacional Autónoma de México, Serie (Grandes tendencias políticas contemporáneas), México, 1986, 26 p.

De la Dehesa, Rafael Jacob, *Refracted modernities: Homosexuality and Party Politics in Brazil and México*, Doctor in Philosophy in the subject of Government, Harvard University, Cambridge, Massachusetts, USA, 2005, 338 p.

Dean, Carolyn J., “The productive hypothesis: Foucault, Gender, and the History of Sexuality” en *History and Theory*, Vol. 33, No. 3 (Oct., 1994), pp. 271-296

Díaz Mendiburo, Aaraón, *Los hijos homoeróticos de Jaime Humberto Hermosillo*, Plaza y Valdes, México, 2004, 184 p.

Dubet, Francois, “De la sociología de la identidad a la sociología del sujeto” en *Estudios Sociológicos. De El Colegio de México*. No. 21. Vol. VII septiembre – diciembre 1989, 519 – 545.

Edwards Tim – “Beyond sex and gender: masculinity, homosexuality and social theory” en Hearn, Jeff and David Morgan (eds.) *Men, masculinities and social theory*, Unwin Hyman, Londres – Nueva York, 1990, pp. 110-12.

Eisenstadt, Shmuel Noah y Bernhard Giesen, “The Construction of Collective Identity,” *Archives européennes de sociologie* Tome XXXVI, Numéro 1, 1995, Cambridge University Press, pp. 72-102.

Epstein, Steve, “A queer encounter. Sociology and the study of sexuality” en Plummer, Kenneth (ed.), *Sexualities. Critical concepts in sociology, Vol. 4. Sexualities and their futures*. Routledge, London, 2002 [1994], pp. 191-211.

Eribon, Didier. *Reflexiones sobre la cuestión gay*. Ed. Anagrama. España, 2001 [1999]. 522 p.

Ferlinghetti, Lawrence, *El amor en los tiempos de furia*, Ollero & Ramos, España, 1998 [1988], 153 p.

Foucault, Michel, *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber* 1. Siglo XXI, México, 2000 [1977 en español, 1976 en francés], 194 p.

García Canclini, Néstor *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Grijalbo, México, 1995, [1990], 391 p.

Garza Carvajal, Federico, *Quemando mariposas. Sodomía e imperio en Andalucía y México siglos XVI – XVII*, Laertes, España, 2002, 318 p.

Giddens, Anthony, *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Cátedra, Madrid, 2000 [1992], 183 p.

Giménez, Gilberto, "Paradigmas de identidad" en Aquiles Chihu Amparán (coord.), *Sociología de la identidad*. Miguel Ángel Porrúa - UAM-I. México, 2002, pp. 35-62.

_____ "La identidad social o el retorno del sujeto en sociología" en *Identidad: análisis y teoría, simbolismo, sociedades complejas, nacionalismo y etnicidad*. III Coloquio Paul Kirchhoff, IIA-UNAM. México, 1996, pp. 11-24.

Gleason, Philip, "Identifying Identity: A Semantic History" en *The Journal of American History*, Vol. 69, issue 4 (mar., de 1983), Organization of American Historians – JSTOR, pp. 910 -931.

Goffman, Erving, *Estigma. La identidad deteriorada*. Amorrortu editores. Argentina, 1995, 173 p.

González Gómez, Óscar. *Espacios de interacción y batalla de las identidades Gay masculinas en la Ciudad de México*. México: El autor, 2001. Tesis Licenciatura (Licenciado en Ciencias de la Comunicación)-UNAM, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, 80 p.

González Villarreal, Roberto. *Después de la liberación*. Universidad Pedagógica Nacional. México, 2001, 114 p.

Guasch, Oscar, "El mito de la heterosexualidad" en *La crisis de la heterosexualidad*. Alertes, Barcelona, 2000, pp. 17-37.

_____ "Minoría social y sexo disidente. De la práctica sexual a la subcultura" en Buxán Bran, Xosé M. (comp.), *Conciencia de un singular deseo. Estudios Lesbianos y gays en el estado español*. Alertes, Barcelona, 1997, pp. 149-166.

_____ *La sociedad rosa*, Anagrama, Barcelona, 1995 [1991], 178 p.

Hawkesworth, Mary. "Confundir el género (Confounding Gender)" [con los "Comentarios" (de W. McKenna y S. Kessler, S. G. Smith, J. Walach Scott, R.W. Connell, y la "Respuesta" de M. Hawkesworth)] en *Debate Feminista*, año 10, núm. 20, octubre 1999 [1997], pp. 3-47.

Herdt, Gilbert; et.al. "Critical regionalities and the study of gender and sexual diversity in South East an Est Asia" en *Culture Health & Sexuality*, Vol. 2 Issue 4, 2000, Taylor & Francis Ltd, USA, pp. 361- 375 [Todo el número dedicado a sexualidades asiáticas]

Hernández, Juan Jacobo, “Locabulario” en *Nuestro Cuerpo*, número 2-3, Editada por el Frente Homosexual de Acción Revolucionaria, México, junio de 1980, p. 7.

Herrero Brasas, Juan A, “Teorías sobre el origen de la ‘homosexualidad’ ” en *La sociedad gay* Focas ediciones, Madrid, 2001, pp. 17-55.

Hernández Cabrera , Porfirio Miguel, “La construcción de la identidad gay en un grupo gay de jóvenes de la Ciudad de México. Algunos ejes para el estudio etnográfico”, en *Desacatos*, Revista de Antropología Social, Sexualidades No. 6 , Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México, primavera 2001, pp. 63-96.

Hurteau, Pierre, “Catholic Moral Discourse on Male Sodomy and Masturbation in the Seventeenth and Eighteenth Centuries” en *Journal of History of Sexuality*, The University of Chicago Press, Vol. 4, Number 1, USA, July 1993, pp. 1-26.

Informes presidenciales, *Luis Echeverría Álvarez*, Dirección de Servicio de Investigación y Análisis, Subdirección de Referencia Especializada, México, 2006, p. 180.

Joas, Hans, “Interaccionismo simbólico” en Giddens, Anthony, Jonathan Turner y otros, *La teoría social hoy*, Alianza editorial, Madrid, España, 1990, pp. 112-148.

Laguarda Ruíz, Rodrigo. *De lo raro al ambiente: aproximación a la construcción de la identidad gay en México*. 2001. 92 p.

Lerner, Susana, “La formación en metodología cualitativa. Perspectiva del Programa Salud Reproductiva y Sociedad” en Szasz, Ivonne y Susana Lerner, *Para comprender la subjetividad. Investigación cualitativa en salud reproductiva y sexualidad*, El Colegio de México, México, 1999 [1992], pp. 9-15.

List Reyes, Mauricio (2000), *Jóvenes corazones gay. Género, Identidad y socialidad en hombres gay de la ciudad de México*. El autor, Tesis de maestría en Antropología Social – Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), México

López Austin Alfredo “La edad y el sexo” en *Cuerpo humano e ideología. Las concepciones de los antiguos nahuas*, UNAM, México, 1984, pp. 319-355.

_____ “La sexualidad entre los antiguos nahuas” en *Familia y sexualidad en Nueva España*, Fondo de Cultura Económica-SEP/80, México, 1982, pp. 141-176.

Loret de Mola, Rafael, *Los escándalos. Un ensayo donde los culpables de los desórdenes políticos tienen nombre y apellido*, Grigalbo, México, 1999, 200 p.

Lumsden, Ian, *Homosexualidad, Sociedad y estado en México*, Solediciones, México, 1991, traducción de Luis Zapata, 132 p.

Macías-González, Víctor M., “Entre lilos limpios y sucias sarasas: la homosexualidad en los baños de la Ciudad de México, 1880-1990” en Del Carmen Collado, María (coordinadora), *Miradas recurrentes: la ciudad de México en los siglos XIX y XX*, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco - Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México, 2004, pp. 293-310.

Maciel Martínez, Octavio y Margarita García Lagunas. *La Construcción social de la Sociedad Rosa en el D.F. 1970 – 2001*. UAM – Atzacapozalco, 123 p.

Maffesoli, Michel, “Tribalismo posmoderno. De la identidad a las identificaciones” en Aquiles Chihu Amparán (coord.), *Sociología de la identidad*. Miguel Ángel Porrúa - UAM-I. México, 2002, pp. 223-242.

McFarlane, Cameron, “Introduction” en *The sodomite in fiction and satire: 1660-1750*, New York, 1997, Columbia University, pp. 1-24.

McKee Irwin, Robert, “Introduction. The hidden vices of los Hijos de la Chingada”, “Early Paradoxes of Masculinity and Male Homosocial Bonding” en *Mexican Masculinities*, University of Minnesota Press, USA, 2003, pp. xi-xxxvi y 1-49 respectivamente.

_____ “Las inseparables” y la prehistoria del lesbianismo en México” en *Debate Feminista*, Vol. 15, num. 29, México, 2004, pp. 83-95.

Melucci, Alberto, “The Process of Collective Identity”, en Hank Johnston and Bert Klandermans (ed.), *Social Movements and Culture*. University of Minnesota Press, Minneapolis, 1995, pp. 41-63.

_____ *Acción Colectiva, Vida Cotidiana y Democracia*, El Colegio de México. México, 1999, pp. 9 – 93.

Meyer, Lorenzo, “De la estabilidad al cambio” en *Historia General de México*, El Colegio de México, México, 2000, pp. 883-943.

Miano Boruso, Marinella, *Hombre, mujer y ‘muxe’ en el Istmo de Tehuantepec*, Plaza y Valdés, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2002 , 230 p.

Miano, Marinella y Angela Giglia. "Identidades en construcción y desconstrucción: una exploración del archipiélago lésbico – gay desde la historia oral" en *Cuicuilco. Revista de la Escuela Nacional de Antropología e Historia*. Nueva Época, vol. 8, núm, 23, septiembre – diciembre, 2001, pp. 67-95.

Minello Martini, Nelson, "Masculinidad/es. Un concepto en construcción" en *Nueva Antropología*, num. 61, septiembre 2002, pp. 11-30.

_____ *La masculinidad en México al fin del milenio*, Tesis (Doctor en Ciencias Sociales) - Centro de Investigaciones y Estudios en Antropología Social de Occidente, Universidad de Guadalajara, México, 2001, 230 p.

_____ "De las sexualidades. Un intento de mirada sociológica" en Szasz Ivonne y Susana Lerner (comp.), *Sexualidades en México. Algunas aproximaciones desde la perspectiva de las ciencias sociales*. El Colegio de México, México, 1998, pp. 35-47.

_____ *A modo de silabario. Para leer a Michel Foucault*, El Colegio de México, México, 1999, 356 p.

Mogrovejo, Norma, *Un amor que se atrevió a decir su nombre. La lucha de las lesbianas y su relación con los movimientos homosexual y feminista en América Latina*. Plaza y Valdés. México, 2000, 397 p.

Monsiváis, Carlos, "Las plagas y el amarillismo. Notas sobre el sida en México" en Francisco Galván Díaz (coordinador), *El sida en México: Los efectos sociales*, Ediciones de Cultura Popular –Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, México, 1988 [1987], pp. 117-129.

_____ "El mundo soslayado (Donde se mezclan la confesión y la proclama)" en Novo, Salvador, *La estatua de sal*, CNCA, México, 1998, pp. 11 -41.

_____ "La emergencia de la Diversidad: las comunidades marginales y sus batallas por la visibilidad" en *Debate Feminista* Año Vol. 15, No. 29, México, 2004, pp. 187-205.

_____ "La noche popular: paseos, riesgos, júbilos, necesidades orgánicas, tensiones, especies antiguas y recientes, descargas anímicas en forma de coreografías", en *Debate Feminista* Año 9, vol. 18, octubre 1998a, pp. 55 -73.

_____ “Los gays en México: la fundación, la ampliación, la consolidación del ghetto” en *Debate Feminista* Año 13, Vol. 26, México, octubre 2002, pp. 89-115.

_____ “Los iguales, los semejantes, los (hasta hace un minuto) perfectos desconocidos (A cien años de la Redada de los 41)” en *Debate Feminista* Año 12, Vol. 24, México, octubre 2001, pp. 301-327.

_____ “Los que tenemos unas manos que no nos pertenecen” en *Amor Perdido*, Era, México, 1995 [1977], pp. 265-296.

Murray, Stephen O., “Family, Social insecurity, and the underdevelopment of gay institutions in Latin America” en Murray, Stephen O., *Latin American male homosexualities*. University of New Mexico Press. 1st ed. Albuquerque, USA, 1995, pp 33-48.

Nanda, Serena, “The hijras in cross cultural perspective” en *Neither man nor woman. The Hijras of India*, Wadsworth Publishing Company, California, USA, 1990, pp. 128-143.

Nesvig Martin, “The lure of the perverse: Moral Negotiation of Pederasty in Porfirian Mexico”, en *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, Vol. 16, Núm.16, invierno 2000, pp. 1-37.

Novo, Salvador, *La estatua de sal*, CNCA, México, 1998, 141 p.

_____, “Las locas y la inquisición” en *Las locas, el sexo, los burdeles y otros ensayos*, Novaro. México, 1972, pp. 11-16.

Núñez Noriega, Guillermo, “Reconociendo los placeres, descostruyendo las identidades. Antropología, patriarcado y homoerotismo en México” en *Desacatos 6. Sexualidades*. Primavera –verano 2001, CIESAS, México, pp. 15 -34.

_____ *Sexo entre varones. Poder y resistencia en el campo sexual*, Programa Universitario de Estudios de Género-UNAM, Porrúa, México, 2000 [1994], 307 p.

Offe, Clauss, "Los nuevos movimientos sociales cuestionan los límites de la política institucional" en Clauss Offe, *Partidos Políticos y Nuevos Movimientos Sociales*. Sistema, Madrid, 1987, 163 -244.

Oliver, Guilhem, "Homosexualidad y prostitución entre los nahuas y otros pueblos del posclásico" en Pablo Escalante Gonzalbo (coord.), *Historia de la vida cotidiana en México*, Fondo de Cultura Económica – El Colegio de México, 2004, pp. 301-338 .

_____ "La represión de los sodomitas aztecas" en *Hermes* # 15, 1993, Febo editores S.A. de C.V, México, pp. 35-38.

Parker, Richard y Carlos Cáceres, "Alternative sexualities and changing sexual cultures among Latin America men" en *Culture, Health & Sexuality*, 1999, vol. 1, No. 3, Taylor & Francis Ltd, USA, pp. 201-206.

Parker, Richard, "Cambio de sexualidades: masculinidad y homosexualidad masculina en Brasil" en *Alteridades*, 2000, 12(23), pp. 49-62.

Pettersen, Alan, "Introduction: the epistemology of masculinity" en *Unmasking the Masculine. 'Men' and 'Identity' in a Sceptical Age*, Sage publications, Londres, 1998, pp. 1-18.

Plummer, Ken, "Speaking its name: inventing a lesbian and gay studies" en Ken Plummer (ed) *Modern Homosexualities. Fragments of Lesbian and Gay Experience*. Routledge. Londres, 1992, p. 160-172.

Pollak, Micheal, "La homosexualidad masculina o: ¿la felicidad en el ghetto?" en Ariès, Philippe, et al. *Sexualidades occidentales*, Paidós, México, 1987 (1982), pp. 71-102.

Prieto, Guillermo, *Algunas memorias de mis tiempos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1997, 75 p.

Prieur Annick, "Machos and mayates: Masculinity and Bisexuality" en *Mema's house. Mexico City. On transvestites, queens and machos*, University of Chicago Press, Chicago & London, 1998, pp. 198-207.

_____, "Bodily and Symbolic Constructions among Homosexual Men in Mexico" en *Sexualities* Volume 01 Issue 03 (Transgender in Latin America), U.K., 1 August 1998a, (Ken Plummer, Editor), pp. 287-298.

_____ "Domination and Desire: Male Homosexuality and the Construction of Maculinity" en Melhuus, Marit & Kristi Anne Stølen (edited), *Machos, mistresses, madonas. Contesting the power of Latin American Gender Imagery*, Verso, UK; USA, 1996, pp. 83-107.

Ramírez Sáiz, Juan Manuel, “Las teorías sociológicas y la acción colectiva” en *CIUDADES* 29, enero-marzo 1996, Red Nacional de Investigación Urbana, México, 28-40.

Real Academia Español.a en internet:
<http://buscon.rae.es/ntlle/SrvltGUIMenuNtlle?cmd=Lema&sec=1.0.0.0.0>.

Rotundo Anthony E., “Toward a history of American Manhood” y “Manhood in the twentieth century” en *American Manhood. Transformations in Masculinity from the Revolution in the Modern Era*, Basic Books, New York, 1993, pp. 1-30 y 284-307, respectivamente.

Rubin, Gayle, “El tráfico de mujeres: notas sobre la ‘economía política’ del sexo” en Marta Lamas (comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, Programa Universitario de Estudios de Género (PUEG-UNAM)-Miguel Ángel Porrúa, México, 1997, pp. pp. 35-96.

Rupp, Leila J., “Toward a global history of same sex sexuality” en *Journal of History of Sexuality*, 2001, Vol. 10, No. 2, pp. 287-302.

Sheridan, Guillermo, *Homenaje a los contemporáneos: monólogos en espiral, antología de narrativa*, Introducción, selección y notas de... Instituto Nacional de Bellas Artes, México 1982, 210 p.

Szasz, Ivonne y Ana Amuchástegui, “Un encuentro con la investigación cualitativa en México” en Szasz, Ivonne y Susana Lerner, *Para comprender la subjetividad. Investigación cualitativa en salud reproductiva y sexualidad*, El Colegio de México, México, 1999 [1992], pp. 17-30.

Schneider, Luis Mario, “El tema homosexual en la nueva narrativa mexicana” en *La novela mexicana entre el petróleo, la homosexualidad y la política*, Editorial Nueva Imagen, México, 1997 [1984], pp. 67-88.

Scott, Joan W. “El género: una categoría útil para el análisis histórico” en Marta Lamas (comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, Programa Universitario de Estudios de Género (PUEG-UNAM)-Miguel Ángel Porrúa, México, 1997, pp. 265-302.

Sedgwick, Eve Kosofsky, *Epistemology of the closet*, University of California Press, Berkeley, Los Angeles, EE.UU., 1990, pp 1-90.

Seidman, Steve, "The refusal difference, Queering sociology" en Plummer, Kenneth (ed.) *Sexualities. Critical concepts in sociology. v.4. Sexualities and their futures.* Routledge, London, 2002 [1997], pp. 226-244.

Simmel, George, "La metrópolis y la vida mental" en Mario Bassols et.al. (comps.) *Antología de sociología urbana*, FCPyS-UNAM, México, 1988 [1908], pp. 47-61.

Stein, Arlene, "Three models of sexuality: drives, identities and practices" en *Sociological Theory*, Vol. 7, No. 1 (spring, 1989), 1-13.

Tarrés, Maria Luisa, "Prólogo" y "Lo cualitativo como tradición" en Tarrés, Maria Luisa (coordinadora), *Observar, escuchar, comprender sobre la tradición cualitativa*, El Colegio de México-Flacso-Porrúa, México, 2001, pp. 9-24 y 35-60, respectivamente.

Taylor, Clark , "Homosexuality in Precolumbian and Colonial México" en Stephen O. Murray, *Male homosexuality in Central and South America*, Gai Saber Monograph 5 – Instituto Obregón, San Francisco, EE.UU., 1987.

Valdovinos Torres, Javier. *La homosexualidad en el cine mexicano*, Tesis de licenciatura en Ciencias de la Comunicación, UNAM. FCPyS, México, 1990 172 p.

Vance Carole, "Social construction theory: problems in the history of sexuality" en Nardi M. Peter y Beth E. Schneider (eds.) *Social Perspectives Lesbian and Gay Studies. A reader.* Routledge, Londres, 1998 [1989], pp. 160-170.

Vazquez, Josefina Zoraida, "Los primeros tropiezos" en *Historia General de México*, Colmex, México, 2000, p. 545.

Vázquez, Josefina Zoraida; Romana Falcón y Lorenzo Meyer, *Historia de México*, Santillana, México, 2002, 304 p.

Velasco, Xavier, "Los tipos duros no aflojan" en *Luna llena en las rocas. Crónicas de astronautas y licántropos*, Cal y Arena, México, 2000, pp. 53-59.

Weeks, Jeffrey, *El malestar de la sexualidad. Significados, mitos y sexualidades modernas*, Talasa Ediciones, Madrid, 1993 [1985], 426 p.

_____ *Sexualidad*. Piados-UNAM, México, 1998, 131 p.

Wirth, Louis, "El urbanismo como modo de vida" en Mario Bassols, et.al. (comps.) *Antología de sociología urbana*, FCPyS-UNAM, 1988 [1938], pp. 162-182.

Zaretsky, Eli, “Identity Theory, Identity Politics” en Craig Calhoun (ed.), *Social Theory and the Politics of Identity*. Blackwell. Oxford, UK –Cambridge, USA, 1994, pp. 198-215.

Zolov, Eric, *Rebeldes con causa. La contracultura mexicana y la crisis del Estado patriarcal*, Grupo Editorial Norma, México, 2002 [1999], 414 p.